

# LAWRENCE DE ARABIA

RICHARD P. GRAVES



---

**BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS**

---

The left side of the image shows a book cover with a red and white patterned fabric. The pattern consists of large, stylized, overlapping shapes that resemble a damask or brocade design. The red is a vibrant, slightly dark shade, and the white is a clean, bright white. The fabric has a fine, grid-like texture.

**LAWRENCE DE ARABIA**

**BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS**

# **LAWRENCE DE ARABIA**

**RICHARD PERCEVAL GRAVES**

**Prólogo**

**MANUEL DIEZ ALEGRIA**

**SALVAT**

Versión española de la obra original inglesa: *Lawrence of Arabia and his world*, publicada por Thames & Hudson, de Londres.

Traducción del inglés a cargo de Jesús A. Marinas.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Thomas and Hudson.

# Índice

	<u>Página</u>
Prólogo	9
1. Un joven arqueólogo	19
2. Espía en el Sinaí	41
3. La rebelión árabe	50
4. Bajo el sol de Hidjaz	75
5. «¡al-Urenz!»	89
6. El camino hacia Damasco	107
7. La causa de Feisal	129
8. Años de angustia	146
9. Siete pilares de sabiduría	161
Cronología	177
Testimonios	181
Bibliografía	187

© Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1984.

© Thames & Hudson, Londres.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).

ISBN: 84-345-8151-5.

Depósito legal: NA-667-1985.

Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49 - Barcelona.

Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra),

Printed in Spain.



## Lawrence de Arabia (1888-1935)

Militar y agente político británico, Thomas Edward Lawrence —conocido como *Lawrence de Arabia*— es una de esas desconcertantes y controvertidas figuras que ha dado nuestro siglo. Nacido en Tremadoc (Gales) en 1888, estudió Historia en la Universidad de Oxford y realizó entre 1910 y 1914 diversas excavaciones arqueológicas en Siria, Mesopotamia y Egipto —si bien muchos sostienen que lo que en realidad hacía era una labor de espionaje—. Principal organizador de la revuelta árabe contra los turcos, llevó a cabo múltiples operaciones en el desierto que culminaron con la toma de Damasco, en 1918. Finalizada la I Guerra Mundial, fue uno de los impulsores de la creación de los reinos de Hidjaz, Irak y Transjordania. Defensor de los derechos de los árabes, consideró que éstos habían sido traicionados cuando Francia consiguió un mandato sobre Siria, y renunció a su grado de coronel en el ejército y demás cargos políticos. La vida de este combatiente del desierto, cuyas hazañas se difundieron entre sus contemporáneos bañadas de romanticismo, tuvo un prosaico final: murió en 1935 a consecuencia de un accidente mientras conducía su moto.

T. E. Lawrence fue también un buen escritor, entre cuyas obras destacó en especial un relato completo de sus aventuras y campañas entre los árabes, *Seven Pillars of Wisdom*.

◀ Thomas Edward Lawrence, por Augustus John.  
Tate Gallery, Londres.



Prólogo

## Un héroe entre la gloria y el dolor

por *Manuel Díez Alegría*

Muchas grandes figuras de la historia aparecen de pronto, refulgen con una intensa luz y tras un espacio, que más bien es pequeño, se apagan y todo vuelve a la oscuridad. Y lo que es peor: en no pocas ocasiones su recuerdo se ve empañado por la envidia, por soberbias que se sienten heridas, por divergencias ideológicas, por enfermizos nacionalismos y, aún más lamentablemente, por afanes de investigación que a la larga adquieren casi siempre un carácter denigratorio.

Thomas Edward Lawrence es entre esos personajes uno de los más destacados, no sólo por sus hechos que aún viven en el recuerdo, sino por las particularidades de su carácter, que hacen de él una figura singular, como individuo, como hombre de acción, como escritor y, finalmente, como un anacoreta sui generis.

Realmente es la suya una personalidad excepcional. Medularmente un civil, entrega su vida a los ejércitos. Intelectual apasionado por las Cruzadas (sobre las que versa su tesis doctoral), ve su interés mudado hacia los árabes; scholar de pura cepa, viene a sobresalir destacadamente como estratega y táctico sobre todos los de su tiempo. Introverso, atormentado, sensible, se convierte en un arrebatado y arrebatador conductor de pueblos. Y al fin, después de su apogeo, como los veteranos de la vieja balada inglesa, se desvanece en el olvido antes de morir oscuramente.

Y no es sólo la figura del héroe, sino también el ambiente en que se mueve. No en las opulentas ciudades británicas de la época ni en las bellas praderas de la antigua Albión, no entre los ciudadanos de un mundo supercivilizado al final de los tiempos de la belle époque, sino en países lejanos, poco conocidos, habitados por pueblos primitivos, de pasiones violentas, apenas contaminados por la

◀ Beduinos a caballo, una estampa que recuerda el ambiente en que se desarrollaron los hechos que dieron fama a Lawrence de Arabia.

---

civilización, que se mueven como en la hégira, afrontando sufrimientos sobrehumanos a través de inmensos desiertos, sin caminos, sin habitantes, sin horizontes. Un resurgir del sentir romántico en el inicio de la contrapuesta edad en que nos ha tocado vivir.

Ya no es habitual su nacimiento, segundo de los cinco hijos naturales, fruto del amancebamiento de un acaudalado propietario anglo-irlandés con una institutriz escocesa, a pesar de ello puritana, siempre obsesionada con su pecado. Obligados en la victoriana Inglaterra a cambiar el apellido paterno de Chapman por el de Lawrence, a llevar una vida seminómada y retraída para ocultar su irregular estado, su bastardía está en la base subconsciente de todas sus inhibiciones. Sufrió también una fractura que contribuyó a su corta estatura y vio frustrado un temprano y sincero amor. Era un muchacho raro, despreciador de las necesidades físicas, entrenado a prescindir de los apetitos y a soportar los sufrimientos desde muy temprana edad. Pero era también un espíritu sensible, amante de sus hermanos, de sus padres, en especial de su madre, que influyó siempre considerablemente en su modo de ser. Toda su carrera se llevó bien con sus compañeros británicos de trabajo.

En el Eufrates traba una estrecha amistad con un muchacho más joven que él, sobrenombrado Dahoum (algo así como «tenebroso», por el tinte de su piel al nacer), mezcla de hitita y árabe, de buena presencia, atractivo e inteligente. Sus relaciones llegan a ser tan estrechas que la gente de la aldea las atribuye a homosexualidad. Pero no parece que fuera así, sus compañeros ingleses de misión no las consideran tales y en su visita a Oxford anterior a la guerra, llevándole en su compañía, sus amigos juzgaron ese afecto como el que un padre siente por un hijo. T. E. L. veía en el muchacho la pura y natural simplicidad del árabe no corrompido por las influencias occidentales. Siempre tuvo gran cuidado con sus hombres, como lo muestra su heroico rescate de uno de ellos, Gassim, durante la marcha sobre Akkaba.

Al final de su vida, en la época oscura y de aislamiento, conservó muy buenos e importantes amigos, entre ellos Lidell Hart, Churchill, Bernard Shaw y sobre todo la mujer de éste, Charlotte. Particularmente apreciado por los que fueron sus jefes en su tiempo de servicio como soldado, principalmente por su comandante el Wing-Commander Sydney Smith, su esposa y su hija «Squeak», a la que dedica historietas y dibujos.

Pero resultó particularmente marcado por momentos vitandos que le afectaron aún más que las penalidades de aquella vida que le hicieron caer enfermo de cuidado, sin dejar sus tareas, al menos

---

en tres o cuatro ocasiones. De aquellos momentos unos eran más o menos normales dentro de las circunstancias de la guerra, aunque a él le marcaran por encima de lo común: la muerte en acción de dos de sus hermanos y la, para él tan sensible, de Dahoum. Pero otros fueron aún más traumáticos, como el tener que dar muerte con su propia mano, para impedir el nacimiento de vendettas tribales, al causante asesino; así en la marcha sobre Akkaba con Hassan para evitar el conflicto entre marroquíes y su escolta de beduinos ageyl. Análogamente hubo de hacerlo en una terrible ocasión con Farraj, uno de los hombres más ligados a él, antes que abandonarlo, intransportable y moribundo, a los ultrajes y torturas de los turcos. Más grave fue el acceder a no dar a éstos cuartel en Tafas, ante la revuelta furiosa de sus hombres por las atrocidades cometidas con mujeres y niños árabes al evacuar el poblado.

Pero aún fue peor para su espíritu el ataque sufrido en una exploración en Dera, donde caído en manos de los otomanos y tras resistirse a los avances homosexuales del bey, fue torturado, azotado y violado a continuación por sus esbirros; para él este golpe, en el que según sus palabras la ciudadela de su cuerpo vio su integridad irremisiblemente perdida, quedó como una herida abierta permanentemente. Y todavía hirió con más hondura sus sentimientos el que él mismo conducía a los árabes a una aventura ilusionada, fundada en la promesa de una futura nación, después de haber llegado a saber tal compromiso quebrantado tras un acuerdo secreto entre Francia e Inglaterra. La lealtad a su patria le obligaba en conciencia a continuar su tarea, pero no podía evitar el sentimiento de llevar los hombres a la muerte corriendo tras una mentira. Aunque hizo cuanto estuvo en su mano, al llegar la paz, para mejorar en lo posible la situación creada, nunca se perdonó tamaña deslealtad. El paso del tiempo no mitigó, antes al contrario fue agravando todos estos traumas hasta conducirle a desprejarse a sí mismo, considerándose un ser envilecido, lo que en buena parte explica el extraño final de su existencia.

Pero no obstante estos condicionamientos, todos ellos tendentes a llevarle al retraimiento y que marcaron hondos altibajos en su trayectoria, fue capaz de desempeñar un papel único y decisivo, amalgamando buen número de elementos dispersos, de individualistas insolidarios. Como dice en la dedicatoria de su libro, fue él quien tomó en sus manos esas mareas de hombres. Fue el alma de la revuelta árabe. Sus dotes psicológicas le permitían descubrir a los capaces: Feisal, el único líder posible en la fútil familia hachemita, el intratable Auda abu Tay, que fue bajo su dirección un jefe sin igual en arrojo y valentía. Su capacidad de sufrimiento le permite sopor-

tar aquella dura existencia, le permite encontrarse siempre donde estén los más sufridos. Su aguda perspicacia le lleva a adaptarse a las circunstancias cambiantes de los medios y los hombres, situándole por encima de sus diferencias menudas. Estas dotes, combinadas con una inteligencia despierta, hacían de él el negociador nato, zurcador de voluntades antitéticas, convirtiéndolo en indispensable para el manejo de aquellas caóticas muchedumbres.

Acogido inicialmente con desconfianza como infiel extranjero —y lo que aún es peor, europeo—, al adoptar por consejo de Feisal la vestimenta árabe, galabeia de seda blanca, kafiyeh sujeto con cordones de oro, áurea daga, que le asimilaban a uno de sus príncipes, pronto dejó de ser un extraño para destacarse, casi como un demiurgo capaz de alcanzar cuanto se propusiera. Cuando alguno de los jefes subalternos recibía una misión difícil, se mostraba dispuesto a desempeñarla, siempre que Lawrence le acompañase. Resulta deslumbrante la triunfal acogida que le hacían cuando se incorporaba a una fracción importante o acababa de ganar una victoria. A los gritos de «¡Lurens! ¡Lurens!» (su nombre para los beduinos) acompañaba una fantasía, una salva de disparos innúmeros, constituyendo el todo un alarde ensordecedor. Poco antes de su muerte, su último jefe en la fuerza aérea, el modesto Flight-Lieutenant Sims, seguía encontrándolo irresistible, capaz de arrastrar a los hombres hasta más allá del fin del mundo.

Este hombre de carácter poco común era por formación y por vocación un auténtico intelectual. Recibió en la Jesus School de Oxford, de la que fue alumno distinguido, una completa instrucción universitaria, orientada hacia los estudios medievales, de los que siempre se había mostrado apasionado, así como desde muy pronto se dedicó a pequeños trabajos arqueológicos. Formidable lector, pasaba a veces veinticuatro horas tendido, leyendo sin interrupción y sucesivamente varios libros. Realizó algunos viajes al sur de Francia, particularmente a Aigues Mortes, estudiando los castillos construidos por antiguos cruzados, y también a Flandes para visitar los campos de batalla de Crécy y Azincourt, antes de publicar su tesis, que mereció una calificación de primer grado y fue publicada más tarde bajo el título de Crusader Castles. Recorrió por primera vez en Oriente las regiones del Creciente Fértil, hacia las que se sentía fuertemente atraído.

A su vuelta a Inglaterra se le ofreció formar parte de un equipo de excavaciones arqueológicas en Karkemish, a orillas del Eufrates, y es posible que a la vez se le encargara de realizar determinadas misiones secretas de información. Esta estancia prolongada hace

que poco a poco sus ideas vayan cambiando y su interés por los asuntos medievales y las Cruzadas se dirija ahora hacia la esencia de la vida y el pensamiento árabe, de los que participa con verdadera dedicación. «Es uno de los nuestros», dicen los indígenas cuando se les pregunta la razón del afecto que le profesan. A la vez se despierta en él una fuerte antipatía por los dominadores turcos y por los agentes alemanes y franceses que desempeñan por allí misiones análogas a las suyas.

En este momento, el estallido de la guerra deflagrada en Sarajevo viene a cambiarlo todo. Por sus conocimientos de esta tierra y sus hombres se ve llamado al departamento inglés de cartografía en El Cairo. La muerte de sus hermanos, caído uno en los campos de batalla y derribado el otro en los cielos de Francia, le incita a buscar una mayor actividad bélica alistándose en el ejército. Destinado a una misión en Arabia para apoyar la rebelión del emir de La Meca, inicia su epopeya. El intelectual se transforma en guerrero.

Durante su tiempo de estudiante en Oxford ha leído muchas obras de carácter militar, antiguas y modernas. Particularmente, las *Rêveries* sobre el arte de la guerra del mariscal de Sajonia constituyeron para él un descubrimiento. Se abomina en ellas de la, entonces en boga, guerra de sitios y se propugnan fuerzas pequeñas, móviles, cuya actuación es la maniobra. Pero además de esta enseñanza teórica él ha podido tener otra de carácter práctico, del tipo «lo que no se debe hacer», al ser enviado para tratar de salvar la expedición inglesa sitiada en Kut-el-Amara. Insensata aventura la del general Townshend, incluida con razón en el importante libro *On the psychology of military incompetence* del antiguo oficial de ingenieros, ahora brillante profesor de psicología, Dr. Dixon.

Se muestra, pues, desde el principio en desacuerdo con las ideas militares de su tiempo. Para él, Foch sólo es «un frenético par de mostachos». Los preparativos para operar en Palestina, lentísimos, preocupados fundamentalmente por la logística, le merecen este comentario: «Hacen del desierto una fábrica y llaman a eso la guerra.» Por el contrario, y por su parte, la maniobra de Akkaba, la feliz cooperación con Allenby (al fin y al cabo oficial de caballería) para la persecución tras la caída de Jerusalén, y la algara hasta Damasco, son obras de arte en el terreno estratégico.

Puede decirse que no es difícil en la estrategia que personas civiles tengan intuiciones felices, y de ello pueden presentarse muchos ejemplos. Más raro es que en el terreno táctico, que parece exigir una preparación profesional, ocurra lo mismo. Pero Lawrence puede presentar un modelo, la batalla de Tafila, verdadero Canas del desierto, para mayor dificultad, reñida con irregulares. Dice



él mismo acertadamente que «las nueve décimas partes de la táctica poseen la suficiente seguridad para poder ser enseñadas en las escuelas, pero la irracional décima parte restante sería como el martín pescador, lanzándose como un relámpago a través de la laguna». El poseía ese diezmo inaprensible. En definitiva, las cuestiones militares no son esotéricas ni abstrusas, sino que están siempre abiertas a toda mente clara.

Terminada la guerra y el período diplomático posterior en que interviene activamente, Lawrence vuelve intensamente a las tareas intelectuales. Su consecuencia primera es el famoso libro *Los siete pilares de la sabiduría*. Su elaboración es el resultado de un proceso complicado que se inicia con un accidente de aviación muy doloroso para el autor. La primera versión resulta perdida irremisiblemente en un cambio de trenes. Rehecha en su totalidad y corregida, es quemada por él mismo para ser íntegramente vuelta a escribir en su tercera y definitiva forma, terminada siendo ya soldado. Los juicios acerca de ella son, más que favorables, entusiastas. La primera edición, tirada en hojas sueltas en un periódico de Oxford, es sólo de ocho ejemplares; la segunda, una ilustrada limitada a cien ejemplares, con un precio superior entonces a las 90 libras. Por ninguna de ellas percibe personalmente cantidad alguna. Sólo después de su muerte se realizan numerosas ediciones en varias lenguas, de las que recientemente he tenido ocasión de ver la última inglesa.

La obra consta de introducciones, diez libros y apéndices y responde a tres objetivos: un desahogo de conciencia, una contribución a la causa árabe y una vocación literaria. Por ello le indigna que H. G. Wells, pretendiendo elogiar su fluidez, su llaneza, lo encomie como un libro sin pretensiones. Lo subtitula «Un triunfo» pero, en realidad, todo él destila una gran amargura que se hace patente sobre todo en los versos de la desgarradora dedicatoria a S. A., bien esté dirigida al desaparecido Dahoum (cuyo verdadero nombre podría haber sido Salim Ahmed) bien, como otros opinan, de alguna manera a Arabia, ya que su forma deliberadamente críptica puede dar motivo a cualquier hipótesis. Terminan así:

«Los hombres me rogaban que erigiera nuestra obra,  
la casa inviolada  
en memoria tuya,  
pero para que el monumento fuese adecuado lo hice trizas,  
inconcluso: y ahora  
salen arrastrándose los seres minúsculos para hacerse una  
guardia con sus restos  
en la sombra frustrada  
del don que era tuyo.»

Aun estando en diversos lugares, prestando como soldado raso voluntario el servicio militar, continuaba sus trabajos literarios, entre los que cabe destacar una traducción de la *Odisea* para un editor americano, la cual le llevó cinco años de trabajo. Su propósito final al licenciarse era buscar refugio en la casita (un cottage) que poseía en Clouds Hill, la colina de las nubes, en el dintel de cuya puerta había grabado con su propia mano una divisa en griego, cuya traducción podría ser «no importa», para continuar allí sus trabajos. Propósito cortado por su muerte.

E. T. Lawrence era, por sentimiento y por formación, un hombre civil. Escribiendo sobre la campaña arábiga nos dice que «se ganaría una provincia cuando enseñáramos a sus civiles a morir por nuestro ideal de libertad». En sus últimos años juzga así al sistema de voluntariado inglés en el que está enrolado: «El secreto del uniforme es precisamente crear una multitud pasiva, digna, impersonal. La librea de muerte, al aislar de la vida ordinaria a los que la visten, atestigua que han vendido al Estado sus voluntades y sus cuerpos y aceptado por contrato una servidumbre, que no por ser voluntaria al principio, es menos abyecta.»

Sin embargo, desde muy pronto su vida se liga al servicio militar. Ya en su época de estudiante, ante alguna contrariedad, se alista voluntario en un regimiento de artillería, del que es rescatado por su padre. En las campañas de Oriente Próximo, a pesar de sus sufrimientos, se encuentra más a su gusto, sin duda por el carácter de irregular de aquella guerra, de cuyos hombres decía que «eran como una idea, algo intangible, invulnerable, sin frente ni retaguardia, expandiéndose como un gas». En menos de dos años fue sucesivamente teniente, capitán, comandante y teniente coronel, pero apenas vestía el uniforme, dando origen con su desdén de las formalidades militares a anécdotas tan extravagantes como la del pretendido dragón de Montenegro.

Al terminar la guerra le ofrecen la recompensa militar que él elija y se conforma con que le asciendan a coronel. Naturalmente no era por el afán de alcanzar un grado más, sino porque ése le daba el derecho de viajar en coche-cama en el expreso que de Brindis llevaba sin paradas hasta Londres. Ya allí, fracasado en sus gestiones diplomáticas para ayudar a la traicionada causa árabe, rehúsa respetuosamente admitir las condecoraciones que se le habían concedido, por entender que el que ha perdido la honra no puede enaltecer esos honores. Abdica de su grado de coronel y abandona el Ejército. Indudablemente, Lawrence era un guerrero, pero no un soldado.

Sin embargo, no deja de apreciar, cuando el caso se presenta, las verdaderas virtudes militares. En ese puerto de Brindis cuyo expreso se disponía a tomar, observa que dos oficiales no contestan al saludo de algunos soldados; les interpela para recordarles la significación de cortesía y respeto mutuos que entraña el saludo militar. Merece resaltarse la elegancia moral con que se produce, en ocasión de acompañar al emir Feisal en una audiencia ante Jorge V. Uno de aquellos cortesanos le reprocha: «¿Cómo es posible, coronel Lawrence, que un oficial inglés acuda a una audiencia con su majestad vistiendo un uniforme extranjero?» aludiendo al hecho de que T. E. L. iba tocado con el kafiyeh hachemita. Su respuesta fue inmediata: «Cuando un hombre ha de servir a dos señores y debe desagradar forzosamente a uno de ellos, debe hacerlo siempre al más poderoso.»

Y esa admiración se manifiesta sobre todo con ocasión de la desbandada final del Cuarto Ejército turco en la que se ven envueltas unidades sueltas alemanas. «Por primera vez —escribe— me sentí orgulloso del enemigo que había matado a mis hermanos», señalando cómo, a dos mil millas de su patria, sin esperanza ni guías, se mantenían en la disciplina, combatiendo «como acorazados, la cabeza alta y en silencio. Eran gloriosos», termina.

Cuando la guerra se acaba, intenta volver a la vida civil con una beca que le ha ofrecido el All Souls College oxfordiano. Pero el asedio de los periodistas —que llega a poner en peligro la integridad de su morada— y, más aún, el permanente torcedor de sus encontrados sentimientos, le fuerzan a buscar algún refugio donde encuentre paz y aislamiento. Piensa primero en solicitar un puesto de torrero de faro, pero percibe enseguida que en parte alguna estará tan solo y tan perdido como sumergido en la muchedumbre soldadesca.

Con documentos falsificados a nombre de John Hume Ross ingresa en la Fuerza Aérea británica como simple soldado. Encuentra allí una vida ruda y rutinaria, pero también la soledad entre sus toscos compañeros y el olvido. Sin embargo, los periodistas llegan a localizarle y le ocasionan problemas que motivan su baja. Con el nombre, ya legalizado, de T. E. Shaw ingresa en el Cuerpo de Tanques, unidad mucho más gregaria, en la que se le asignan servicios mecánicos y de almacén. Detesta la vida del ejército y consigue volver a la RAF, donde sirve, hasta que estando destacado en Miranshah, remoto puesto cerca de Afganistán, es descubierto por un periodista norteamericano, quien elabora una disparatada serie de artículos que desencadenan un formidable escándalo de prensa en Gran Bretaña y hasta una interpelación izquierdista en el

Parlamento, que sólo cesa tras una entrevista de T. E. L. con el diputado laborista que la había iniciado. Las consecuencias de todo ello lo alejan definitivamente del servicio militar.

Mi atención sobre Lawrence fue despertada a principios de los años 40 por una traducción francesa del libro del eminente crítico militar británico capitán Lidell Hart, que me impresionó profundamente. Busqué con afán Los siete pilares de la sabiduría, encontrando la edición publicada en Argentina por la ilustre escritora Victoria Ocampo, en cuya lectura me sumergí con avidez y de la que saqué un gozo intenso y profundas enseñanzas. Después tropecé con gran número de referencias al personaje en otros libros más generales y con varias obras de las que él era protagonista. Nada tiene de extraño, ya que en la bibliografía de una de las últimas se citan más de 120 títulos. Merece señalarse entre ellas Lawrence d'Arabie. Le rêve fraccassé, del certero tratadista Benoît Mechin, quien nos hace sospechar que no ha sido André Maurois el único francés que entendía a los británicos.

No tardan en presentarse contradicciones. La publicación de Los siete pilares... provoca las de los que creen desestimados sus méritos, las de los que atacan el cómo o el modo de lo expuesto, las de contradictores que pretenden rebajar el mérito de los hechos. Los británicos tienen una mala conciencia, ven al fondo una felonía nacional y prefieren cubrirla con el olvido. Los árabes, con más motivo, quieren hacer de Lawrence un bode emisario sobre el que cargar los pecados que saben son de las potencias, le difaman y calumnian, olvidando que, sin él, su acción hubiera sido vana, que fue él quien les dio personalidad.

Por último, el uso, o el mal uso, de la psicología ha dañado particularmente la reputación histórica del héroe. El libro de Richard Aldington Lawrence of Arabia: A biographical enquiry es un ejemplo insuperado de hasta dónde pueden llegar esos propósitos denigratorios, empleando para ello motivos psicológicos y no psicológicos. Afortunadamente, en una obra reciente de cerca de 500 páginas, A prince of our disorder, fruto de diez años de investigación, el eminente psiquiatra norteamericano John E. Mack pone por ahora término a la cuestión. Procura ser objetivo y controlar sus reacciones, pero confiesa no ser neutral. Aun considerando cuanto pueda llevar a una opinión contraria, considera a su biografiado un gran hombre y una figura histórica importante.

En este contexto, el libro Lawrence de Arabia y su mundo para el que este prólogo, que también podría ser epílogo, ha sido escrito, puede considerarse ejemplar. De carácter divulgativo, sintetiza con

notable acierto los diversos momentos de la vida del personaje, destacando debidamente sus acontecimientos más importantes. De agradable lectura, sustenta con objetividad y honradez la postura leal de que se trata de una de las figuras más eminentes de nuestro tiempo, a la que la adversidad impidió que sus logros coincidieran con sus intenciones. Labor eminente la de hacer conocida en España una personalidad señera de la que prácticamente puede decirse se ignora todo. Una importante parte gráfica viene además a incrementar su valía. Más de cien fotografías, la mayor parte contemporáneas de los acontecimientos, algunas tomadas por el mismo biografiado, constituyen un complemento admirable para situarse en el tiempo y en el lugar en el que aquéllos acaecieron.

Al abandonar el servicio se instala en su refugio de Clouds Hill, donde él, que no fuma ni bebe, se entrega a su único vicio, su droga, la velocidad, recorriendo los alrededores en su potente motocicleta. Tres meses después, al tratar de evitar atropellar a unos niños, se fractura el cráneo y cae en un coma profundo del que nunca saldrá.

Por fin había conseguido lo que tanto buscó. Con sus propias palabras: La muerte con envidiosa tristeza le llevó aparte: A su quietud.

Sus funerales en la catedral de San Pablo tuvieron carácter nacional. Portaban el féretro dos compañeros de la epopeya, dos colaboradores en sus tareas literarias, un soldado de tanques y un mecánico de aviación. Detrás, a pie, solo, Winston Churchill.

El héroe, con veinte años de retraso, se reunía al fin con su leyenda.

# 1. Un joven arqueólogo

En octubre de 1917, la guerra entre Gran Bretaña y Alemania duraba ya tres años. Los británicos, como una maniobra más de esta guerra, habían instigado y apoyado una rebelión árabe contra Turquía, uno de los aliados de Alemania. Por aquel entonces, un joven inglés, Thomas Edward Lawrence, volaba trenes turcos en la línea férrea Damasco-Medina, y los rumores de sus éxitos se exten-

«Tremadoc», el pequeño y tranquilo pueblo galés donde nació T. E. Lawrence.



Cortesía de Mr. y Mrs. T.W. Beaumont



Vista de la Hight Street de Oxford, en 1890.

Bob, Will y Ned Lawrence con el bebé Frank. Sarah Lawrence recordaba a sus hijos como «unos niños completamente felices.» Will fue probablemente el hermano preferido de Ned, pero cuando nació Arnold—doce años más joven— sintió por él ese cariño que a veces tienen los niños a un hermano más pequeño.

dían rápidamente entre las dispersas tribus árabes. «Envíenos un *Lurens* —escribió Beni Atiyel a Feisal, hijo del gobernador de La Meca, que había encabezado la rebelión— y volaremos trenes con él.» *Lurens* acabó convirtiéndose en leyenda no sólo en Arabia, sino también en Occidente; su vida ha fascinado a lectores y escritores de todo el mundo.

T. E. Lawrence nació el 16 de agosto de 1888 en Tremadoc, un tranquilo pueblo galés. Fue el segundo hijo natural de un rico terrateniente anglo-irlandés, Thomas Chapman, y de una institutriz escocesa, Sarah Maden, con la que el padre huyó abandonando a su esposa e hijas. Para evitar la censura de la clase media victoriana, cambiaron su apellido por el de «Lawrence» mediante escritura

pública y no establecieron residencia fija. Cuando tenía ocho años, Ned, como su familia le llamaba, había vivido en Gales, Escocia, la isla de Man, Jersey, Francia y el sur de Inglaterra. Sólo entonces, el señor y la señora Lawrence, que tenían ya cuatro hijos, se sintieron suficientemente seguros y se establecieron en Oxford, en la calle Polstead n.º 2.

La infancia de Ned no tuvo nada de extraordinario o extraño. Era un muchacho fuerte, activo, inteligente y seguro de sí mismo. Fue al Instituto de Óxford, donde, en su primer día de clase, un compañero de estudios que estaba sentado a su lado comenzó a jactarse de haber nacido un día antes que él. Ned replicó que eso era más bien una mala suerte, ya que le había impedido nacer el



Cuando no era más que un muchacho, T. E. realizó numerosos grabados que reproducían originales medievales, uno de cuyos ejemplos es la efigie de Lord Beaumont (de la iglesia de Wivenhoe, Essex) que aparece en esta imagen.

Reproducción en grabado de la efigie de Lord Berkeley, de la iglesia de Wootton under Edge, Gloucestershire.



mismo día que Napoleón, como él. Odiaba los abusos de cualquier tipo, y en una ocasión, al intentar defender a un chico de las bromas de que era objeto en el patio de recreo, sufrió una caída y se rompió un hueso de la pierna, lo que, según su madre, interrumpió su crecimiento.

A él no le preocupaba mucho su formación, pero su padre le había hecho interesarse por el grabado cuando tenía diez años y comenzó a sentirse cada vez más fascinado por el mundo medieval. Asistió con sus compañeros de clase a las reuniones de la Sociedad Arqueológica de Oxford, recorrió los pueblos de los alrededores haciendo grabados, llegó a descubrir un alcantarillado medieval y frecuentó las bibliotecas en busca de historias de monjes, caballeros y damas.

Su sensibilidad le exigía paz e intimidad, y cuando a los diecisiete años tuvo la sensación de que no conseguiría ninguna de las dos, creyó que le iba a ser imposible continuar con sus estudios y se escapó para alistarse como soldado raso en el batallón de instrucción de la Artillería Real. Su padre, cuyas rentas permitían a la familia Lawrence vivir cómodamente, le sacó del ejército mediante el pago de 30 libras y le construyó una casita en un extremo de su jardín. Ned, o T. E., como entonces le gustaba que le llamasen, insonorizó las paredes y las adornó con sus grabados, como el de sir John d'Aberton o el del cruzado Roger de Trumpington; estaba orgulloso de su nueva casa.

Durante sus dos últimos años en el instituto, T. E. realizó en Oxford trabajos arqueológicos de cierto valor y llegó a pagar a unos obreros de un solar en construcción para que le dieran las cerámicas, vasijas y monedas medievales que encontraran, hallazgos que más tarde donaría al Museo Ashmolean. Durante las vacaciones hacía largos viajes en bicicleta, llegando a recorrer a veces distancias enormes para visitar castillos de la Edad Media en Gales y Francia. En una ocasión, después de visitar a unos amigos de su familia en Dinard, contaría a su regreso: «El señor Corbell, que se encontraba con ellos, estuvo a punto de desmayarse al saber de dónde venía yo. Les di tema de conversación para una semana. Doscientos cincuenta kilómetros. *Oh la la, qu'il est merveilleux.* Doscientos cincuenta kilómetros...»

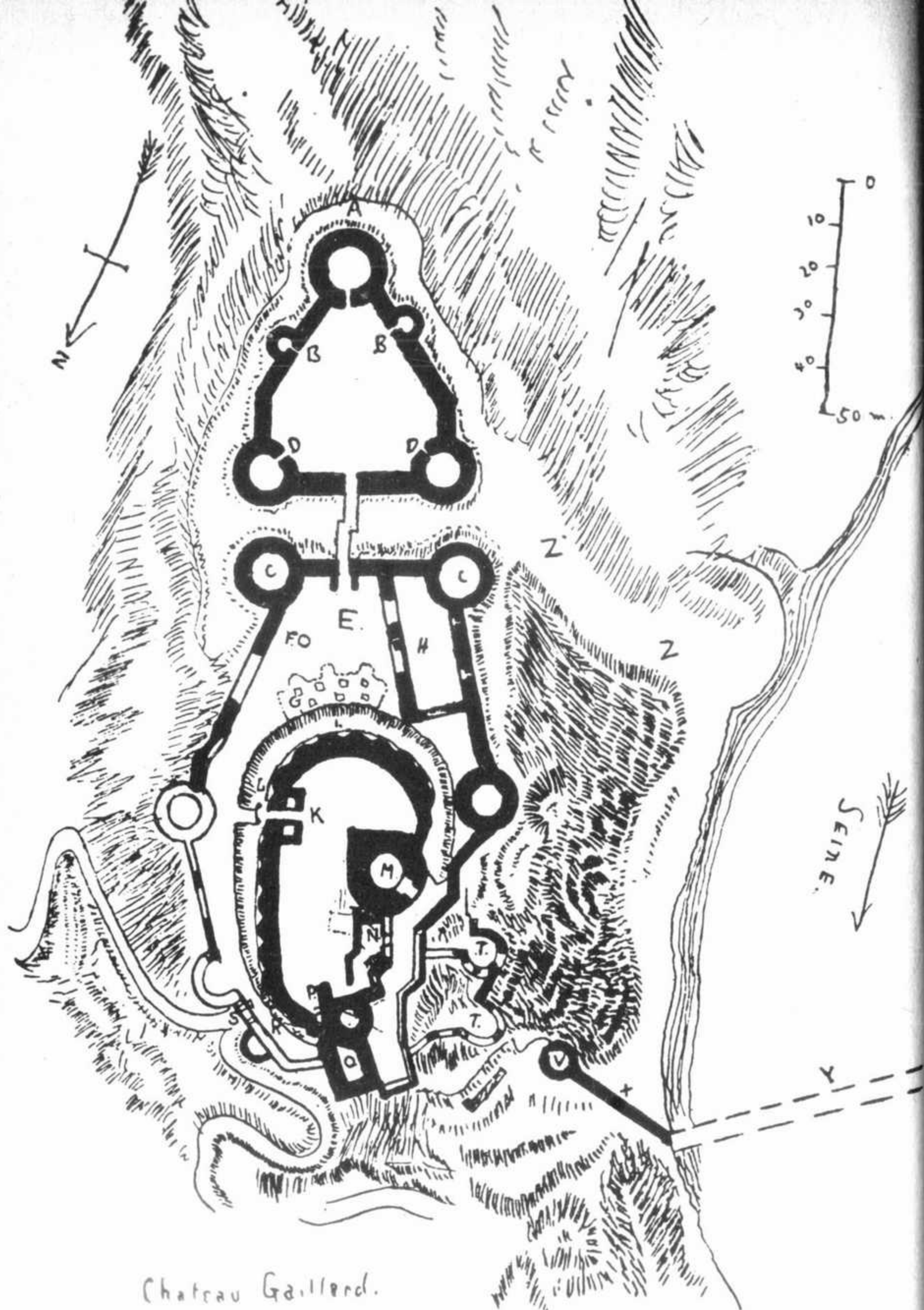
Lawrence ingresó en el Jesus College de Oxford, en octubre de 1907, con una beca en Historia. Pasó un trimestre en el colegio mayor y después fue autorizado a residir en su casa, que por entonces era el centro de todo un mundo de antigüedades. Había otro estudiante, Vyvyan Richards, que compartía su afición por la Edad Media, y ambos llegaron a planear la construcción de una



Caseta que el padre de T. E. hizo construir para él en el jardín de su propiedad de Oxford; allí el joven estudiante pudo encontrar la tranquilidad que necesitaba para sus estudios y sus aficiones artísticas.

mansión medieval en Epping Forest, en la que imprimirían a mano libros de calidad excepcional. Richards admitiría más tarde que se había sentido físicamente atraído por T. E.; pero tal sentimiento no era compartido por el futuro Lawrence de Arabia, quien, aunque apreciaba el entusiasmo y la habilidad de su amigo, le calificaba de persona difícil.

Sir Ernest Barker, tutor de Lawrence en Historia Medieval, le



Chateau Gaillard.

- A. High Angle Tower.
- BB. Smaller Towers.
- C.C. DD. Corner towers
- E. Lower Court.
- F. Wall.
- G.H. Buildings in Lower Court

- I. Moat
- K. Entrance
- L. Counterscarp
- M. Keep
- N. ESCARPMENT
- O. Postern Tower
- P. Postern Gate

- R.R. Parapet Walls.
- S. Gate from Escarpment
- T.T. Flanking Towers
- V. Outer Tower
- X. Connecting wall
- Y. Stroad
- Z.Z. Great ditch

V. Le Duc.



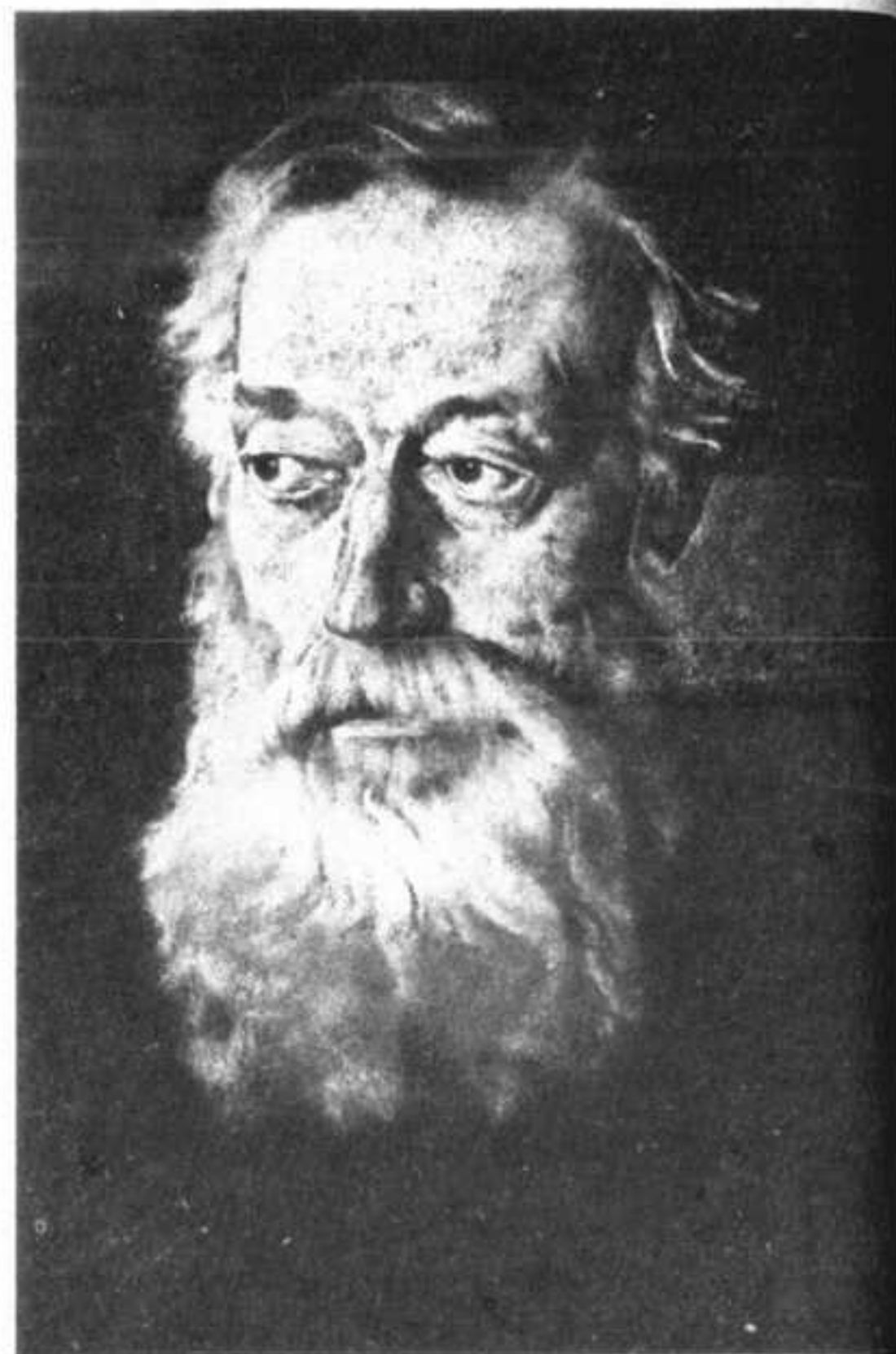
AutORIZACIÓN del Director del Oxford School

T. E. con sus compañeros del Instituto de Oxford en 1907. Will Lawrence es el del centro de la tercera fila, y T. E., que hizo la fotografía, está de pie, a la derecha, con la bomba de bicicleta que utilizó para hacer funcionar el disparador, oculta bajo su chaqueta.

Plano del castillo Gaillard, dibujado por T. E. Lawrence en 1907. «Toda la construcción —escribió— tiene el sello inconfundible de la genialidad. Ricardo I... tuvo que ser un gran estratega y un gran arquitecto, además de un gran guerrero.»

comparaba «con el rayo: zigzagueante e instantáneo». Sus puntos de vista eran independientes y originales, debido en gran parte a su hábito de leer ampliamente sobre cualquier tema que estudiara. Mostraba preferencia por los libros de caballerías y los poemas épicos, llegando en ocasiones a leer hasta el amanecer, «paseando durante horas en el jardín con Parsifal o Sagramors el Deseoso». Había otra faceta más ruda y vulgar en Lawrence: le gustaba ponerse a prueba hasta el límite, sin respetar horarios regulares para comer y dormir, nadando en las gélidas noches de invierno y haciendo largos recorridos en bicicleta hasta quedar exhausto; también participó en las tradicionales batallas entre grupos rivales de estudiantes. Sentía gran interés por la fotografía e hizo prácticas de tiro con pistola hasta conseguir convertirse en un buen tirador con ambas manos.

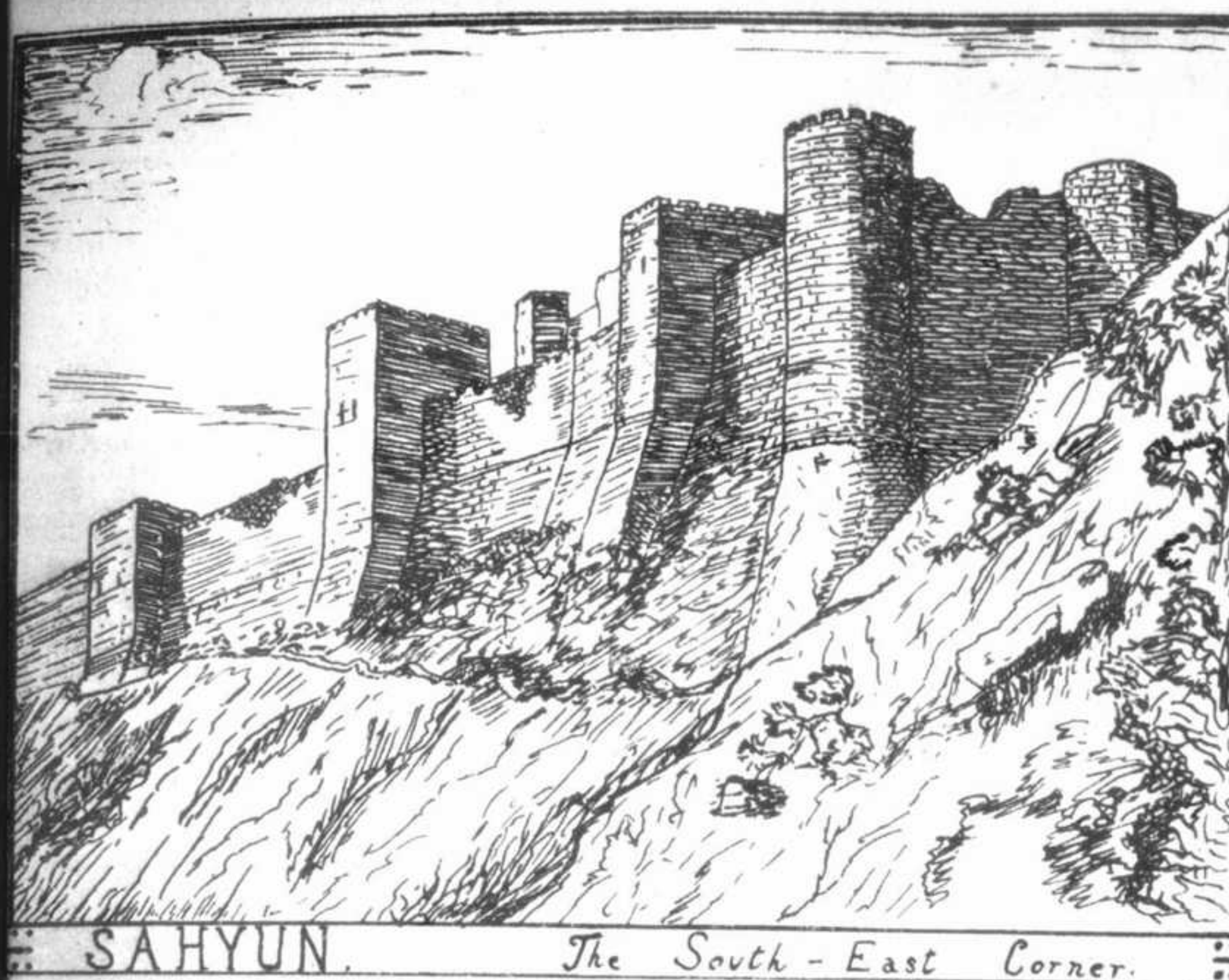
El sentimiento de culpabilidad de Sarah Lawrence por vivir



A la izquierda, Canon Christopher, rector de la iglesia de St. Aldate, de Oxford, a la que la familia Lawrence asistía con regularidad. A la derecha, Charles M. Doughty, por E. Kennington, explorador y poeta inglés a quien T. E. admiró en su juventud.

Arriba, dibujo a plumilla realizado por T. E. de Sahyun, uno de los castillos que visitó en su viaje de estudios a Siria en 1909. Debajo, vista parcial de las excavaciones arqueológicas de Karkemis.

con el marido de otra mujer le animaba a ser una buena cristiana; bajo su influencia, los Lawrence eran creyentes practicantes y contaban entre sus amigos a Canon Christopher, párroco de la iglesia de St. Aldate. Este les hizo el favor de pedir a D. G. Hogarth, profesor del Magdalen College y director del Museo Ashmolean, que ofreciera su ayuda y amistad a T. E. mientras permaneciese en la Universidad. Hogarth orientó los intereses de T. E. hacia Oriente Medio, y el tema que éste eligió para su tesis fue la arquitectura militar en las Cruzadas. Estudió árabe y mantuvo conversaciones con Charles Doughty, famoso viajero y autor del por entonces libro favorito de Lawrence: *Travels in Arabia Deserta*. En el verano de 1909 viajó por Siria, donde recorrió a pie todo el territorio desde Beirut a Haifa, y desde Acre hasta Aleppo, recogiendo material para su tesis y viviendo según las costumbres árabes. Resultó un viaje peligroso y en una ocasión fue incluso golpeado por unos kurdos,



The tower of entrance is the furthest to the left. The great moat runs along before the round tower on the right.







La ciudad de Chipping Campden en la época en que T. E. y Vyuyan Richards realizaron su «peregrinaje» en honor a su admirado

La ciudad de Chipping Campden en la época en que T. E. y Vyuyan Richards realizaron su «peregrinaje» en honor a su admirado

que le dieron por muerto. No obstante, era bien recibido en muchas poblaciones. «Cuando entro en alguna casa —escribió—, el propietario me saluda y yo le devuelvo el saludo; él dice algo a una de sus mujeres y me traen una colcha gruesa que doblan y colocan sobre la estera del suelo a modo de asiento; me siento sobre ella en cuclillas y entonces el anfitrión me pregunta cuatro o cinco veces por mi salud, a lo que yo respondo otras tantas veces que es buena. A veces tomamos café y después me hacen todo tipo de preguntas: si mi trípode (para la cámara fotográfica) es un revólver; quién soy yo; de dónde vengo; adónde voy; por qué viajo a pie; por qué viajo solo, y cualquier otra cosa imaginable. Cuando instalo el trípode hay gritos de asombro y “Mashallahs”, “Por la vida del Profeta”, “Cielos”, “Bendito sea Dios”, etc. Nunca han visto nada igual y todo el pueblo se reúne para verlo.»

Cuando regresó a Oxford, su tesis, que fue posteriormente publicada con el título *Crusader Castles (Los castillos de los cruzados)*, le ayudó a conseguir un sobresaliente en Historia Moderna.

Lawrence terminó sus estudios en Oxford en junio de 1910, y Hogarth le ofreció la posibilidad de participar como ayudante suyo en una expedición patrocinada por el Museo Británico para descubrir la antigua ciudad de Karkemis, a orillas del Eufrates; ganaría quince chelines al día. En invierno estaba ya de nuevo en camino hacia Siria. En el viaje, pasó algunos días en el corazón del Imperio Turco: Constantinopla, la moderna Estambul. Allí admiró las «viejas» murallas romanas y disfrutó de la animación reinante y del contraste entre el bullicio de las calles y la calma de las grandes mezquitas, con sus anchos claustros pavimentados de mármol. Cuando llegó a Siria, pasó dos meses estudiando árabe en la escuela de la misión americana en Jebail, cerca de Beirut. Su profesora era Farida el Akle, una joven siria a la que T. E. calificó de «maravillosa» en una carta a sus padres. Ella correspondió a su admiración y Jebail se convirtió en su segundo hogar durante los tres años siguientes.

En febrero de 1911, Lawrence viajó con Hogarth a Karkemis. Escribió entonces que era «algo extrañísimo estar tan lejos de Europa; en Urfa y Deraa me sentía... fuera de la influencia del Renacimiento...».

Desde entonces hasta el mes de junio de 1914, no regresó a Inglaterra más que en las Navidades de 1912 y dos semanas en julio de 1913. Fueron éstos unos de los años más felices de su vida. Hay quien ha sugerido que durante este período Hogarth y él eran, de hecho, agentes secretos con la misión de espiar la construcción de los puentes que sobre el Eufrates llevaban a cabo los alemanes.



D. G. Hogarth, director del museo Ashmolean y profesor del colegio mayor Magdalen, de Oxford, encauzó el interés de Lawrence hacia la arqueología de Oriente Medio.

Es cierto que Lawrence dijo a sus padres que podía verlos con claridad a una distancia de unos cuatro kilómetros a través de un teleobjetivo; pero desde su adolescencia había sido un gran aficionado a la fotografía. No hay pruebas de que fuera algo diferente a lo que parecía: un arqueólogo joven, inteligente y entusiasta.

R. Campbell Thompson fue el encargado de dirigir las excava-



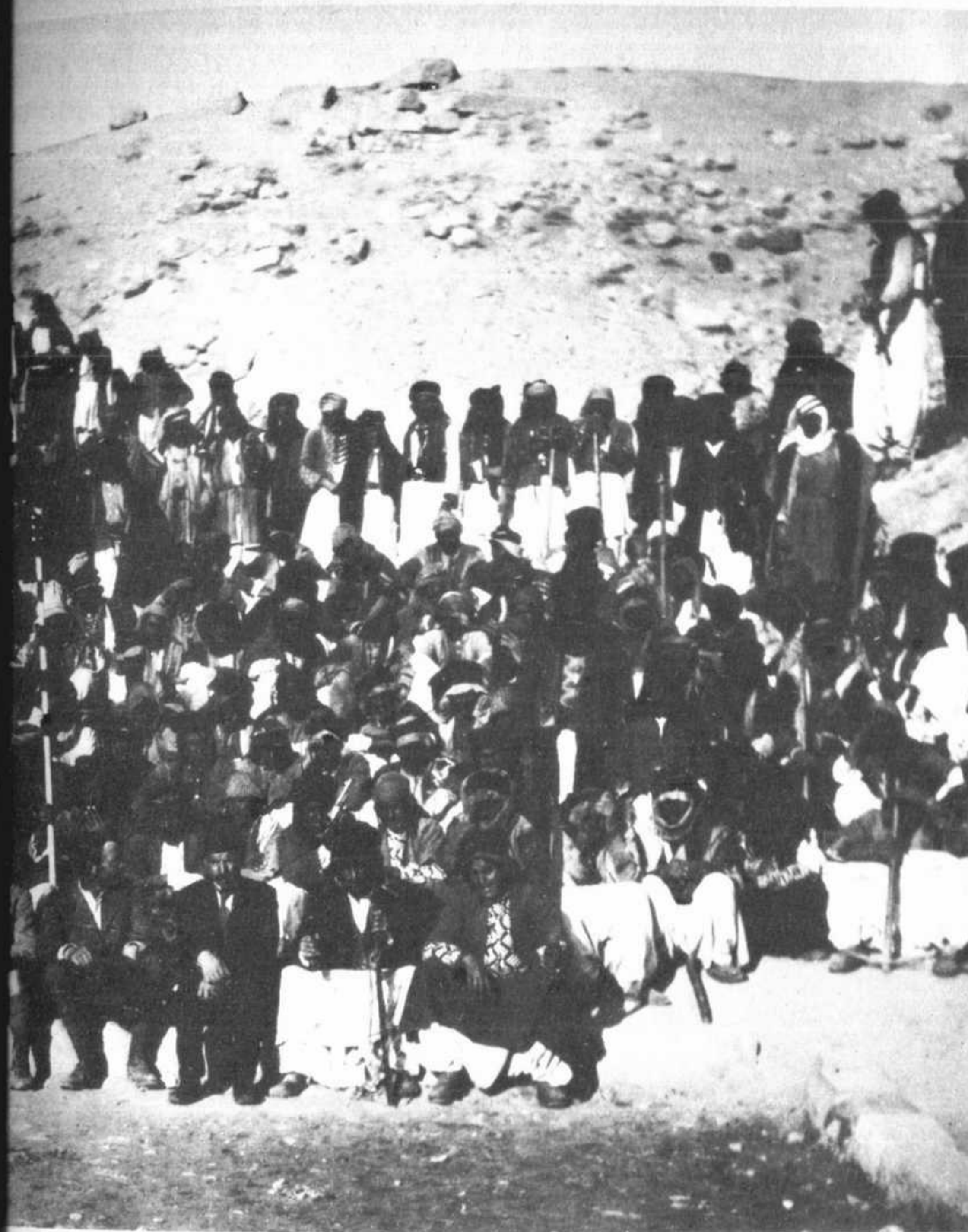
Farida el Akle, mujer inteligente y fiel cristiana, fue una de las personas que más intimaron con Lawrence, a quien siempre llamó «Ned», su apelativo familiar.

ciones a partir de abril de 1911, pero Lawrence no regresó a Inglaterra con Hogarth. Se quedó en Karkemis para clasificar cerámicas y hacer fotografías, y gradualmente fue aumentando su responsabilidad hasta tener bajo su mando doscientos trabajadores árabes. Ellos le consideraban un jefe simpático; a veces les dividía en grupos para que compitieran entre ellos y les permitía hacer un disparo

T. E. Lawrence con Leonard Woolley y un grupo de trabajadores árabes en Karkemis.



Cortesía del British Museum



al aire cuando encontraban algo de interés; en ocasiones se sentaba y hablaba con ellos amigablemente durante una o dos horas. En una de las visitas de T. E. a Jebail, Farida preguntó a los árabes que le acompañaban la razón por la que Lawrence se llevaba tan bien con sus trabajadores, y la respuesta fue: «Es uno de nosotros; no hay nada de lo que hacemos que él no pueda hacer también, e incluso mejor que nosotros.» Lawrence se sentía fascinado por las costumbres árabes y en una ocasión describió entusiasmado una doble boda, precedida por la «captura» de las novias: «Los novios

esperan en su casa a las mujeres que vienen en comitiva triunfal, todas alborozadas, cantando o haciendo disparos; la dote va delante de ellas a lomos de un asno en un gran cofre pintado. Hasta altas horas de la madrugada bailan al son de música y palmas, disparan tiros y cantan acompañadas de caramillos de cabreros y pastores.»

Los arqueólogos comían bastante bien, excepto una vez que Haj, el cocinero, «de modo inadvertido vació una lata de curry ¡en un pilaff! Era como comer llamas sazonadas con pimienta...». Hubo

también contratiempos más molestos, como cuando les invadió una plaga de langosta: «Durante tres días —cuenta Lawrence— el río estuvo lleno de ellas y no pude hacer fotografías porque el aire tenía una textura sedosa por el reflejo de todas sus alas.» También le pesaban las responsabilidades, porque los trabajadores planteaban todos sus problemas a Thompson y a Lawrence. Un hombre llegó a pedirles que le pagaran las 12 libras del precio de una mujer de la ciudad que él quería comprar; pero ellos se negaron a ayudarlo ya que «era pobre y podría haber conseguido fácilmente mujeres en los pueblos de alrededor por dos libras. Por este precio la joven sería muy gorda (considerada allá como un signo de belleza), con numerosos tatuajes en la cara y capaz de hacer pan y combustible con excrementos». Lawrence entabló amistad con su capataz, Hamoudi, y se tomó un interés de hermano mayor por Salim Ahmed. Ahmed era un porteador de dieciocho años a quien llamaban Dahoum, el oscuro, porque tenía la piel blanca, y hablaba de emplear su sueldo en pagarse estudios en Alepo.

También recibieron visitas, de entre las cuales T. E. destacó a Gertrude Bell. Lawrence la encontró agradable, aunque «no bella (excepto quizá con el velo puesto)». Llegó procedente de las excavaciones alemanas de Kalaat Shirgat, y al principio pensó que las ideas de Thompson sobre excavaciones eran prehistóricas. Pero cuando le enseñaron sus hallazgos y trataron temas tan variados como la arquitectura bizantina, la de las cruzadas, la romana e hitita, el arte popular griego, la etnología mesopotámica, la técnica del metal en la Edad de Bronce, Anatole France, los octubristas y los teleobjetivos, Gertrude «se mostró encantada de tomar el té al cabo de hora y media de conversación».

Durante el verano de 1911 se suspendieron las excavaciones, y Lawrence hizo un viaje desastroso por el norte de Mesopotamia. El comienzo no pudo ser más interesante: un jeque le ofreció «dos esposas de primera clase como regalo», y unas mujeres del pequeño pueblo de Kassala le enseñaron a hacer pan. Pero después padeció un absceso en una muela y disentería y tuvo un esguince en el empeine del pie derecho. La recuperación fue rápida, y a comienzos de 1912 se unió a las excavaciones de Flinders Petrie en Kafr Ammar, Egipto, 75 kilómetros al sur de El Cairo. «Una excavación de Petrie es algo con un sabor especial —escribió—. Los riñones en lata se mezclan en la sopa con momias y amuletos; tengo la cama llena de vasijas prehistóricas de alabastro y mis pies impiden que las ratas alcancen la panera por la noche. Durante diez días consecutivos desayunamos al amanecer y regresamos al anocheecer, después de haber comido en el fondo de un pozo de quince

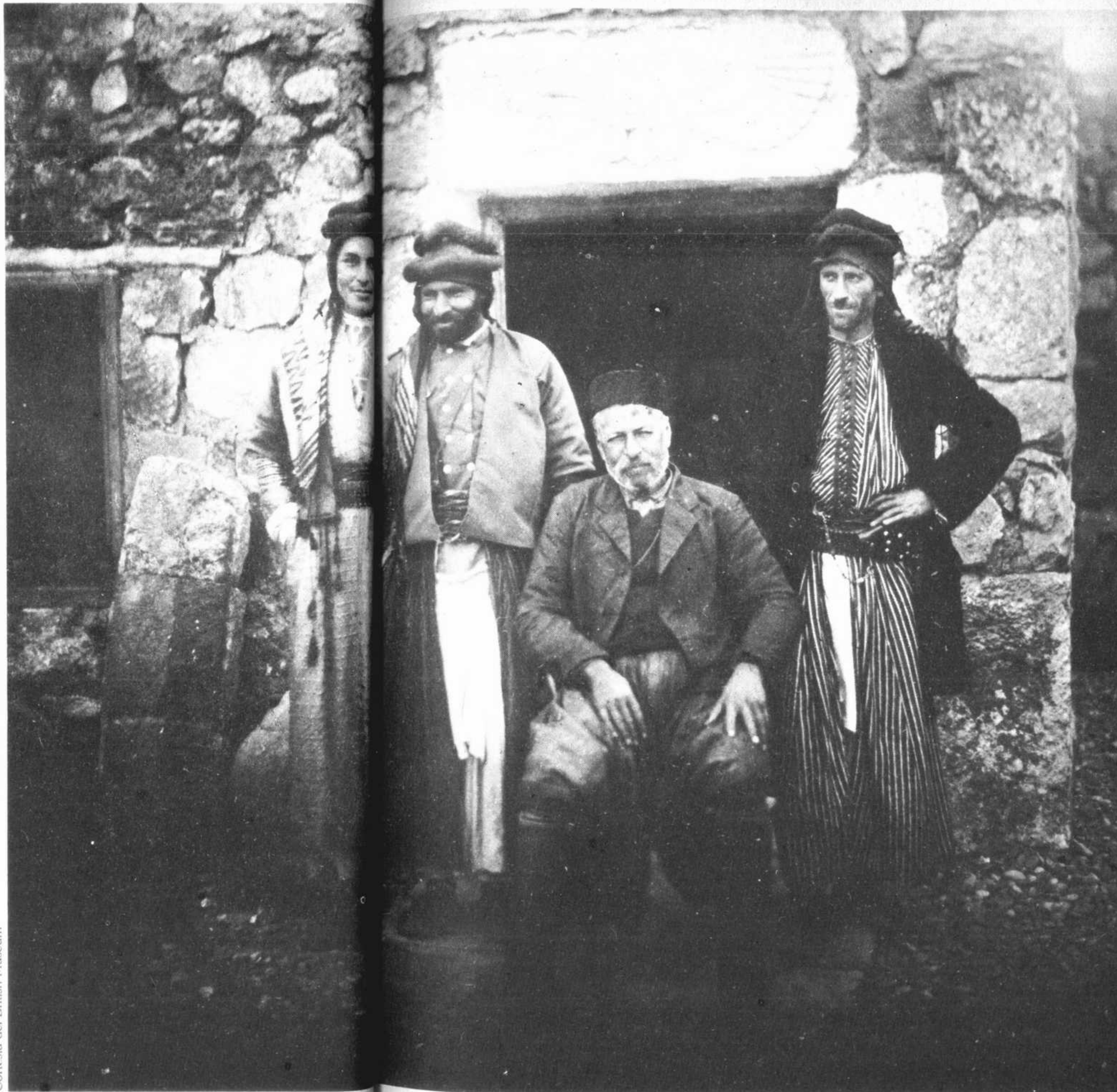
metros, donde recogimos restos de cerámica y collares de cuentas...» Durante la primera semana excavaron unas cien tumbas. Con frecuencia se les hacía de noche, y como el frío caía de repente, T. E. y sus compañeros tenían que envolverse en las ropas de lino blanco que habían sido enterradas en tumbas egipcias y que apestaban a especias.

En primavera, Lawrence regresó a Jerablus, un pueblo cercano a Karkemis, para supervisar la construcción de la casa donde Leonard Woolley, nuevo director de las excavaciones, y él vivirían durante los dos años siguientes. Woolley se enteró de que los árabes sospechaban que Lawrence era un pervertido sexual debido a su amabilidad hacia Dahoum. Al parecer, T. E. conocía los rumores, pero como sabía que no respondían a nada cierto, le resultaban divertidos dado su tolerante y a veces malicioso sentido del humor.

Según transcurrían los meses, Lawrence iba perdiendo gradualmente el interés por los planes que hiciera de estudiante acerca de construir una mansión medieval en Epping Forest. Escribió varias veces a Vyvyan Richards, pero en sus cartas solamente se advierten muestras de entusiasmo cuando menciona algún detalle sobre las costumbres árabes. En diciembre de 1913 escribió a Richards que estaba contento con su forma de vida y que probablemente iba a continuar viviendo así. T. E. se ocupó de enseñar a algunos árabes la tabla de multiplicar y de defender la zona de Karkemis de los ingenieros alemanes que querían utilizarla como cantera; además, trabajó en un libro de viajes sobre El Cairo, Esmirna, Constantinopla, Beirut, Alepo, Damasco y Medina. Durante algún tiempo había sido catequista en la parroquia de St. Aldate, y las citas bíblicas venían con facilidad a su mente. Recordaba la lectura del libro de los Proverbios: «La sabiduría ha edificado una casa, ha labrado sus siete pilares», y decidió llamar a su libro sobre las siete ciudades, *Seven Pillars of Wisdom* (*Siete pilares de sabiduría*).

En las horas de trabajo su figura destacaba entre las demás: llevaba una chaqueta ligera gris con adornos en rosa, unos pantalones cortos blancos sujetos con un llamativo cinturón árabe con borlas, medias grises, babuchas rojas y la cabeza descubierta. Por las tardes se ponía además un chaleco árabe bordado en oro y una capa de hilo de oro y plata. En verano hacía recorridos por Arabia. Llevaba consigo un revólver y sus horas de práctica de tiro le sirvieron mucho, al menos en una ocasión. Caminaba cerca de Lalakia, cuando alguien disparó contra él, aunque sin llegar a herirle; T. E. se dio la vuelta rápidamente y vio a un hombre que le apuntaba a una distancia de unos cincuenta metros. Antes de que

Dahoum, Abd es Sala'am,  
Gregori y Hamoudi,  
fotografiados en Karkemis.  
En julio de 1911 Lawrence  
escribió: «He conseguido un  
gran éxito con nuestro  
porteador Dahoum. Está  
empezando a utilizar su  
razón y su inteligencia.»



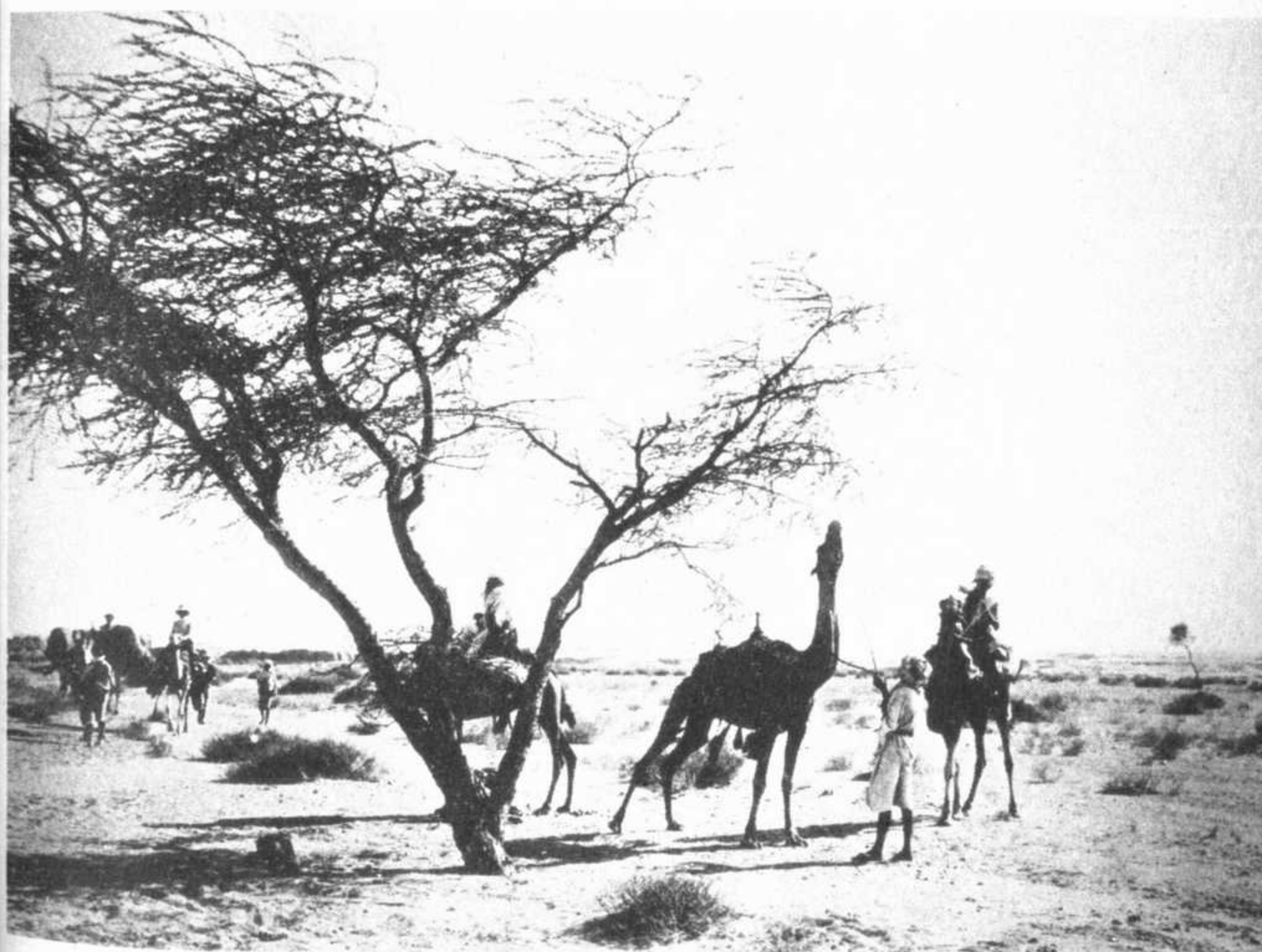
el desconocido pudiera disparar por segunda vez, Lawrence sacó su revólver y le hirió en la mano derecha de un certero disparo. Se acercó entonces al hombre, a quien creyó reconocer como un trabajador que había sido despedido por Hamoudi en Karkemis; le vendó la herida y le despidió de una patada.

Cuando en el verano de 1913 fue a pasar quince días a Inglaterra, le acompañaron Hamoudi y Dahoum. Se negó a que los fotógrafos les persiguieran y dijo a Hamoudi que no quería ser el «hombre de los dos monos». Cuando volvieron a Karkemis continuaron con las excavaciones. Uno de los momentos más excitantes fue cuando encontraron «un gran pórtico y unos largos muros que conducían a él, todo adornado con grandes bloques de piedra blanca y negra labrada que representaban a un rey con sus hijos, unos hombres con tambores y trompetas, otros bailando, y una diosa a la cabeza de una gran procesión de sacerdotes y sacerdotisas que llevaban cereales, vino, frutas y gacelas».

## 2. Espía en el Sinaí

Lawrence había llegado a sentir aversión hacia los turcos, que se habían convertido en los dueños de Siria y trataban a los árabes como a inferiores. También sentía antipatía hacia los alemanes, molestos vecinos en Karkemis y aliados de los turcos en su dominio sobre lo que quedaba del Imperio Otomano. Tampoco le gustaban las evidentes ambiciones coloniales de Francia en la zona. Fue por entonces cuando comenzó a atraerle la idea de que Arabia había de ser liberada del dominio turco para disfrutar de gran libertad y

*Desierto del Sinaí, punto clave cuyo preciso conocimiento era vital para el ejército británico.*



autogobierno como parte del Imperio Británico. Lawrence era partidario de llevar sus ideas a la práctica; por ello, aceptó encantado que le reclutaran para un reconocimiento del desierto del Sinaí, acerca de lo cual escribió a su madre que «obviamente se nos envía, bajo la apariencia de un estudio arqueológico, a una tarea de tipo político».

Lawrence y Woolley, espías temporales, se convirtieron durante seis semanas en miembros de un equipo dirigido por el capitán S. F. Newcombe, encargado de trazar mapas de los caminos y las reservas de agua del Sinaí para que los británicos estuvieran preparados en caso de guerra con Turquía. La lectura era una distracción agradable en el desierto, y T. E. pidió a su casa algunas obras de William Morris: *The Well at the World's End*, *The Glittering Plain*, *The Sundering Flood* y *The Wood Beyond the World*. A mediados de febrero, Lawrence se separó del grupo principal y continuó en solitario, a través de parajes poco conocidos, hasta Petra. Los turcos sospechaban de los expedicionarios, quienes hacían ostentación de buscar la ruta seguida por los israelitas durante los cuarenta años que pasaron en el desierto. T. E. descubrió en una ocasión que le seguía un pelotón de soldados turcos y decidió dirigirlos hacia un terreno escabroso. Al final del camino escribió con satisfacción: «He acampado aquí durante dos días y ellos continúan desorientados: el primero tiene un retraso de diez horas respecto a mí, y el último todavía se encuentra perdido.»

Después de hacer el recorrido Ma'an-Damasco siguiendo la línea férrea, T. E. regresó a Karkemis, donde se unió a Woolley para librar a los alemanes de una rebelión de los trabajadores. Antes de terminar la temporada de excavaciones había conseguido más hallazgos interesantes, entre ellos la cabeza enorme de un dios y una greba de bronce perteneciente a un guerrero hitita. El 10 de junio inició el viaje de regreso a Inglaterra.

Dieciocho días más tarde, Gavril Prinsep, conspirador serbio, asesinó en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona imperial de Austria-Hungría. Las potencias europeas estaban tan inevitablemente ligadas por alianzas y compromisos que el 4 de agosto el asesinato de un hombre provocó una guerra en la que Alemania y Austria se enfrentaban a Rusia, Francia e Inglaterra. Parecía forzoso que Oriente Medio se viera arrastrado al conflicto. Durante años, los estadistas europeos habían considerado con codicioso interés el debilitamiento del Imperio Otomano y se preguntaban quién iba a controlar Constantinopla cuando cayera Turquía. La caída parecía haberse evitado en 1908, cuando algunos patriotas otomanos, dirigidos por Enver Bey, y que se au-

Enver Bajá (1881-1922), militar y líder de los distintos grupos opositores a la política del sultán turco Abdul Hamid, conocidos en Europa con el nombre de Jóvenes Turcos.



Bajo estas líneas, arresto de varios miembros de los Jóvenes Turcos en la ciudad de Salónica, en 1908.





Vista aérea de la ciudad de La Meca.

todenominaban «Jóvenes Turcos», consiguieron deponer al sultán Abdul Hamid y comenzaron, como último recurso, a modernizar su país. Por algún tiempo los pueblos dominados, incluyendo los árabes, vieron aumentadas sus libertades; pero Enver, aterrorizado por la magnitud de los poderes que había otorgado, cambió su política y se hizo más represivo que el propio sultán al que había derrocado. Los dirigentes árabes fueron dispersados, las asociaciones árabes prohibidas y su idioma suprimido. Había guarniciones turcas incluso en la ciudad santa de La Meca, bastión del gobernador Hussein, el líder árabe más poderoso e inteligente. Muchos árabes pensaron entonces en la necesidad de la revolución, y surgieron sociedades secretas destinadas a organizar la liberación del dominio turco. Quedaba por ver si la probable implicación de Turquía en la guerra europea supondría para estos revolucionarios la oportunidad que tan pacientemente esperaban.

Woolley y T. E. habían trabajado gustosamente con el capitán Newcombe para la inteligencia militar británica, y cuando terminaron su informe sobre la expedición al Sinaí —posteriormente publi-

cado bajo el título *The Wilderness of Zin (El desierto de Zin)*— escribieron a Newcombe solicitando que se les asignaran tareas militares. Su nombre fue incluido en una lista de espera. Por entonces Turquía había entrado ya en la guerra al lado de Alemania y Austria-Hungría. Lawrence, frustrado y aburrido mientras esperaba en su casa de Oxford, pensaba en el futuro. Si, como él esperaba, Alemania y sus aliados eran vencidos, entonces, al acabar la guerra, Rusia podría instalarse en Constantinopla, consiguiendo así acceso al Mediterráneo para sus barcos de guerra y amenazando la ruta colonial británica hacia Oriente; mientras que Francia, como botín de cualquier victoria, exigiría el control de Siria. En opinión de Lawrence, solamente su proyecto de incluir los dominios árabes en el Imperio Británico mantendría a los franceses fuera de Siria y ayudaría a equilibrar cualquier aumento del poderío ruso. Sin embargo, no había novedades respecto a alguna misión militar, por lo que finalmente T. E. pidió ayuda a Hogarth. Este, como miembro de la Real Sociedad Geográfica, le consiguió un puesto en la sección geográfica del Estado Mayor para el trazado de un mapa del Sinaí a gran escala. Los conocimientos de T. E. sobre Oriente Medio eran impresionantes, y a comienzos de diciembre fue envia-

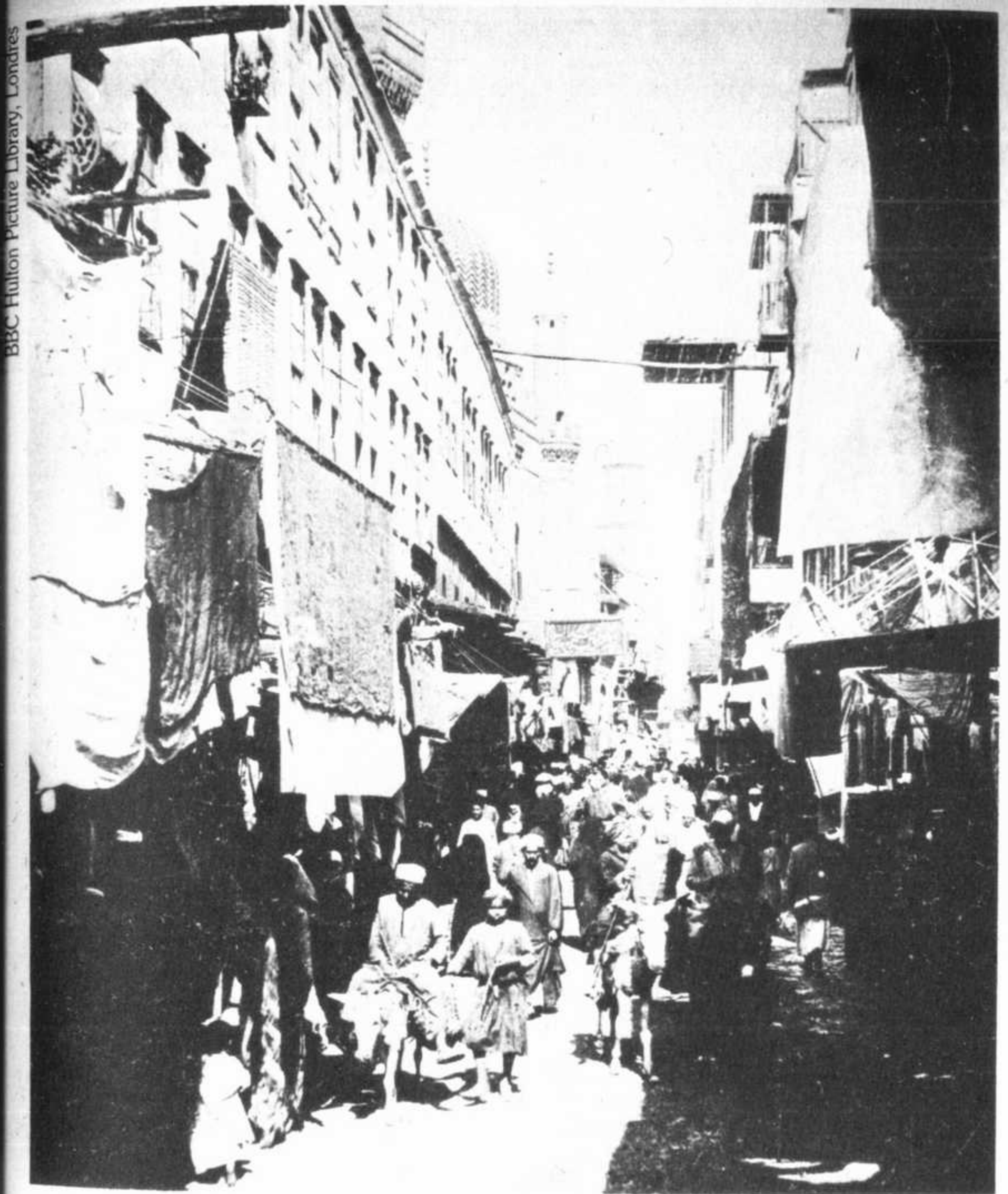




*Hussein, gobernador de La Meca.*

do a El Cairo con el rango de alférez. Allí fue destinado al nuevo Departamento de Inteligencia en Egipto.

Pronto se encontró Lawrence «en una oficina a todas horas del día, recogiendo informaciones y trazando mapas en base a pequeños detalles que recordaba». Hablaba con todo aquel que pudiera facilitarle algún dato nuevo, hombres como Philip Graves, corresponsal del *The Times*, que «conocía muy bien la organización del ejército turco». Se entregó con entusiasmo a su trabajo y causó impresión a sus colegas por su facilidad y rapidez para entender lo



*Calle de El Cairo, en 1915.*

esencial. De manera gradual fue extendiendo el ámbito de su trabajo hasta llegar a actuar como oficial de enlace entre varios departamentos oficiales.

Mientras reclutaban agentes y recogían información, T. E. y sus amigos discutían las posibilidades de fomentar una rebelión árabe contra el dominio turco. En marzo de 1915, en una carta sin censurar dirigida a Hogarth, T. E. sugería la utilización de los Idrisi, familia destacada de Mesopotamia, «para llegar a Siria a través de Hidjaz en nombre del gobernador... y tomar Damasco al asalto». Se



El general Townshend en Kut, con el Estado Mayor de la Sexta División.

refería al gobernador de La Meca, Hussein, que era desde el derrocamiento de Abdul Hamid el auténtico líder espiritual del Islam. En 1914, los británicos habían ofrecido, a cambio de la cooperación de Hussein, su ayuda contra cualquier agresión externa y la garantía de que no habría intervención en Arabia, pero Hussein no aceptó la propuesta. A comienzos de 1915, después de haber fracasado en su intento de cruzar el canal de Suez para llegar a Egipto, los turcos comenzaron una campaña interna de represión contra los líderes políticos e ideológicos árabes; entonces Hussein inició una correspondencia con sir Henry McMahon, alto comisario británico en Egipto, en la que manifestaba el deseo árabe de libertad y unidad.

En noviembre de 1915, Lawrence había perdido ya dos hermanos: Frank resultó muerto en Francia el 9 de mayo, y Will, su hermano preferido, observador del Royal Flying Corps, murió al

ser alcanzado su avión. T. E. pensó que no tenía derecho a continuar viviendo sin riesgo en El Cairo, y aunque tardó algún tiempo en entrar en servicio activo, abandonó la ciudad durante una temporada para llevar a cabo una misión en Mesopotamia.

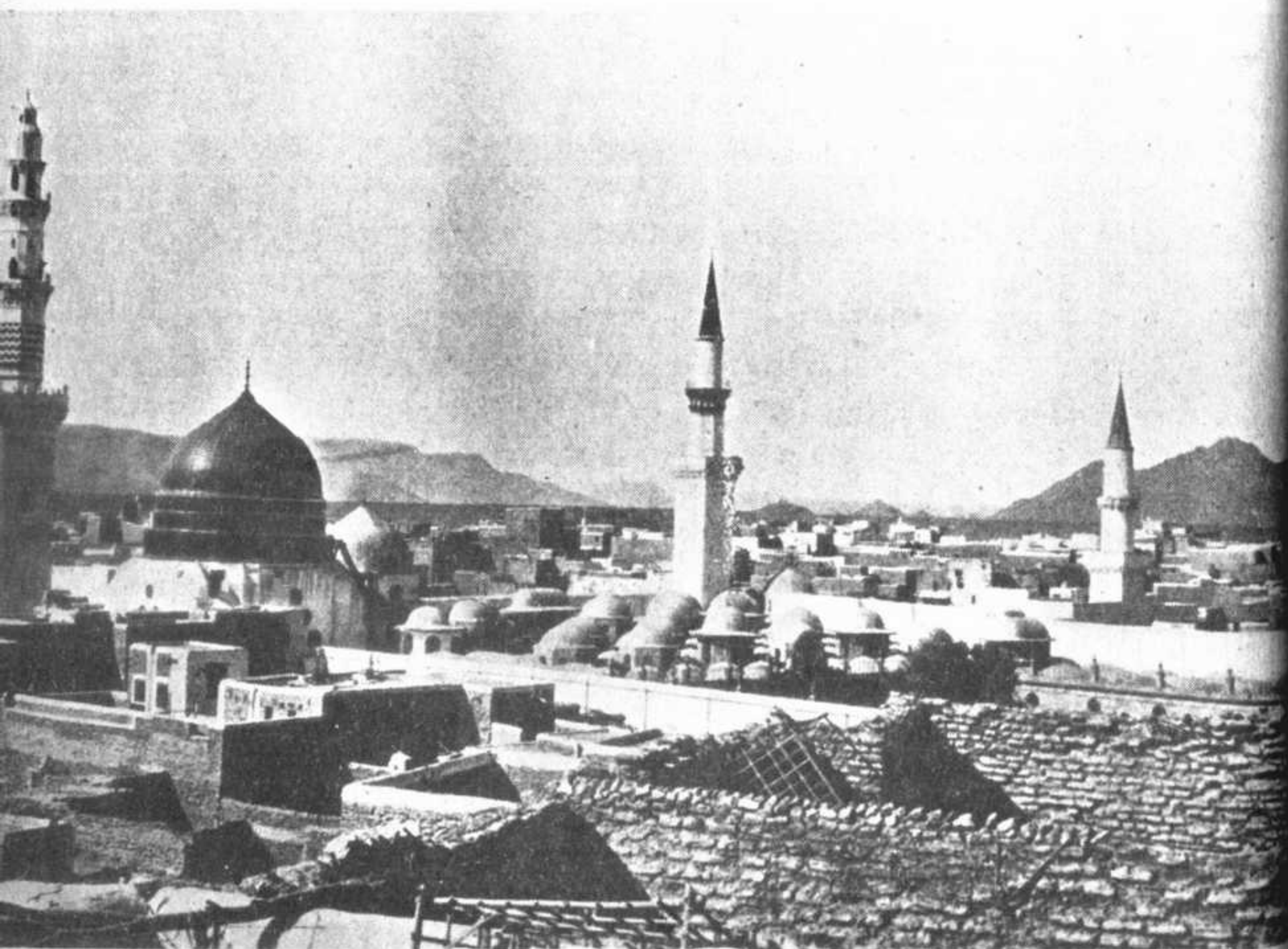
El ejército indio a las órdenes del general Townshend había avanzado por el Tigris hasta Ctesifonte, pero a comienzos de 1916 fue obligado a replegarse hasta Kut, donde pronto se vio rodeado por un gran ejército turco dirigido por el bajá Khalil. Aubrey Herbert, miembro del parlamento destinado a la Inteligencia Militar en El Cairo, fue enviado junto con T. E. Lawrence y el coronel Beach —ambos del Servicio de Inteligencia Militar— a Mesopotamia para negociar con Khalil, a quien podrían ofrecer hasta un millón de libras. La misión resultó un fracaso y Townshend, cuyas tropas se mantenían con una ración diaria de unos cuatrocientos gramos de trigo y algo de carne de caballo, se vio obligado a rendirse junto con otros cuatro generales y mil trescientos hombres, incluyendo oficiales.

Lawrence no había mantenido buenas relaciones con los oficiales del ejército en el cuartel general británico. Le consideraban engreído —después de todo era un oficial muy joven— y eran contrarios a su plan de suscitar una rebelión árabe contra Turquía. Ellos pensaban que después de la guerra Mesopotamia iba a ser gobernada por los británicos a la manera colonial y no querían fomentar el nacionalismo árabe. Les habría molestado enormemente conocer el trabajo de la oficina árabe en El Cairo. Se trataba de una pequeña unidad de inteligencia formada a principios de 1916 por el general Clayton, con categoría de sección del Foreign Office. Cuando en la primavera de 1916 esta oficina comenzó a publicar el *Boletín Árabe*, T. E. fue el responsable de los primeros números. En nombre de esta oficina se entrevistó con refugiados de Siria, mostrando particular interés en los detalles sobre las sociedades secretas que trabajaban para la liberación árabe. Los turcos, temerosos de la labor de estas sociedades, habían ahorcado a dos grupos de dirigentes árabes a finales de mayo de ese año. Poco después, Hussein tuvo noticias de que un gran contingente turco avanzaba en dirección sur hacia Medina, y entonces decidió que debía actuar. El 5 de junio su hijo mayor, Alí, realizó un infructuoso ataque a Medina, y después, el 9 de junio, Hussein en persona se levantó en armas.

### 3. La rebelión árabe

T. E. recibió con júbilo las noticias del levantamiento de los árabes. En una carta enviada a su madre afirmaba que si la rebelión tenía éxito, sería «el acontecimiento más importante en Oriente Próximo desde 1550». Al cabo de tres días, Hussein había vencido y capturado al pequeño contingente turco de La Meca, y en septiembre sus tropas habían conquistado Jidda, Yenbo, Rabig, Lea, Um Laji, Kamufdeh y Ta'if. Por parte británica, McMahon fue nombrado responsable político de la rebelión; la ayuda militar sería dirigida por sir Reginald Wingate, gobernador de Sudán, mientras

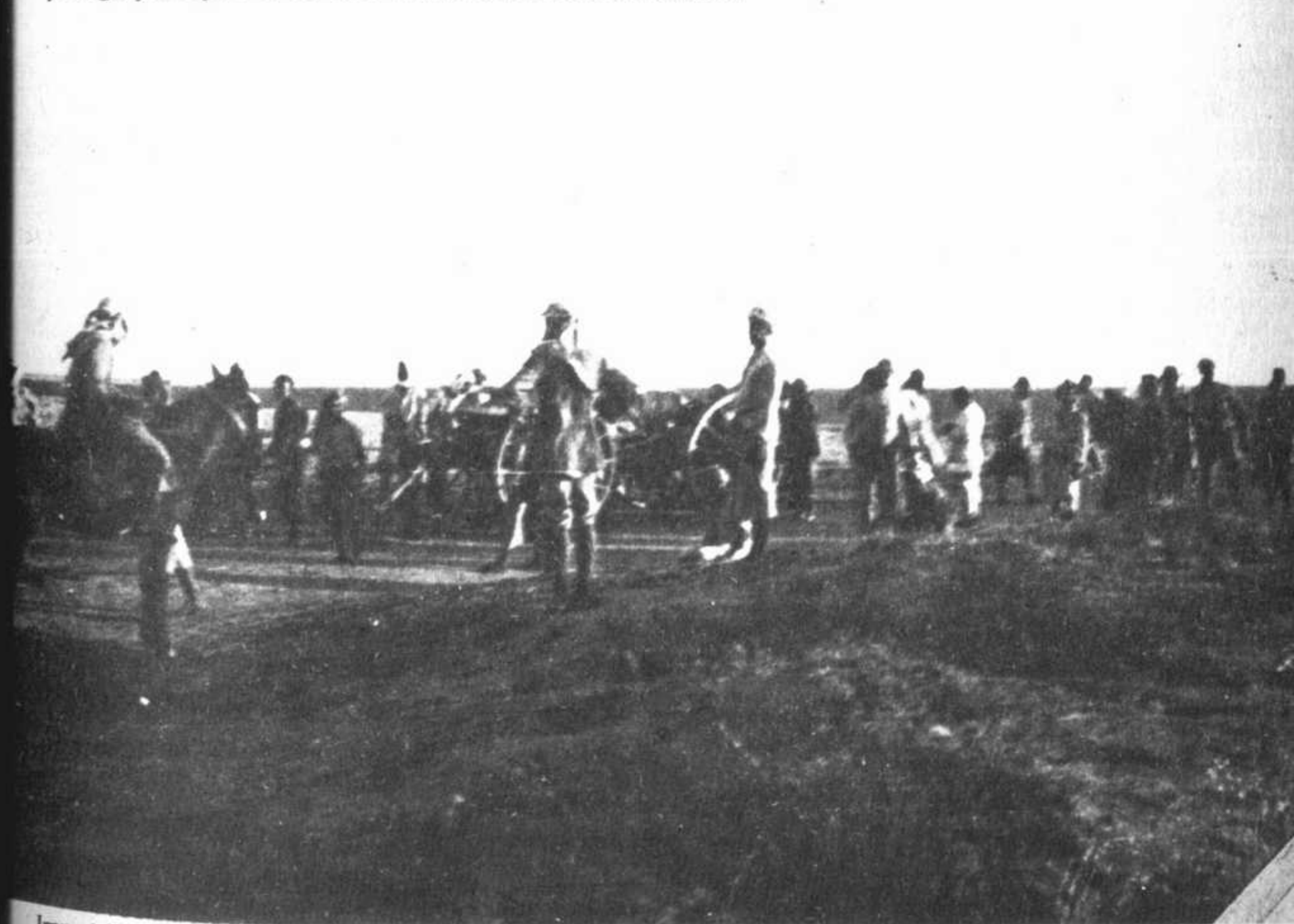
*La ciudad de Medina, en la Península Arábiga, punto clave para la defensa de las posiciones turcas.*



que el coronel Wilson era nombrado representante británico en Jidda. Lawrence estaba siempre a la espera de su traslado de la Inteligencia Militar a la Oficina Árabe, pero a Holdich, su nuevo jefe, «no le gustaba mi manera de ser» y era contrario al traslado. T. E. pidió a Clayton y a Hogarth que hicieran lo que pudieran por él, y solicitó permiso para viajar a Jidda con sir Ronald Storrs, secretario oriental de McMahon, el cual iba a mantener conversaciones con Abdulla, segundo hijo de Hussein.

En el «Lama», un pequeño vapor, disfrutaron de una travesía en calma por el Mar Rojo. «Durante el día —escribió T. E.— nos tumbábamos a la sombra, y durante gran parte de las magníficas noches caminábamos por la cubierta húmeda bajo las estrellas, soportando el sofocante viento del sur. Pero cuando por fin anclamos en el puerto exterior... el calor de Arabia nos alcanzó como una espada y nos dejó sin habla.» El coronel Wilson envió una lancha a recibirles y fueron directamente al consulado. Al poco, se presentó Abdulla en una yegua blanca, escoltado por unos esclavos fuertemente armados. T. E. advirtió que Abdulla, aunque tenía sólo 35 años, estaba engordando y mantenía una actitud amable y di-

*Traslado de un «Howitzer 5» a Rabig. Esta es la primera de las muchas fotografías que T. E. hizo durante la rebelión árabe.*



vertida. Se sentaron en círculo y Wilson comenzó leyendo un telegrama en el que se afirmaba que eran necesarias todas las fuerzas británicas en el frente de Egipto, y que habrían de recuperar los pocos aviones enviados para ayudar a los árabes. Después repasaron la situación de la campaña árabe. Los turcos estaban utilizando la línea férrea de Hidjaz para reunir pertrechos con el fin de reforzar Medina, y habían hecho retroceder al ejército dirigido por Feisal, tercer hijo de Hussein. Una columna móvil turca se estaba prepa-



Imperial War Museum, Londres

*El capitán T. E. Lawrence, siguiendo el consejo de Feisal, adopta el atuendo árabe.*



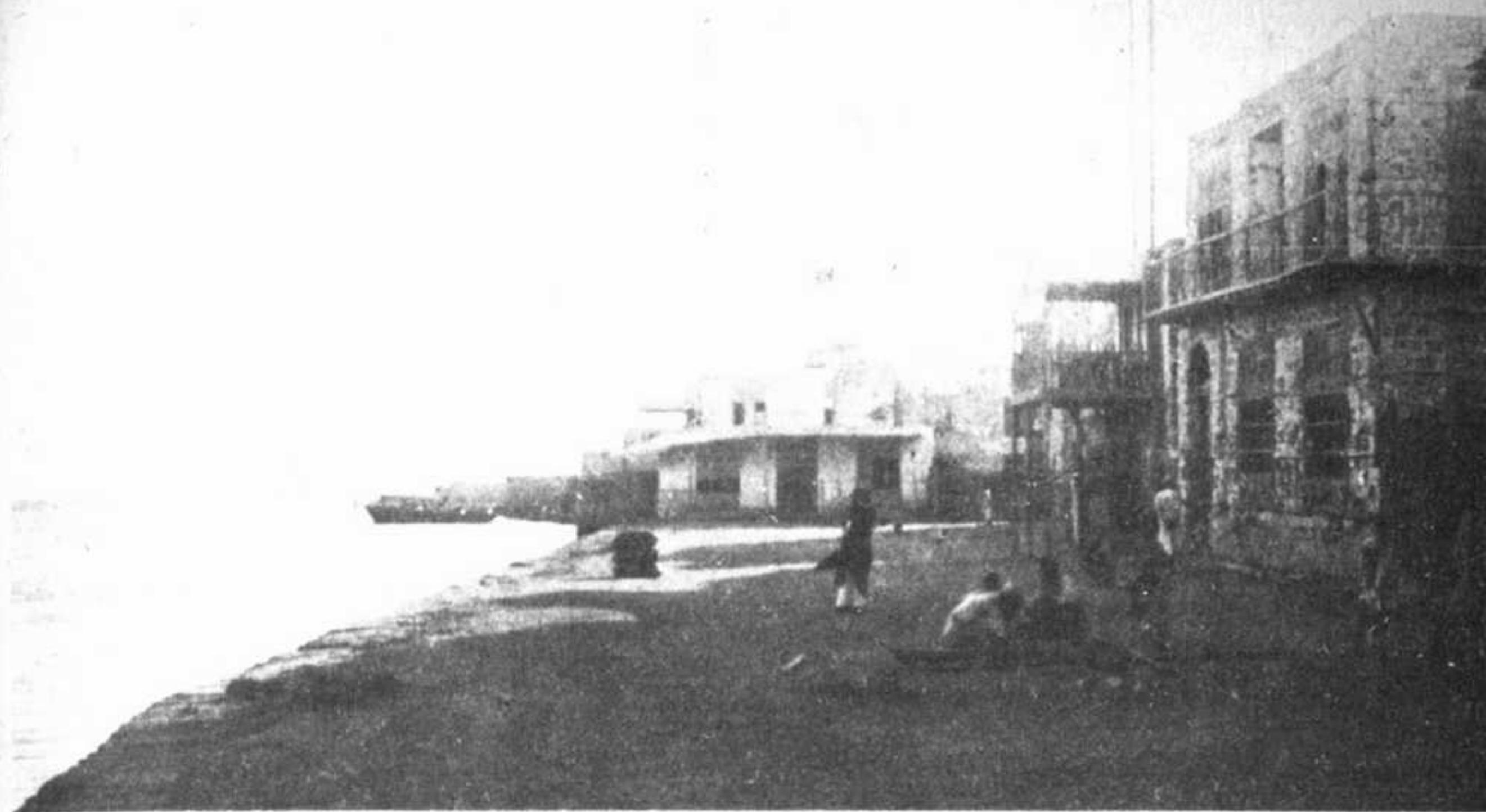
*El emir Feisal, según un retrato de Augustus John (1919)*

Ashmolean Museum, Oxford

rando para avanzar hacia Rabig y reconquistar las zonas costeras que Hussein había ocupado durante los primeros meses de la rebelión. A medida que la discusión continuaba, surgieron comentarios sobre la situación de varios regimientos turcos. Esto era bien conocido en la Oficina Árabe, y Storrs escribió más tarde que según iban apareciendo nombres como Sirio, Anatolio y otros, «Lawrence indicaba inmediatamente la posición de cada unidad, hasta que Abdulla se volvió hacia mí asombrado y dijo: «¿Este hombre es acaso Dios, que todo lo sabe?»» Animado por este comentario favorable, T. E. consiguió una carta de presentación para Feisal, que le permitía recorrer el territorio y comprobar la situación en persona.

Durante los dos días siguientes, Lawrence se reunió varias veces con Ruhi, agente persa de Storrs, quien le facilitó una lista de expresiones vernáculas árabes, así como una detallada información sobre los usos y costumbres de los hombres de Hidjaz. Después, T. E. se trasladó en barco a Rabig, de donde era gobernador Alí, y éste le proporcionó un guía apodado «Tafas» y un camello. La primera etapa del viaje transcurriría por las tierras de una tribu pro-turca, de modo que, para mantener el viaje en secreto, Alí no les permitió salir antes de la puesta del sol. Además, el gobernador dio a T. E. una capa árabe y una kufiya para ponérsela por encima del uniforme y conseguir así una silueta adecuada en la oscuridad.

Atravesaron palmerales y llanuras arenosas bajo las estrellas. T. E. iba pensando que «aquella era la ruta por la que los peregrinos habían caminado durante siglos y siglos para visitar la ciudad santa... parecía que la rebelión árabe podría ser de alguna manera una peregrinación de regreso». En ocasiones, cuando la suave llanura se convertía en dunas de fina arena, los camellos hundían sus patas en ella, avanzaban con esfuerzo y las monturas crujían. Antes de medianoche hicieron un alto y T. E. se arrebujó en su capa, eligió un hoyo de tamaño y forma adecuados y allí durmió. Se levantaron una hora antes del alba y enseguida cruzaron Wadi Fura, con sus espinos y su maleza. Después llegaron al pozo de Masturah, donde dieron de beber a los camellos. Finalmente llegaron a la zona segura de las tribus Masruh, donde Tafas se sentía en su ambiente. En la aldea de Bir el Sheikh, que apenas contaba con veinte pobres chozas, compartieron un postre preparado sobre un fuego de leña. A la mañana siguiente, después de tres galopadas largas y agotadoras, llegaron al pueblo de Hamra, donde se encontraban reunidas las tropas de Feisal. Vadearon un río y subieron por un camino bordeado de árboles hasta la cima de un montículo donde había una casa baja y alargada. «Tafas dijo algo a un esclavo



*El puerto de Yenbo, fotografiado por T. E. Lawrence.*

que hacía guardia con una espada de empuñadura de plata. Entonces, éste me llevó a un patio interior en cuyo extremo, enmarcado por un pórtico negro, se encontraba esperándome un hombre vestido de blanco.» Era Feisal. A T. E. le pareció un profeta: tenía un halo de inspiración, era alto y delgado, vestía largas ropas de seda blanca y llevaba su kufiya marrón ceñida por un brillante cordón escarlata y oro. Había sido educado por los ingleses, pero Hussein, su padre, se había preocupado siempre de que fuera un árabe de corazón. Le había ordenado vestirse con ropas árabes cuando volvió a Hidjaz y le había enviado a los yermos con el Cuerpo de Camellos de Hussein para vigilar las rutas de los peregrinos, labor que realizó durante varios meses. T. E. hizo un esfuerzo especial para conseguir la confianza de Feisal, a quien consideraba con mejores condiciones que sus hermanos para llevar la rebelión árabe a la victoria.

Feisal le explicó que la superioridad turca en artillería pesada había hecho imposible la conquista de Medina; los ingleses le habían dado solamente cuatro viejos Krupp y cañones de montaña con un alcance de tres mil metros. Su deseo era organizar una fuerza móvil con oficiales preparados que estuvieran a la altura de las tropas regulares turcas. T. E. prometió que propondría a sus

superiores la creación de una base en Yenbo para almacenes, pertrechos, dotaciones de cañones y asesores militares profesionales. Por la mañana, estuvo observando a los hombres de Feisal (uno u ocho mil en total). Les encontró con la moral alta, especialmente porque Hussein no sólo pagaba a los combatientes sino también a sus familias; pero pronto se dio cuenta de que la paga no era lo único que tenía importancia para ellos, ya que los turcos daban con frecuencia grandes sumas de dinero a las tribus árabes sin exigir a cambio ningún servicio activo.

T. E. inició el viaje de vuelta con una nueva escolta. En su acampada final, no lejos de Yenbo, hicieron un fuego con madera aromática para cocer pan y hacer café y «dormimos dulcemente con la brisa del mar refrescando nuestros rostros irritados. Nos levantamos a las dos de la madrugada y lanzamos a nuestros camellos a través de la llanura de guijarros y arena húmeda hasta llegar a Yenbo, que se erguía con sus murallas y sus torres sobre un arrecife coralino». Cuatro días más tarde, arribó un barco para llevar a T. E. de regreso a Jidda. Antes de partir, habló con Nuri es Said, oficial de Bagdad y segundo jefe de los regulares árabes. Nuri insistió en la petición de Feisal, y más adelante escribió: «Nunca esperé que mis palabras causaran el efecto que de hecho tuvieron. Recuerdo muy bien las palabras de despedida de Lawrence: "Haré todo lo que pueda por ayudarles y, si Dios quiere, todo saldrá bien. No se preocupe."»

Desde Jidda, T. E. se trasladó a Port Sudan, donde se reunió con Joyce y Davenport, dos oficiales británicos que estaban a punto de partir hacia Rabig para ayudar a los árabes. Después fue a Jartum, donde informó a sir Reginald Wingate antes de regresar a El Cairo. Allí se enteró de que el coronel Brémond, alto mando de la misión militar francesa en Jidda, pedía urgentemente un desembarco aliado en Hidjaz, que sería llevado a cabo por una brigada mixta de tropas francesas e inglesas bajo su mando. Lawrence, contrario al aumento de la influencia francesa y conocedor de la desconfianza de los árabes hacia las tropas extranjeras, escribió una nota enérgica afirmando que las tribus se dispersarían si veían desembarcar por la fuerza a esas tropas. El estaba entonces bien situado en la Oficina Árabe y, dado que era la persona que tenía un conocimiento más amplio y puesto al día sobre la situación en Hidjaz, sus opiniones pesaban; el plan de Brémond fue desestimado.

No mucho después de esto, el general Clayton ordenó el traslado de T. E. a Arabia para que actuara como oficial de enlace con Feisal. T. E. había encontrado interesante su viaje a Hidjaz, pero



*Garland y el coronel Clayton.*

considerando que la vida que llevaba en El Cairo se acomodaba mejor a sus capacidades, su primera reacción fue de protesta, alegando que no estaba preparado para este trabajo, que odiaba la responsabilidad y que «toda mi vida había preferido los objetos a las personas y las ideas a los objetos». Clayton le dijo que habían solicitado oficiales regulares para proporcionar asesoramiento militar a Feisal, pero que éstos tardarían meses en llegar; mientras tanto, era importante que Feisal se mantuviera en relación con los británicos y que sus necesidades fueran notificadas con urgencia a Egipto.



*La tienda de Feisal en Nakhl Mubarak, fotografiada por T. E. Lawrence.*

En diciembre de 1916 el recién ascendido capitán T. E. Lawrence llegó a Yenbo. Allí presenció el entrenamiento de los árabes en el uso de la dinamita. El instructor era Garland, un oficial de ingenieros experto en demoliciones, que a veces se llenaba los bolsillos de fulminantes, iniciadores y espoletas, y saltaba alegremente sobre su camello para realizar una expedición de una semana al ferrocarril de Hidjaz. T. E. se enteró de que Abdulla había retirado cuatro mil hombres de La Meca para bloquear Medina. Zeid hostigaba las comunidades turcas en las colinas y Feisal estaba en Yenbo. Salió a caballo acompañado por Abd el Kerim con la intención de reunirse con Feisal. Habían tenido noticias de que las plantaciones de dátiles de Nakhl Mubarak estaban desiertas, pero cuando llegaron a ellas, vieron «llamas y humo de muchas hogueras, mientras la hondonada devolvería el eco de los bramidos de miles de camellos excitados, de descargas de fusil o de gritos en la oscuridad». Abd el Kerim introdujo un cartucho en la recámara de su rifle y avanzó silenciosamente a pie para descubrir lo que ocurría. Regresó media hora más tarde con la noticia de que las tropas pertenecían al ejército de Feisal. Mientras se abrían camino a través de los cinco mil hombres hasta el reducto de calma donde Feisal estaba sentado dictando cartas, oyeron que los turcos habían supe-

rado tácticamente a Zeid y a las tribus de las colinas, y que éste había conseguido a duras penas escapar. La ruta a Yenbo había quedado abierta a los turcos y Feisal se había replegado para proteger su campamento. Estaban a la espera de un ataque turco a gran escala.

Lawrence se dio cuenta de que la mayoría de los árabes le tomaba por un oficial sirio debido a su vestimenta europea, pero en sus informes manifestaba que Feisal le trataba bien y que «me deja preguntar, oír y ver todo, incluyendo a sus agentes». Feisal pidió a T. E. que usara ropas árabes en el campamento; serían más cómodas y menos llamativas. Lawrence aceptó, y más tarde muchos oficiales británicos y franceses seguirían su ejemplo.

Durante varios días no se produjo ningún ataque turco y la vida en el campamento transcurría tranquila y monótona. Antes del amanecer, el imán convocaba a la oración. Pocos minutos más tarde un esclavo traía café dulce a Lawrence. La entrada de la tienda de Feisal se abría de par en par, invitando a las visitas; después de las noticias de la mañana, le llevaban una bandeja de dátiles y Feisal dictaba a sus secretarios mientras se refrescaba alternativamente con café amargo y té dulce. Hacia las ocho, Feisal se dirigía a la tienda de recepciones, donde trataba durante la mayor parte del día los problemas de sus súbditos, aunque hacía un descanso desde el mediodía hasta las dos para el almuerzo y los asuntos privados. Por la tarde paseaba con sus amigos, y después de la oración del atardecer organizaba las patrullas nocturnas. Entre las 6 y las 7 había una comida silenciosa, que consistía en las judías, lentejas, espinacas y dulces del almuerzo, pero con trozos de cordero cocido añadidos a la fuente de arroz. Finalmente escuchaban relatos o canciones de los poetas tribales; en ocasiones Feisal jugaba al ajedrez antes de recogerse.

T. E. pensó que sería más útil ayudando a organizar la defensa de Yenbo, y desde allí telegrafió al capitán Boyle de la Marina Real, quien envió cinco barcos en su ayuda. También Zeid se presentó en Yenbo con ochocientos hombres y se recibieron noticias de que había tenido lugar una batalla desastrosa en Nakhl Mubarak. Los juheina, hombres de las tribus de Hidjaz pertenecientes al ejército de Feisal, le habían abandonado, y éste se batía en retirada hacia Yenbo. «Nuestra guerra —escribió T. E.— parecía llegar a su fin.»

Primero llegó Feisal con el grueso del ejército, y después llegaron los hombres de la tribu juheina, diciendo que solamente habían abandonado la lucha para darse un descanso y tomar una taza de café. No había tiempo para recriminaciones. Con Garland como ingeniero jefe, Yenbo estaba preparada para la batalla. A las once



Retirada hacia Yenbo del ejército de Feisal. Lawrence escribió: «Nuestra guerra parecía llegar a su fin.»

Retirada hacia Yenbo del ejército de Feisal. Lawrence escribió: «Nuestra guerra parecía llegar a su fin.»

de la noche hubo una alarma y la guarnición ocupó en silencio sus puestos; los barcos de Boyle fueron advertidos y sus reflectores combinados atravesaron la llanura con complejas intersecciones. Tiempo después un guía árabe dijo a Lawrence que él había dirigido a una avanzadilla de turcos cuyo propósito era arrasar Yenbo en la oscuridad y acabar con el ejército de Feisal, «pero les faltó el valor ante el silencio y el resplandor de los barcos con sus luces encendidas de un extremo a otro del puerto y los extraños rayos de los reflectores, que hacían patente el peligro puesto que tenían que atravesar un terreno escarpado para alcanzar su objetivo».

Los turcos se retiraron a Nakhl Mubarak, donde fueron bombardeados por dos hidroaviones británicos y tuvieron que replegarse hasta Bir Said. La situación, sin embargo, parecía aún desesperada, y T. E. informó que la posición del ejército turco era una amenaza para la retaguardia y para el campamento de Feisal: «Sus tropas no están preparadas y calcula que necesitará una semana para organizar a los juheina y a los hombres de la tribu harb... La situación es esperanzadora si los turcos no tienen un gran contingente en Safra. Si lo tienen, tendremos en breve un cataclismo.» El jefe turco bajá Fakhri había comenzado un lento avance a lo largo de Wadi Safra hacia Rabig. Era una ruta más directa hacia La Meca y dejaba a Feisal aislado en Yenbo.

Lawrence tenía conocimiento del acuerdo Sykes-Picot entre Inglaterra, Rusia y Francia, según el cual, al finalizar la guerra, este último país obtendría la mayor parte de Siria a cambio del control británico de Mesopotamia, mientras que Palestina sería gobernada por un régimen internacional. Todo ello era contrario a su visión del futuro, y cuando visitó Rabig, descubrió con pesar que Brémont no sólo esperaba desembarcar con tropas aliadas en Hidjaz, sino también sofocar la rebelión árabe.

Al regresar a Yenbo, T. E. pidió inmediatamente que los árabes pasaran a la ofensiva. Avanzando hacia el norte hasta Wejh, reforzarían su amenaza al ferrocarril de Hidjaz, y tal vez harían desistir a Fakhri de su ataque a La Meca. Feisal aceptó y envió un mensaje a su hermano Abdulla en el que le pedía que tomara posiciones en Wadi Ais, cien kilómetros al norte de Medina. Desde allí podría amenazar de modo más directo las comunicaciones turcas por ferrocarril.

Algunos días más tarde, T. E. participó en la primera escaramuza contra un campamento turco, y después, el 3 de enero de 1917, salió con Feisal hacia Wejh. «El orden de marcha era espléndido y algo temerario. Feisal al frente, de blanco; Sharraf [a quien más tarde Lawrence describió como «un hombre poderoso, quizás





*T. E. Lawrence  
consiguió esta  
instantánea de Feisal  
con su guardia ageylí  
saliendo de Wejh, el  
3 de enero de 1917.*

سلاطین اور ان کے بیٹے

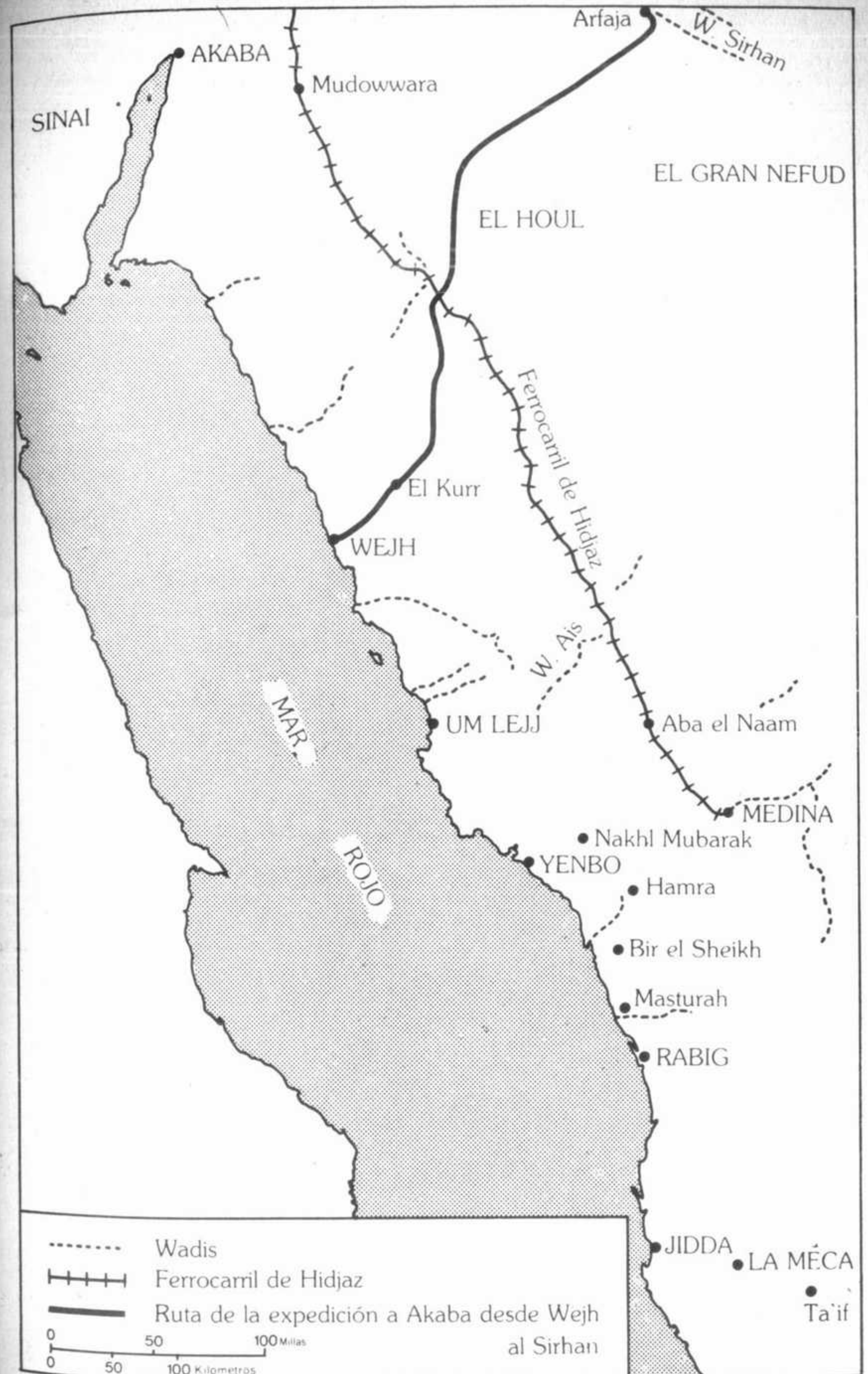


Algunos de los enemigos con los que tuvo que enfrentarse Lawrence, entre los que se encuentran Fakhri-ed-Din e Ibh Radhis.

el más capaz de todos los jefes del ejército”] a su derecha con kufiya roja y túnica y capa teñidas con alheña; yo, a su izquierda, de blanco y rojo; detrás de nosotros tres estandartes de seda roja seguidos de tres tambores tocando una marcha, y más atrás una masa compacta y variopinta de 1.200 camellos de la guardia personal, en formación apretada, los hombres con ropas de todos los colores y los camellos con sus arreos brillantes. Todos cantaban a pleno pulmón una canción guerrera en honor de Feisal y su familia.»

Feisal trató de reunir hombres de tribus diferentes para dar a entender que la rebelión debía estar por encima de rivalidades y venganzas. Durante la marcha, Abd el Kerim supervisaba las reuniones alrededor del fuego de los contingentes dispersos, y dijo a Lawrence con una mezcla de orgullo y tristeza: «Ya no somos árabes, somos un pueblo.»

El 16 de enero, el ejército entró en Um Lejj, un grupo de tres pueblecitos en una llanura dominada por colinas de granito. T. E. Lawrence escribió desde allí: «Feisal se muestra encantador conmigo, no llevamos perfectamente.» Los historiadores árabes, lamentando quizá que un extranjero les ayudara en su guerra de liberación, han



La campaña de Hidjaz.



Imperial War Museum, Londres

escrito despectivamente sobre la posición de Lawrence en el séquito de Feisal. Dicen, por ejemplo, que era suficiente para él «oír una conversación, familiarizarse con las decisiones tomadas, y quizás hacer alguna sugerencia para, al terminar la guerra, proclamar que fue él quien dirigió la rebelión». Oficialmente, desde luego, T. E. era un oficial de enlace. Pero son muchos los informes que ponen de manifiesto que cuando se ganó la confianza y el respeto de los líderes árabes, comenzó a tomar parte activa en la dirección y orientación de su política. El coronel Joyce recordaría más tarde que Lawrence estaba presente en el primer Consejo Árabe al que asistió; en él hablaba poco, mientras las posturas enfrentadas no hubieron agotado sus argumentos; pero entonces «presentaba su plan de acción, que era normalmente adoptado, y todo el mundo se marchaba satisfecho».

La decisión de avanzar hacia el norte resultó ser acertada. El ejército turco había continuado su marcha hacia Rabig durante algunos días, pero cada jornada perdía unos cuarenta camellos y veinte hombres resultaban muertos o heridos por tiradores árabes apostados en las colinas. La noticia del avance de Feisal hizo que Fakhri se decidiera a volver a Medina. La mayor parte de sus tropas se dispuso a hacer una defensa pasiva de las trincheras que rodeaban la ciudad; por otra parte, se colocaron fuertes guarniciones en los lugares situados entre Medina y Tebuk en los que había agua, con puestos de enlace entre ellos y patrullas diarias a lo largo del recorrido.

El ejército de Feisal sufrió un retraso debido a unas intensas lluvias, y cuando llegó a Wejh, el 25 de enero, había sido ya tomada por el capitán Boyle y algunos voluntarios árabes. Toda la franja costera de Hidjaz estaba en poder de éstos. Cuando T. E. se trasladó a Egipto para informar a sus superiores descubrió que Brémont tenía otro plan para una expedición aliada, esta vez con el fin de ocupar Akaba, el único puerto turco del Mar Rojo. Convencido de que esto era parte del plan francés para limitar la rebelión árabe al sur de Arabia, T. E. ganó la partida a Brémont logrando persuadir a Feisal de que rechazara el plan. A finales de enero, T. E., Feisal y el capitán Newcombe preparaban un plan de ataque sobre Akaba: un ataque árabe desde el interior. Newcombe escribió más tarde que el plan había sido «enteramente concebido por Lawrence, quien además fue su líder e impulsor».

Pero, por el momento, había otras tareas que cumplir. Garland y Newcombe continuaban con sus ataques a la línea férrea de Hidjaz con potentes explosivos, mientras Feisal conseguía el apoyo de las tribus del norte. La tribu howeitah se había unido a la rebelión



El teniente coronel  
S. F. Newcombe, en  
marzo de 1917.

Imperial War Museum, Londres

El capitán Homby  
(fotografiado por  
T. E. Lawrence).



Imperial War Museum, Londres



Representantes de algunas de las tribus que acudieron con bandera blanca para jurar fidelidad a Feisal.

y las que debían obediencia a Nuri Shaalan se sumaron también. Era necesario contar con el apoyo de Nuri para viajar por el Sirhan, una ruta desierta que iba desde Yawf hasta Azraq y que permitiría a Feisal tomar contacto con el Howeitat oriental y con su jefe Audhayan Abu Tayi. Feisal hizo jurar sobre el Corán a los jefes de tribu que «esperarían mientras él esperara, avanzarían cuando él avanzara, no prestarían obediencia a ningún turco, tratarían con amabilidad a todo aquel que hablase árabe y pondrían la independencia por encima de sus vidas, familias y bienes».

A primeros de marzo, Clayton comunicó a Lawrence que los turcos habían ordenado a Fakhri su retirada de Medina, pero que los británicos no veían con buenos ojos la perspectiva de la presencia de otros veinticinco mil turcos en el Sinaí. Feisal estuvo de acuerdo en dar prioridad a los intereses británicos y escribió a Abdulla insistiendo en la urgencia de atacar la línea férrea para impedir que los turcos abandonaran Medina. Antes de partir para llevar la carta a Abdulla, T. E. Lawrence escribió al coronel Wilson: «Ojalá podamos retenerles durante diez días. Pero me temo que va a ser difícil.»

Lawrence iba acompañado en su misión por un grupo mixto de árabes y marroquíes. Sufrió un ataque de disentería y tuvo una fiebre altísima. Estando enfermo, se produjo entre los hombres una violenta discusión, y Hamed el Moro disparó sobre un ageylí, causándole la muerte. Para evitar más derramamiento de sangre, T. E. tuvo que hacer justicia sumarísima. Justicia que, en opinión de

Lawrence, el hombre civilizado evitaría como la peste «si no tuviera a los necesitados que hacen de verdugos a cambio de un salario». Después de conceder a Hamed unos breves momentos, T. E. le disparó al pecho. «Cayó sobre la maleza gritando de dolor, mientras la sangre fluía a borbotones; se retorció de tal manera que llegó rodando casi a mis pies... y disparé de nuevo.» Fue una experiencia estremecedora.

En el campamento de Abdulla, T. E. fue acogido fríamente. Ello se debía en parte a la presencia del capitán Rahu, perteneciente a la misión militar francesa, que conocía las diferencias entre Lawrence y Brémond, con quien estaba permanentemente en contacto, y en parte a que Abdulla consideraba que T. E. estaba interfiriendo en asuntos que no eran de su competencia. Abdulla pensaba que los árabes conseguirían en cualquier caso la independencia en Hidjaz después de la guerra, así que no tenía sentido sacrificar vidas árabes mientras tanto. T. E. observó que Abdulla se dedicaba a leer los periódicos, comer, dormir y divertirse a costa de un tal Mohammed Hassan, a quien Abdulla y sus amigos pinchaban con espinas, apedreaban con guijarros y causaban quemaduras. T. E. escribió a sus superiores: «No puedo explicar sobre el papel por qué se ha hecho tan poco hasta ahora. ¿Recuerdan lo que hizo Nerón cuando ardía Roma?» Pero Abdulla sabía que tenía que hacer algo como compensación a las armas y al oro de los británicos. Mientras T. E. yacía enfermo, envió un contingente que voló una locomotora y destruyó once kilómetros de vía férrea.

Un mes antes de esto, T. E. había escrito que los árabes «odian a los turcos, pero no quieren obedecer órdenes de nadie, y en consecuencia, no forman más que una multitud de francotiradores o guerrilleros... En su bajo número... reside en gran parte su fuerza, porque son quizás el enemigo más esquivo que pueda encontrar un ejército». Durante su enfermedad, Lawrence tuvo tiempo para plasmar sus ideas en una teoría. Era consciente de que los turcos podrían defender Arabia indefinidamente en una guerra convencional contra los árabes. Pero «supongamos que nos convertimos (como de hecho podemos hacer) en una influencia, una idea, algo intangible, invulnerable, sin vanguardia ni retaguardia, que flota sin consistencia, como el aire...». Su objetivo sería destruir los trenes, los puentes, las líneas férreas y los cañones, manteniendo al mismo tiempo en un mínimo el número de bajas árabes, y plantear una guerra en la que «tendríamos dominado al enemigo por la amenaza silenciosa del desierto inmenso y misterioso».

Cuando se recuperó, T. E. pidió a Abdulla que lanzara un nuevo ataque contra el ferrocarril. Shakir, primo de Abdulla y se-



Alí Ibn Hussein  
(izquierda)  
y su hermano  
Abdulla (centro).

gundo jefe de la tropa, se mostró entusiasmado; fue puesto al mando de una expedición de ataque contra la estación a Aba el Naam en la que contaría con Lawrence y el capitán Rahu. Había un tren parado en la estación cuando llegaron, de modo que decidieron minar el ferrocarril al norte y al sur, y que la artillería hiciera fuego contra la estación. T. E. participó en la colocación de los artefactos explosivos, consistentes en un dispositivo que hacía explotar una carga de diez kilos de gelignita cuando el peso de la locomotora presionaba sobre los raíles. Se unió al grupo principal «justo en el



Retrato de Auda abu  
Tayi, de Howeitat, por  
Eric Kennington.  
Lawrence, que  
admiraba a Auda,  
escribió acerca de él:  
«Veía la vida como una  
epopeya. Todos los  
acontecimientos tenían  
un significado y todos  
los personajes le  
parecían heroicos.»

momento en que abrían fuego. Lo hicieron excelentemente, y alcanzaron de lleno el tejado de un edificio, causaron destrozos en otro, destruyeron la bomba de agua y agujerearon el depósito. Un obús alcanzó el lateral del vagón delantero del tren, que comenzó a arder». El tren salió de la estación marcha atrás hacia la mina que había colocado T. E., pero la carga hizo explosión tarde y el tren, apenas dañado, consiguió escapar. Los árabes, entonces, aniquilaron un destacamento turco y capturaron otro antes de retirarse con sólo uno de sus hombres ligeramente herido. Este ataque, y otros

que le sucedieron, tuvieron el efecto deseado: los turcos desistieron de evacuar Medina.

Lawrence regresó a Wejh la segunda semana de abril e informó a Feisal. Todo parecía ir bien. Habían llegado más coches de Egipto y se estaba trasladando al frente material y hombres desde Yenbo y Rabig. Newcombe y Hornby llevaban a cabo día y noche ataques contra el ferrocarril, y Feisal estaba consiguiendo buenos resultados en sus contactos con las tribus. T. E. estaba a punto de despedirse cuando llegó Auda abu Tayi, perteneciente a la tribu howeitát. A Lawrence le impresionó aquel «hombre alto y fuerte, de afilada barba y una expresión apasionada y trágica... Llegó como un caballero andante, mostrando impaciencia por nuestro retraso en Wejh, y ansioso de conseguir la libertad de los árabes en su propia tierra».

## 4. Bajo el sol de Hidjaz

En ausencia de T. E., fueron afianzándose dos planes a los que él se oponía: un ataque a Medina en gran escala y una tentativa por parte británica de tomar Akaba desde el mar. El ataque a Medina no llegó a producirse, pero una unidad británica de infantería de marina, con el apoyo de la artillería naval, forzó la retirada de la guarnición turca de Akaba. Sin embargo, los turcos no hicieron más que replegarse para tomar posiciones en las colinas que dominaban la ciudad, y los infantes de marina, incapaces de avanzar o mantener sus posiciones, tuvieron que abandonar Akaba. Poco después de esto, el teniente coronel sir Mark Sykes —representante inglés en los acuerdos Sykes-Picot— realizó una breve visita a Wejh, y ello hizo temer a T. E. que las promesas hechas a los árabes no serían cumplidas al acabar la guerra. Más tarde escribió: «Intenté que aquel crimen que suponía explotar la sangre y las esperanzas de otro pueblo, dado que era necesario, fuera lo menos grave posible»; y la única manera en la que podía conciliar su deber para con su país y sus propias promesas a los jefes árabes, era llevando la rebelión lo más lejos posible y del modo más rápido.

Auda y Feisal desarrollaron con Lawrence un plan según el cual una pequeña expedición atravesaría 370 kilómetros de terreno seco y difícil para llegar a los pastos primaverales de Howeitát, en el desierto sirio. Allí organizarían un contingente móvil de camellos y atacarían Akaba desde el este. Los líderes de la expedición serían Nasir —en representación de Feisal—, Auda Abu Tayi y Nesib el Bekri, pariente del anterior. T. E. les acompañaría y contarían con una escolta de treinta y cinco hombres de la tribu ageyl. T. E. escribió en su diario: «Feisal me dio 1.000 libras para los gastos de la expedición», pero es probable que para el 9 de marzo, cuando iniciaron la marcha, ya le hubiera convencido de que aumentara esa cifra en más de veinte veces. También iban provistos de unos veintidós kilogramos de trigo por cada hombre, algo de munición de reserva, algunos rifles de reserva y seis camellos cargados con gelignita.



El gobernador Nasir (sentado en primer plano, a la derecha), fotografiado por T. E. Lawrence.

Imperial War Museum, Londres

Se dirigieron en primer lugar al oasis de Kurr y, de camino, Nasir habló con T. E. de su casa de Medina: los turcos estaban talando sus palmeras y sus árboles frutales, la noria que había sacado agua del pozo durante seiscientos años había dejado de girar y el jardín se había vuelto tan árido como las colinas por las que cabalgaban. En los peligrosos caminos que se extendían más allá de Kurr perdieron dos camellos. Los árabes los mataron allí donde yacían desfallecidos, los cortaron en pedazos y se los repartieron para comer. T. E. estuvo enfermo otra vez con diviesos y fiebre. Empezaba a sentir el peso de su responsabilidad para con los árabes, y el día 13 escribió en su diario: «El peso me aplasta ahora. Auda, última anoche; hoy, dolor y agonía.»

Una tarde, Lawrence se encontraba descansando en un valle silencioso cuando un joven, Daud, le pidió que intercediera por su amigo Farraj, que, por gastar una broma, había quemado su tienda e iba a ser por ello apaleado por Saad, un capitán ageylí. T. E. —que también había gastado bromas pesadas, llegando una vez a no dejar dormir a Woolley en Karkemis al cortar en forma de aspa una lata de galletas que estuvo chirriando toda la noche— salió en defensa de Farraj, y Saad permitió a Daud compartir la condena con su amigo. A la mañana siguiente, mientras Lawrence y Auda se hallaban comentando la expedición y Nasir hacía pruebas con mechas que chisporroteaban, se presentaron Farraj y Daud cojeando, con los ojos tristes, y pidieron ser admitidos como criados de T. E., quien les respondió que no le gustaba tener criados a su alrededor. Daud se enfadó, pero Farraj insistió poniéndose de rodillas ante Nasir en muda súplica. Finalmente, siguiendo el consejo de Nasir, y debido a su aspecto aseado y juvenil, T. E. los aceptó a los dos.

La expedición continuó a lo largo de la profunda garganta de Wadi Jizil, donde brotaban tamariscos, y se encontraron con Hornby que volvía de una incursión contra el ferrocarril. Continuaron a través de un terreno pedregoso, y subieron hasta una zona de rocas volcánicas de color azul y negro donde los camellos caminaban con dificultad. T. E. escribió: «Nada en la marcha era normal ni tranquilizador. Estábamos en una tierra siniestra, incapaz de vida, hostil incluso al paso de la vida, excepto por los escasos caminos que el tiempo había formado en su superficie.» Más allá de las llanuras de lava llegaron a Wadi Diraa, donde un campamento desierto, con latas de sardinas vacías esparcidas por todos lados, indicaba que Newcombe y Hornby habían estado allí. Los camellos se habían contagiado de sarna, pero en ningún momento se pensó en regresar. La pequeña expedición cruzó el ferrocarril de Hidjaz el 19 de mayo y continuó en dirección nordeste por la desolada llanura de





Cortesía de Mr. y Mrs. T.W. Beaumont

Farraj y Daud.

El Houl. T. E. anotó en la parte de atrás de un cuaderno de notas el siguiente texto: «El sol de Hidjaz no abrasa, pero ennegrece y consume despacio todo lo que se somete a él, desde los hombres hasta las piedras.»

Tuvieron que soportar tormentas de arena y un aire sofocante tan seco y caliente que quemaba la piel y la agrietaba. Auda organizó guardias durante la noche porque estaban en la ruta de las incursiones y de noche no había amigos en Arabia. Descendieron despacio por los cauces del Seil Abu Arad y del Wadi Fejr, donde encontraron un pozo. Durante un corto trecho, el campo se hizo más verde y consiguieron cazar dos gacelas.

Desde Wadi Fejr, adonde llegaron el 21 de marzo, se dirigieron hacia los pozos de Arfaja en el Sirhan, y pasaron por un extremo del Gran Nefud, la famosa zona de dunas que Gertrude Bell y otros viajeros habían atravesado. Había allí más arena, y debajo un lodo muy fino. Las tormentas de arena continuaban y la tarde del día 23 se les acabó el agua; algunos hombres tenían que llevar de las riendas a los camellos para evitar que cayeran exhaustos.

El día 24 a mediodía, en medio de la abrasada llanura de Bisaita, T. E. descubrió que faltaba un ageylí, Gasim, aunque su camello estaba con ellos completamente cargado. Según la costumbre del desierto, él era responsable de la vida de sus hombres; de modo que, aunque furioso contra Gasim, hizo girar su camello y retrocedió solo para buscarle. Casi dos horas más tarde, vio algo negro a lo lejos: era Gasim, medio enloquecido por el sol. T. E. le subió a su camello, le juró que si no dejaba de quejarse de la sed le abandonaría de nuevo, y emprendieron el regreso a la caravana.

*Kalaat Sebail en Wejh (9 de mayo de 1917) durante un descanso antes de partir para Sirham. La instantánea fue tomada por T. E. Lawrence.*



Imperial War Museum, Londres

Estuvieron a punto de perderse, pero afortunadamente Auda, criticando severamente la actitud de Lawrence por haber arriesgado su vida por «aquella cosa», volvió con dos hombres de Nasir y los encontró.

Por la tarde llegaron al Kasseim de Sirhan, colinas arenosas cubiertas de tamarisco. Aún no había agua, pero después de cinco días a través del abrasador Houl, luchando contra tormentas de arena, el Sirhan les pareció hermoso. A la mañana siguiente llegaron a los pozos de Arfaja, donde saciaron su sed. Después bebieron café y hablaron sobre el objetivo de sus esfuerzos: Akaba y la libertad de los árabes. El 27 de mayo llegaron a las tierras de los howeitát, con lo que la peligrosa travesía del desierto había terminado.

Auda fue a visitar a Nuri Shaalan, que controlaba la zona de Sirhan, para hacerle un regalo en metálico y para pedirle que mantuviera en secreto para los turcos su presencia en el desierto. Mientras se encontraba de viaje, los howeitát y el resto del grupo siguieron avanzando lentamente en dirección norte hacia Nebk, que iba a ser el lugar de encuentro de las tribus. La hospitalidad de los howeitát no tenía límite y todos los días T. E. y sus compañeros eran agasajados por dos veces. Después de fingir, por educación, no haber oído que los anfitriones les llamaban para comer, se daban la vuelta y encontraban un gran perol lleno de arroz y cordero. El perol era el más grande de la tribu, una magnífica pieza de cobre, de cinco pies de diámetro, con la inscripción en árabe: «A la mayor gloria de Dios, y confiando en su misericordia, la propiedad de su humilde siervo Auda Abu Tayi.» Después de un primer turno para más de veinte hombres, había un segundo y un tercero, y finalmente se permitía a los niños y a los perros que apuraran los huesos.

Auda regresó después de una visita aparentemente fructífera a Nuri Shaalan y después llegaron a Nebk, donde comenzaron a alistar hombres. Hubo muchos árabes que quisieron reunir entonces un gran contingente para avanzar inmediatamente hacia Damasco, pero T. E. convenció a Auda y a Nasir de que su entusiasmo era excesivo. Podrían conquistar Damasco, pero sin apoyo no lograrían mantenerse en ella por mucho tiempo. Por el momento su objetivo debía ser Akaba.

Después del largo recorrido a través de un terreno peligroso con Auda y Nasir, T. E. se sentía mucho más unido a los árabes; según sus propias palabras, se había hecho amigo de su espíritu. Una parte de él estaba cautivada por el entusiasmo con que buscaban la libertad, pero otra sentía remordimientos y vergüenza por su papel de representante de un país que tenía la intención de no



*Auda abu Tayi y Nasir, fotografiados por T. E. Lawrence.*

cumplir sus promesas. Deprimido, escribió en su diario el 5 de junio: «No puedo soportar esto ni un día más. Me iré hacia el norte y abandonaré todo.» Escribió un mensaje a Clayton en el que decía que salía para Damasco con la esperanza de que le mataran en el camino, y añadió: «Les pedimos su ayuda y al mismo tiempo les engañamos, no puedo soportarlo.» Acompañado por dos hombres, salió hacia Siria en misión de reconocimiento a fin de estudiar las posiciones clave para futuras campañas y ponerse en contacto con los más importantes amigos secretos de Feisal. Cabalgaron sin descanso; en su diario consta que a los cuatro días de la partida, ya estuvo un camello a punto de caer exhausto. Pero, aunque llegó hasta Damasco, consiguió menos de lo que esperaba; así, el día 13

Allenby. Before that I was just an attached  
 officer to Hertz's Expeditionary Force. The Arabs  
 had not asked for advice, & it was only the  
 happy accident of Faisal's getting on with  
 us that made the move to Wejh (the  
 beginning of success) possible. The show  
 was the most informal possible, till 1918  
 when Dawnay was made our Staff  
 Officer in Cairo: he put things much  
 more in order.

I expect Faisal will go to Switzerland.

EW

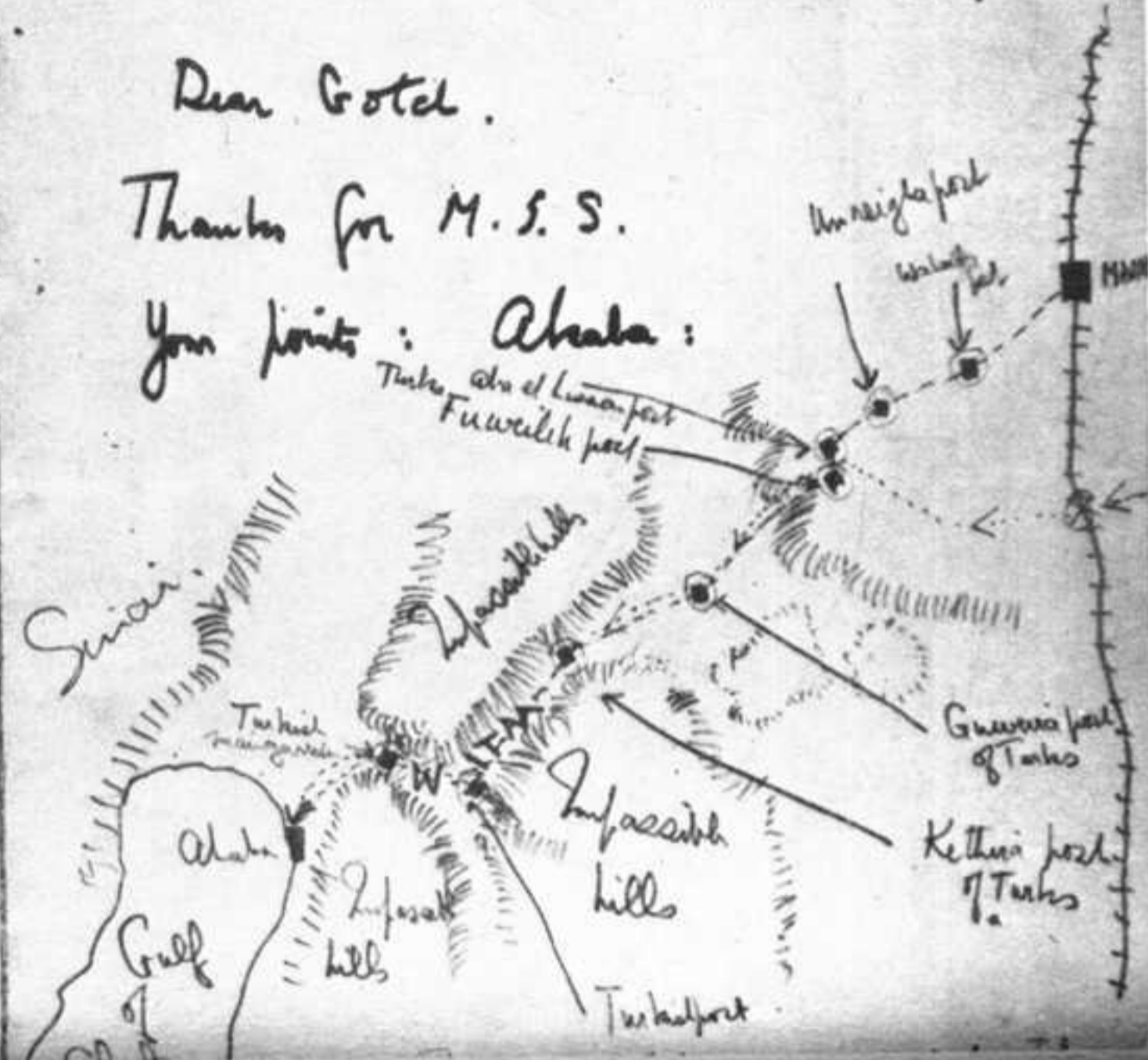
All Souls College,  
 Oxford.

11. 8. 20.

Dear Gotch.

Thanks for M.S.S.

Your points: Akaba:



Colección Paul Gotch, Anthea Barker y Christopher Gotch

◀ Diagrama de la campaña de Akaba, realizado por T. E. en el colegio mayor All Souls para Leonard Gotch, ex oficial en El Cairo.



Entrada triunfal de T. E. Lawrence en Akaba.

Imperial War Museum, Londres

escribió: «Quise ver a M., pero no me fue posible»; y para proteger a aquellos con los que se puso en contacto, envolvió el viaje en el mayor misterio. En 1927 dijo a Robert Graves que escribiera: «No se sabe nada de cierto sobre los objetivos, la ruta, ni los resultados del viaje.» Sin embargo, regresó a Nebk el 18 de junio, y escribió para Clayton un informe completo; de nuevo se encontraba animado, quizá con el sentimiento de que el destino estaba, después de todo, de su lado.

Nasir y Auda habían conseguido reclutar a más de quinientos hombres. Tenían camellos en buenas condiciones, pero empezaban a agotarse, así que no convenía retrasarse más. El 19 de junio salieron por la ruta de Akaba, a sólo treinta kilómetros del contingente turco de Ma'an. Los turcos conocían ya la presencia de un ejército árabe en el desierto y, para proteger Ma'an, comenzaron a dinamitar todos los pozos de las proximidades. Cuando los árabes

llegaron a Bâyir, creyeron que ya era demasiado tarde. Aún había humo alrededor de los pozos. Pero los turcos no habían hecho a la perfección su trabajo de demolición: quince kilos de gelignita no habían hecho explosión en uno de los pozos y los árabes pudieron repararlo.

Con el fin de expulsar a los turcos de aquella zona, una quinta parte de la expedición a las órdenes de Zaal, sobrino de Auda, salió de Bair para llevar a cabo una incursión. Lawrence se encontraba entre ellos. Volaron algunos raíles en Minifir y atacaron las dos construcciones de piedra de la estación de Atui, consiguiendo destruir una de ellas. Cortaron el telégrafo, dinamitaron los raíles y se apoderaron de un rebaño de veinticuatro ovejas, con las que se dieron un banquete. Después, regresaron a Bâyir, satisfechos y sin ninguna baja. Pronto tuvieron noticias de que los turcos les buscaban cerca de Nebk. Creyendo que los pozos de Bâyir y El Jafr estaban destruidos, no temían ataques desde allí.

Pero tampoco en El Jafr los turcos habían cegado completamente los pozos. Cuando los árabes llegaron a aquel lugar, se encontraron con que uno de los pozos no tenía más que algunas piedras de la parte alta amontonadas sobre la boca, y lo abrieron rápidamente. Se envió a varios hombres de la tribu dhumaniyeh para que atacaran Fuweilah, el blocao que dominaba la entrada del paso de Aba el Lissan y controlaba la carretera de Ma'an a Akaba. El primer ataque de los dhumaniyeh fue rechazado; pero los turcos calcularon mal cuando hicieron una salida contra el campamento árabe más cercano, donde asesinaron a un anciano, seis mujeres y seis niños. Los dhumaniyeh, enfurecidos, cortaron la retirada a los turcos, capturaron el fuerte y mataron a casi toda la guarnición.

Al conocer este hecho, el grueso del ejército árabe se dirigió hacia Ghadir el Haj, primera estación de ferrocarril al sur de Ma'an, mientras un pequeño grupo iba hacia el norte para distraer la atención del enemigo, amenazando las manadas de camellos que pasaban allí. En Ghadir, la guarnición quedó pronto disuelta, y diez puentes y muchos tramos de ferrocarril fueron destruidos; pero entonces llegaron los dhumaniyeh con malas noticias. Los turcos supervivientes de Fuweilah habían llegado a Ma'an al mismo tiempo que un batallón de relevo; este batallón se había puesto en marcha como columna de castigo y había encontrado el blocao desierto, sobrevolado por buitres. El comandante del batallón, que no deseaba alarmar a sus jóvenes soldados con el trágico espectáculo de los muertos, no entró en el blocao, sino que acampó cerca del manantial al lado del camino en el valle de Aba el Lissan. A menos que se hiciera abandonar a los turcos el desfiladero, no

había esperanzas de seguir la ruta hacia Akaba. El ejército árabe se puso en marcha inmediatamente.

Mientras los turcos dormían aún en el valle, los árabes les rodearon, y poco después del amanecer comenzaron a hacer fuego contra ellos desde las colinas. Los turcos consiguieron refugiarse en las laderas, detrás de las rocas próximas al agua; los árabes, en cambio, tenían que soportar el calor y la sed bajo un sol tan abrasador que los rifles les quemaban las manos, e incluso algunos de los guerreros más vigorosos tuvieron que ser llevados a la sombra para recuperarse. Por fin, poco después del mediodía, Auda y cincuenta hombres a caballo disparando desde la montura, cargaron contra los turcos por la retaguardia y sembraron el desconcierto entre éstos. Después, Nasir y cuatrocientos hombres montados en camellos atacaron por un flanco. La carga fue violenta, y T. E., en el fragor de la batalla, tuvo la mala suerte de alcanzar de un disparo el cerebro de su propio camello, que cayó fulminado al instante. T. E. pensó que iba a ser inevitablemente pisoteado y le vinieron a la mente unos versos:

*Libre de elegir entre todas tus flores, Señor,  
escogí las tristes rosas del mundo,  
y por ello están mis pies destrozados  
y mis ojos cegados por el sudor.*

Pero el cuerpo del camello quedó tendido en el suelo detrás de él, como una roca, obligando a desviarse hacia los lados a los que venían detrás, y Lawrence se salvó. El ataque fue un éxito: los árabes hicieron 160 prisioneros y más de 300 turcos muertos o moribundos yacían en el valle; ellos, en cambio, no tuvieron más que algunas bajas. T. E. escribió para el boletín árabe: «Auda, por su parte (al frente de todos, por supuesto), se libró de milagro, ya que dos balas alcanzaron sus prismáticos, otra hizo añicos la cartuchera de su revólver, tres hicieron blanco en su espada envainada y su caballo cayó muerto. Estaba profundamente satisfecho de todo lo ocurrido.»

Después de su victoria, los howeitah querían atacar Ma'an; Nasir y Auda les permitieron ir a ocupar las posiciones de Mreigha y Waheida, pero Lawrence les convenció de que el objetivo importante era Akaba, cuya conquista reabriría el contacto marítimo con Suez y permitiría un suministro adecuado de alimentos, dinero, armas y municiones. Aquella noche, después de pasar algunas horas entre los árabes inquietos y bulliciosos, T. E. se acercó al campo de batalla donde yacían los cadáveres amontonados de los turcos.



Imperial War Museum, Londres

Imperial War Museum, Londres



Wadi Itm cerca de Resafl, donde se trataron las condiciones – de la rendición turca el 5 de julio de 1917. (La fotografía es de T. E.).

T. E. Lawrence en Akaba. John Graves narra así lo que su hermano Philip vio: «...Una vez, T. E. montó sobre un camello a la carrera... dio un salto y, agarrándose a la cola, se encaramó sobre la montura.»

Muchos de ellos eran tan jóvenes como sus hermanos, muertos en la guerra; lleno de compasión por ellos, colocó correctamente sus cuerpos «casi deseando ser uno de ellos, y no uno de los que en aquel momento alborotaban a lo lejos... con la muerte esperando, ganáramos o perdiéramos, para poner fin a la historia».

Al día siguiente, el ejército árabe se trasladó a Quweira; el gobernador local, Ibn Jad, conocedor de su victoria, había hecho prisionera a la guarnición turca. Pero el siguiente destacamento, situado en Kethira, se negó a dialogar. Ibn Jad recibió orden de atacar para demostrar su lealtad a la causa árabe. Y lo hizo con la colaboración de un eclipse de luna, que dio lugar a que los turcos, muy supersticiosos, en vez de defender su destacamento, se dedicaran a disparar sus rifles y a hacer sonar sus cacharros de cobre para rescatar al satélite en peligro.

El 5 de julio, viajando a través de los desfiladeros de Wadi Itm, encontraron abandonados uno tras otro los puestos turcos. Estos se habían retirado a Khedra, el emplazamiento atrincherado que protegía Akaba, pero cuyas defensas estaban construidas de cara al mar. A primeras horas de la tarde, los árabes estaban próximos al grueso del contingente turco, que, a la mañana siguiente, se rindió con satisfacción «manteniendo en alto las armas y gritando “musulmán, musulmán” en cuanto nos vieron». Los árabes hicieron con rapidez los últimos ocho kilómetros hasta Akaba, atravesando una tormenta de arena, y llegaron triunfalmente hasta el mar. Dos meses después de que Nasir, Auda, Nesib y Lawrence salieran de Wejh con treinta y cinco ageylíes, los árabes conquistaban Akaba.

## 5. «¡al-Urenz!»

Dejando a Auda y a Nasir en Akaba para su defensa, T. E. atravesó el desierto con un puñado de hombres hasta el puesto británico de Shatt, en el lado este del canal y frente a Suez. Shatt había sido evacuada después del brote de una epidemia, y cuando Lawrence telefoneó al cuartel general de Suez, le dijeron que se pusiera en contacto con la Inland Water Transport, compañía que se dedicaba a cruzar pasajeros de un lado a otro del canal. La compañía le informó que no tenía barcos libres, pero que enviarían uno por la mañana que le trasladaría al departamento de cuarente-

*Estación de ferrocarril de El Cairo.*



*Autorización de Mr. A. W. Lawrence y del T. E. Lawrence Trustees*

nas. Después colgaron. Volvió a llamar y manifestó sus protestas, pero colgaron de nuevo; y justo cuando T. E. empezaba a perder la calma, intervino una telefonista comprensiva que le dijo: «No sirve de nada hablar con ellos», y le puso con la oficina de embarque, que inmediatamente envió una lancha para recogerle. Al día siguiente, se trasladó a El Cairo en tren. Durante el viaje se vengó de

59

Rice [ 1000 men ] [ 1 month ]  
 Flour [ " ] [ " ]  
 Soap 30 loads  
 Kettle 2000  
 Ammunition 100 boxes  
 Dynamite, fuse, detonator 150 boxes  
 Matches 200 boxes  
 Revolvers 1 N. 4 Servants 10 presents 300 Colt + 3 saving  
 Cartridges belts 5¢ each each  
 Clothes 4 S. 60 2Z. 12 to N. 100 y. 2 Reddish. 1 Red. Yellow Khaki Duster  
 Biscuits fruit vegetables 1 Black yellow sanda mat  
 Thomas flask 2  
 Milk bowls 2 each  
 Water bottles 1 each  
 Money £10000  
 Tent 1 Canvas 12' x 5'. 3 poles 1 cut off if necessary. 2 1/2' high.  
 Tea 2 chests black & green  
 Coffee 3 sacks  
 Coffee cups 20 tea cups 20 tea  
 Watches 1 Naam &  
 Zebra Sidi Naam: cotton cut like Mol. 1. Plus extra. 4 in white cotton  
 1 roll of cotton cloth for shirts  
 Shoes 1 pair for white sham chukka.  
 Socks: 2 pairs  
 Inflammable matches for telegraph files.  
 Large helmet for tent  
 Pump for wells! 10 m. rubber tubing  
 Field glasses: — if possible  
 Rope  
 Launch mortar.  
 Lewis gun.  
 Cigarettes - 6000  
 Paper & envelopes for Naam  
 Biscuits —  
 Horse shoes, native  
 Lighter  
 Churn milk —  
 Cards dekada  
 Trays 2 long + small  
 2 Trays leaflets  
 2 year leaflets  
 1 Boldara amara (bugling like a bull)  
 Hook for coffee.

Autorización de Mr. A.W. Lawrence y del T.E. Lawrence Trustees



BBC Hulton Picture Library, Londres

Reginald Wingate, alto comisionado británico en Egipto (izquierda), y Allenby (derecha).

◀ Lista de aprovisionamiento solicitada por T. E. Lawrence para sus hombres durante la campaña de Hijaz, actualmente en el British Museum, Londres.



Imperial War Museum, Londres

la burocracia negándose a mostrar su pase especial a la policía militar. Cuando intentaron interrogar a aquel hombre de aspecto árabe, vestido con ropa de seda blanca, un cordón dorado en la cabeza y una daga, él les dijo en un inglés fluido que era un oficial del ejército de La Meca. Y cuando exclamaron que nunca habían oído hablar de tal ejército y que no reconocían el uniforme, su única respuesta fue: «¿Reconocerían ustedes a un dragón montenegrino?»

En El Cairo, Lawrence informó a Clayton, quien dispuso el envío inmediato del vapor *Dufferin* a Akaba con alimentos y 16.000 libras en oro que serían entregadas a Nasir para pagar al ejército árabe. Todavía con sus ropas árabes, T. E. se entrevistó con Allenby, el nuevo comandante en jefe británico, el cual, impresionado por el aspecto de Lawrence, escribiría más tarde: «Su ancha frente y sus ojos claros denotaban un cerebro con unos poderes excepcionales, una mente que dominaba al cuerpo.» Aceptó la opinión de T. E. sobre la importancia de la rebelión árabe en la lucha contra los turcos, y prometió hacer lo que estuviera en su mano para ayudar. T. E. volvió a hablar con Clayton para solicitarle un mando real sobre las operaciones en Arabia; pero aunque fue ascendido a comandante, su petición fue rechazada, y se nombró al coronel Joyce jefe de Akaba. Joyce era un soldado serio y responsable que continuó dando a T. E. la libertad que necesitaba para su labor.

Lawrence sugirió a Clayton la conveniencia de abandonar la base de Wejh y de que el ejército de Feisal se trasladara a Akaba. Feisal se convertiría en el jefe del ejército árabe a las órdenes de Allenby, actuando como su brazo derecho en su próximo avance hacia Palestina. Clayton envió a Lawrence a tratar todas estas cuestiones con Feisal, quien mostró su acuerdo y ordenó inmediatamente a las tropas a camello que se trasladaran a Akaba. Las tropas regulares árabes, que habían estado desde mediados de junio al mando del jefe de estado mayor de Feisal, el bajá Jaafar, fueron transportadas en el *Hardinge*. T. E. se reunió también con Hussein en Jidda, y le encontró listo y simpático, pero con pocos conocimientos. Después de la guerra, él y sus hijos necesitarían ayuda. «Espero que juguemos limpio con ellos.»

Estando en Jidda llegaron telegramas de Egipto que insinuaban que los howeitats estaban en conversaciones con los turcos, y que Auda se encontraba también implicado. Tres días más tarde,

◀ El bajá Jaafar, Feisal y el teniente coronel Joyce en Wadi Kuntilla (agosto de 1917).





*Lawrence en la época de la toma de Akaba.*

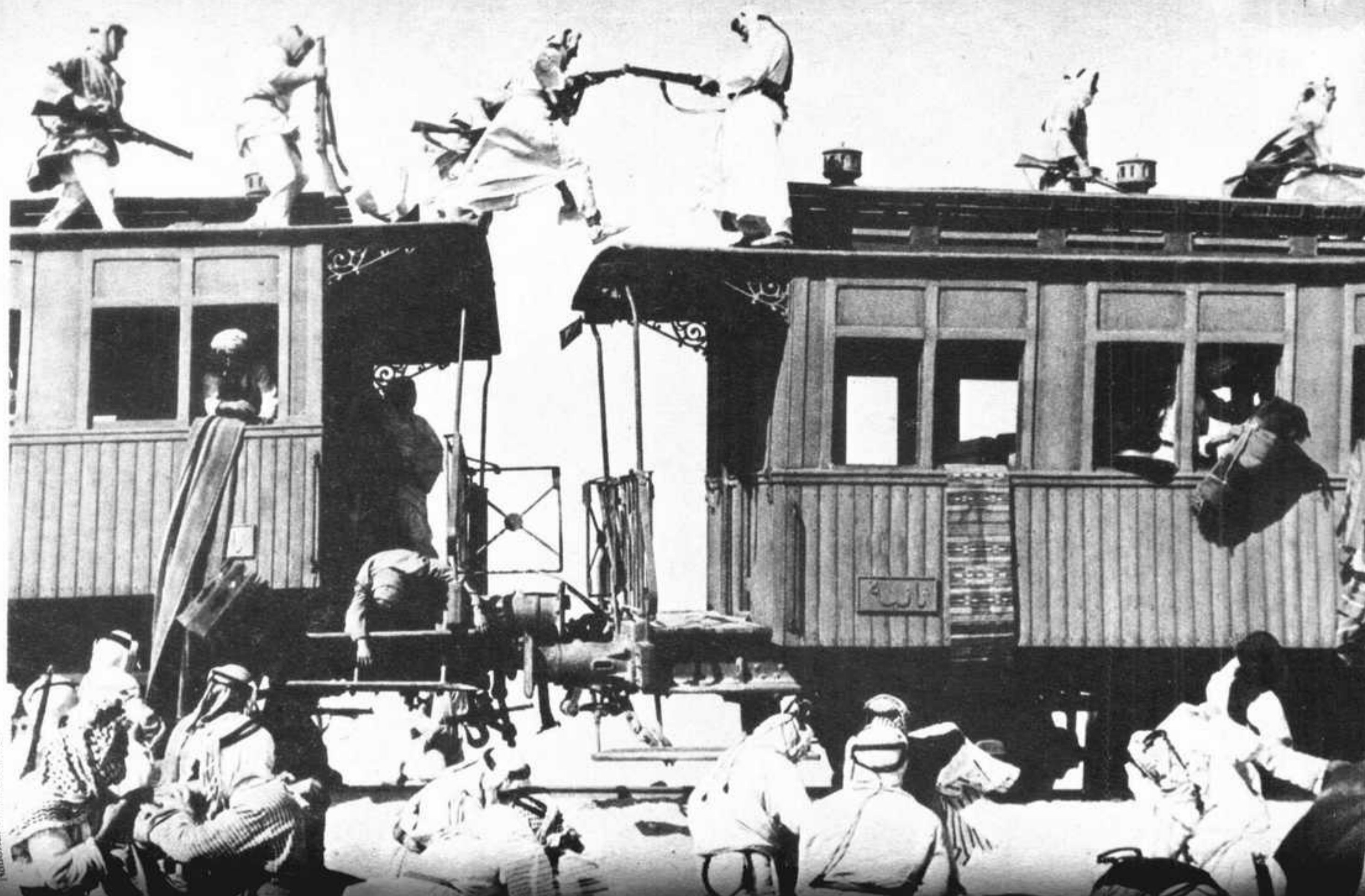
T. E. estaba de nuevo en Akaba. A las afueras de Quweira se encontró con Auda, Zaal y Mohammed el Dheilán, quienes mostraron su enfado porque los británicos no habían enviado todavía una recompensa adecuada por la captura de Akaba, y confesaron que, desde luego, habían estado negociando con los turcos. Lawrence les dijo que Allenby estaba a punto de enviarles ayuda y que Feisal en persona se encontraba de camino para recompensarlos. Parecieron satisfechos con estas explicaciones y T. E. comunicó a El Cairo que no había habido traición. Los incidentes como éste, en los que Lawrence tenía que ayudar a los árabes a pesar de ellos mismos, le resultaban irritantes y agotadores, y a veces llegaba a pensar que ya no tenía nada que ver con aquellos hombres; a este respecto escribiría que su tarea era como «hacer adobes sin paja ni barro». Durante el mes de agosto atacaron las posiciones turcas cerca

Imperial War Museum, Londres



*La manipulación de explosivos despertaba interés. (Combatientes en Muwallado.)*

de Ma'an, y algunos aviones bombardearon también la ciudad. Lawrence, que había aprendido a hacer explotar minas utilizando fulminantes, decidió atacar la estación de Mudowwara, a 150 kilómetros al sur de Ma'an. Varias de las tribus habían tenido diferencias entre ellas, y cuando la expedición se puso en marcha el 16 de septiembre, sólo contaban con algo más de cien hombres, en lugar de los aproximadamente trescientos iniciales. El jefe nominal era el gobernador Aid, y Zaal iba con algunos de los dhumaniyeh, pero la tarea de mantenerlos unidos correspondió a T. E. Se encontraron con que Mudowwara estaba fuertemente defendida, de modo que se dirigieron hacia el sur hasta que encontraron un lugar ideal para la colocación de minas y para tender una emboscada. En aquel lugar el ferrocarril dejaba la llanura y giraba hacia las colinas. A mediodía, una patrulla de unos cien turcos salió desde la estación



National Film Archive

en dirección a donde ellos se encontraban, por lo que se dispusieron a cambiar de sitio; pero entonces vieron un tren a lo lejos que adelantó a la patrulla y avanzó con rapidez hacia la trampa. A una señal de Lawrence, hizo explosión una mina. «Se produjo un terrible estruendo y la línea desapareció de la vista bajo una columna de polvo y humo de cien metros de alto y de ancho.» El tren fue alcanzado por la explosión y la mayoría de los turcos que viajaban en él resultaron muertos bajo el fuego de las ametralladoras y de los morteros. Los árabes saquearon el tren y se marcharon. Durante unos dramáticos instantes, T. E. y dos sargentos de la base de Akaba se encontraron solos cerca del tren destrozado; pero entonces Zaal y otro árabe volvieron para rescatarlos y todos regresaron triunfalmente a su campamento. Pocos días más tarde, T. E. escribió a un amigo en tono jocoso sobre estos sucesos, pero añadió: «Los nervios se alteran y el valor te abandona cuando más lo necesitas... Ante un espectáculo tan desagradable y cruel se pierde el control de uno mismo. Resulta horrible matar y matar turcos. Al final de la batalla yacen en el suelo destrozados y algunos todavía vivos...»

Mientras tanto, se habían reclutado voluntarios en diversas unidades del ejército para reforzar Akaba, y entre ellos estaba el sargento Tom Beaumont, artillero cualificado para el manejo de los Vickers 303 que llegaban a Akaba junto con un cargamento de carros blindados. Beaumont escribió en 1936 un relato de sus experiencias de aquella época: «Gritos, hurras y disparos llegaban de la playa; los árabes bailaban con frenesí al ver los vehículos blindados. Las balas comenzaron a silbar por encima de nuestras cabezas; una extraña bienvenida, pensaba yo... Pronto montamos nuestro campamento cerca de la entrada de Wadi Itm. Era un desfiladero angosto, con rocas y arena fina que obstaculizaban aún más el paso de los vehículos.»

Estuvieron durante meses haciendo una carretera por la que pudieran viajar los vehículos. El calor era tan intenso que no podían empezar a trabajar hasta las cuatro o las cinco de la tarde. Avanzaban lentamente, los días se hacían largos y todo el mundo se volvía insoportable. Pero entonces, una noche en la que Beaumont estaba de guardia, Lawrence salió de la oscuridad, confiado y amable, con una escolta de treinta árabes. «¡Chist! No despierte a los muchachos. Todo va bien. Soy Lawrence», dijo al oficial. Y entonces,

◀ *Fotograma de la película de David Lean Lawrence de Arabia, que nos muestra el saqueo de un tren turco por los árabes.*

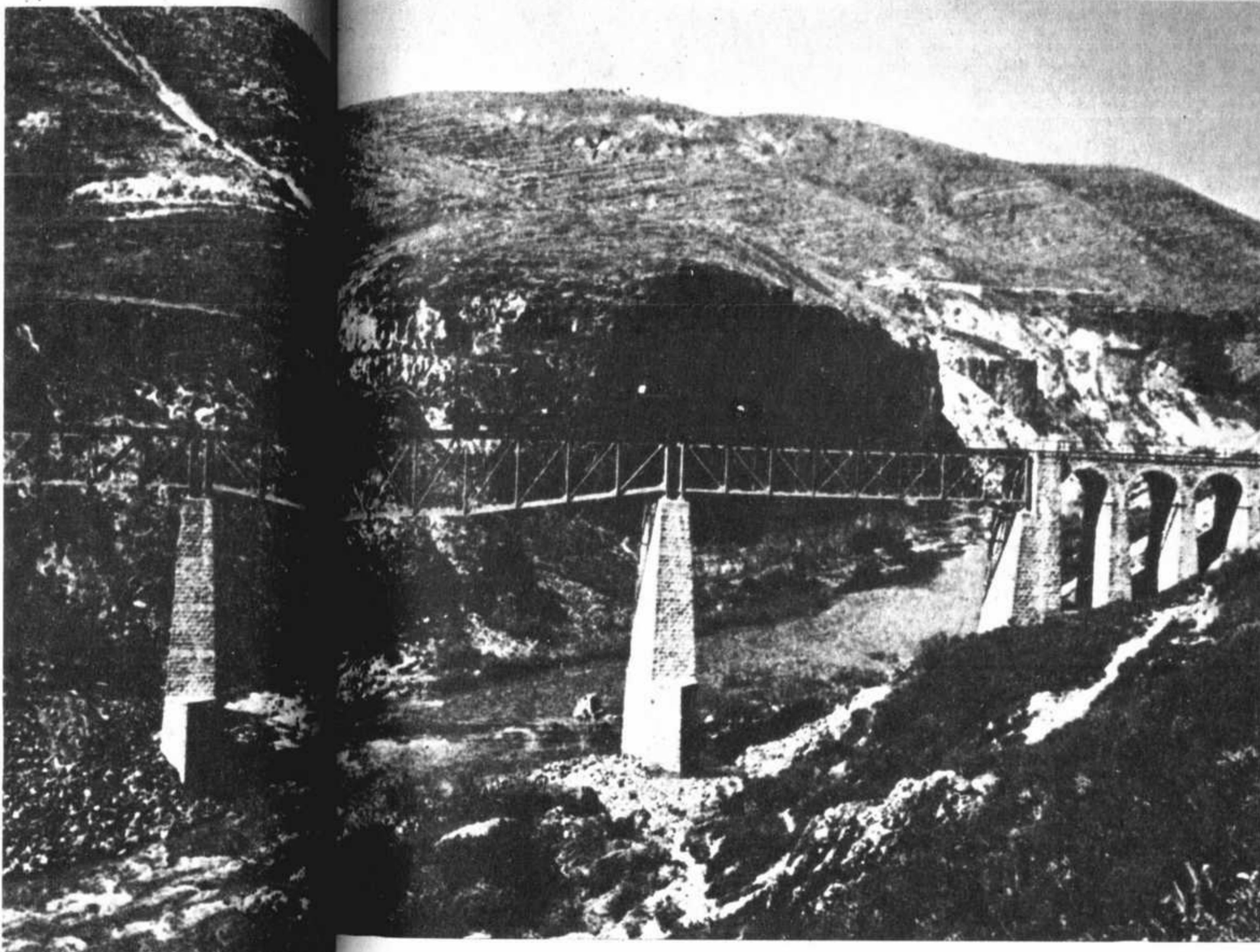


Cortesía de Mr. y Mrs. T.W. Beaumont

*T. W. Beaumont a los dos meses de servicio en el ejército (enero, 1916).*

antes de partir, se inclinó desde su camello y preguntó el nombre al centinela. «Le respondí —escribe Beaumont— y él dijo que estaba bien, que nos veríamos no tardando mucho. Buenas noches, centinela... Me sentí inspirado, sentí que después de todo teníamos un líder en quien confiar.» Otro inglés, un mecánico, escribió: «Había en él una fuerza que parecía dominar el alma de cada hombre de una manera tan persuasiva y encantadora que vencía cualquier obstinación...»

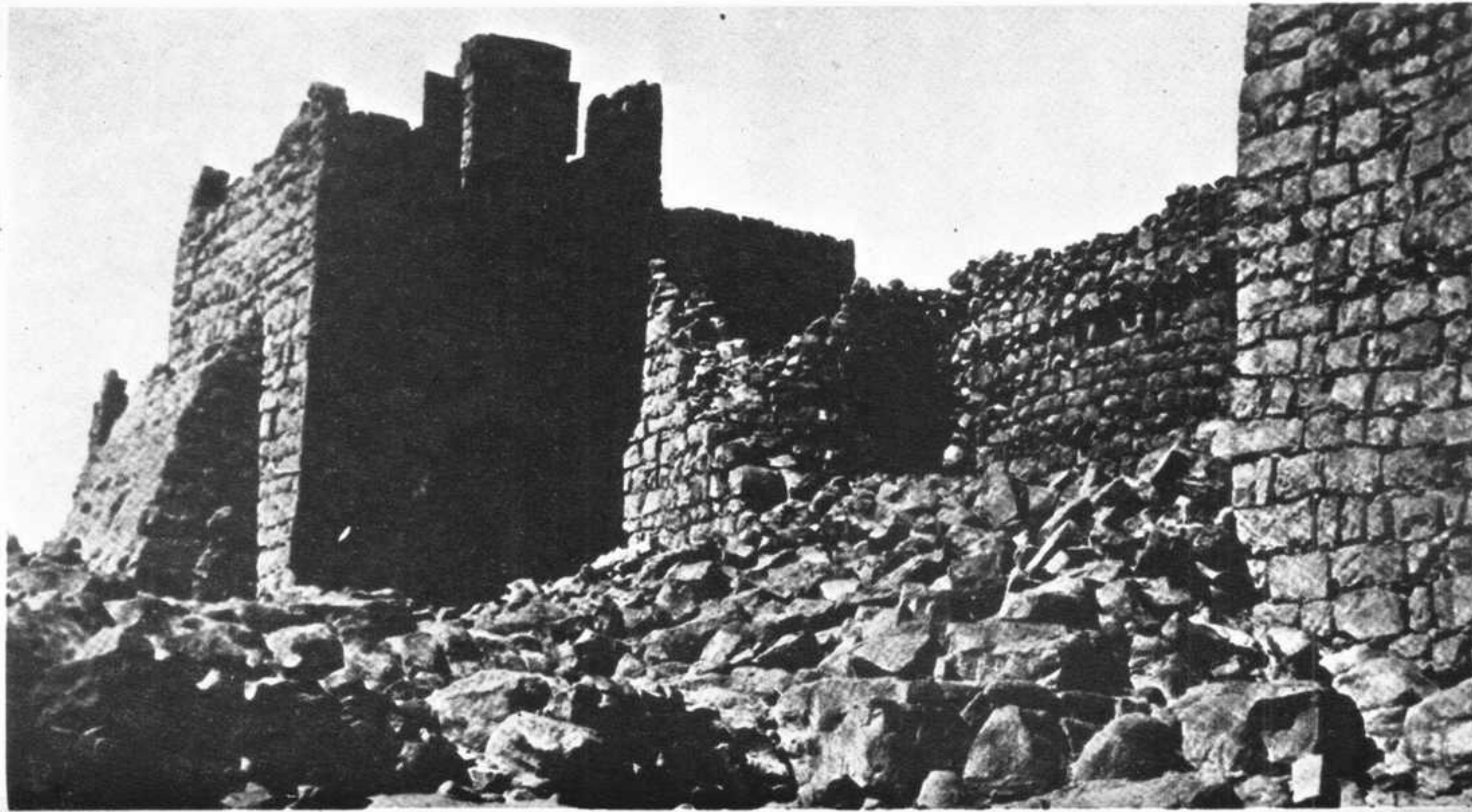
Durante los cuatro meses siguientes los árabes organizaron incursiones desde Akaba, y en sus ataques destruyeron diecisiete locomotoras. Los rumores sobre Lawrence se extendieron por el desierto, filtrándose hasta los bazares de El Cairo, donde Storrs se



*El puente más largo y el primero que se construyó en el valle del Yarmuk; el 7 de noviembre de 1917, T. E. fracasó en su intento de hacerlo volar con gelignita.*

encontró con que «el mercader Abdala Kahlal, que negociaba con árabes... me felicitó y me preguntó por “al-Urenz”». Por su parte, los turcos lanzaron un gran contraataque en dirección a Akaba, pero fueron llevados a una trampa por el jefe árabe Maulud y repelidos con grandes pérdidas por su parte.

En octubre, Allenby estuvo haciendo planes para atacar las líneas de defensa turcas que iban desde Gaza hasta Berseba. T. E., con la esperanza de que los árabes pudieran contribuir de manera decisiva en la campaña, le sugirió cortar uno de los puentes en el valle del Yarmuk, sobre el que pasaba el tren que, procedente de Palestina, subía hasta Damasco. Esto aislaría al ejército turco de su cuartel general y cortaría su retirada. Allenby aprobó el plan y seña-



Vista de las antiguas murallas de Azraq.

ló la primera semana de noviembre como la más conveniente para la voladura del puente.

Lawrence decidió que fuera Azraq la base para el ataque a los puentes. Reunió un pequeño contingente que incluía a doce hombres de su propia comitiva, algunos indios expertos en el manejo de las metralletas, Ali Ibn el Hussein, gobernador harita que conocía Siria, el capitán Wood, ingeniero de Akaba, y el emir Abd el Kader, natural de Damasco y de origen argelino, a quien Feisal consideraba digno de confianza, pero que según Brémond era un espía pagado por los turcos. El 28 de octubre cruzaron la línea férrea entre Ghadir y Shedia, y se dirigieron al suroeste de los pozos de Jafr, donde se encontraron con Auda, que había acampado allí; los hombres de la tribu joweitat habían tenido diferencias con él motivadas por las pagas, de modo que Auda contaba solamente con quince hombres. Afortunadamente para él, T. E. fue capaz de reconciliarlos. A la mañana siguiente, después de que Auda insistiera en la opinión de Brémond respecto a Abd el Kader, T. E. y su grupo se dirigieron a las llanuras de Jafr. Algunos de ellos montaban por primera vez en el desierto, por lo que marchaban a paso lento. T. E. recordaría más tarde que «el tiempo dorado de los amaneceres brumosos, la suave luz solar y el frío vespertino añadían una extraña tranquilidad de la naturaleza a nuestra sosegada marcha. El veranillo de San Martín pasó como un sueño. Sólo sentí que todo era suave, muy cómodo, que mis amigos estaban contentos y que se respiraba felicidad».

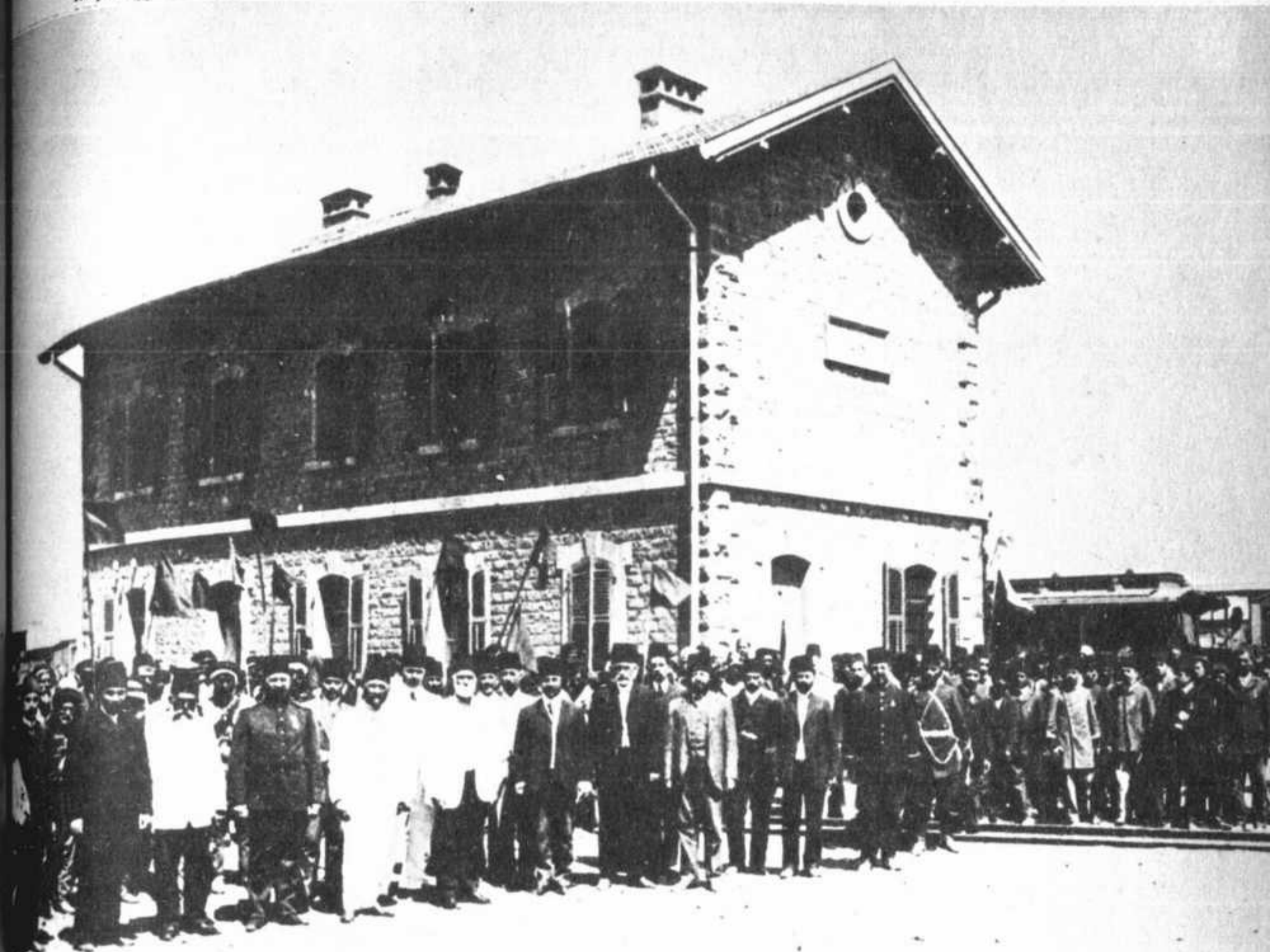
En Bâyr fueron recibidos por Mifleh, jefe de los beni sakhr, que se unió a ellos con quince de sus mejores hombres. Cuando salieron de Wadi Bâyr, el tiempo transcurrió para Lawrence con menos tranquilidad, ya que se dedicó a escuchar a los beni sakhr y a ganar su confianza. «No había nada tan agotador —escribió— y, sin embargo, tan importante para el éxito de mi objetivo, como esta constante gimnasia mental de aparente omnisciencia cada vez que encontrábamos una nueva tribu.» El 2 de noviembre, a mitad de camino de Azraq, se encontraron con unos guerreros de la tribu serhan que iban a unirse a Feisal y a los que convencieron para que regresaran con ellos. Llegaron a la propia Azraq, una fortaleza levantada sobre roca que domina los susurrantes campos de palmeras. T. E. la encontró mágicamente embrujada, con su silencio insondable «marcado por la impronta de poetas errantes, campeones, reinos perdidos, toda la infamia, caballerosidad y magnificencia casi olvidada de Hira y Ghassas».

Abd el Kader se separó de ellos, pero decidieron continuar y, reforzados por los serahin, cruzaron la línea del ferrocarril y el 6 de

noviembre llegaron a Abya, donde descansaron. Lawrence y Ali decidieron que el ataque final sería llevado a cabo por una partida de setenta hombres. Los beni sakhr, a las órdenes de Fahad, constituirían el grupo de asalto, mientras que los serahin se encargarían de vigilar los camellos y de transportar la gelignita. Iniciaron la marcha al ponerse el sol y llegaron a Tell el Shehab y al ferrocarril; pero a alguien se le cayó un rifle y el ruido alertó a un centinela enemigo, que pudo ver cómo los artilleros alcanzaban nuevas posiciones. Se abrió el fuego, y los serahin que transportaban los explosivos, ante el temor de ser hechos pedazos, se deshicieron de los sacos de gelignita al borde de un barranco y huyeron. El ataque fue un completo fracaso, aunque antes de regresar a Azraq volaron un tren cerca de Minifir y capturaron sesenta o setenta rifles. Sin embargo, el terreno estaba inundado por la lluvia y parecía improbable que Allenby consiguiera un gran avance aquel año.

Las murallas y los suelos de Azraq estaban fríos y húmedos. Cuando los perros aullaban, los árabes hablaban de fantasmas y a T. E. le parecía que el pasado y el presente fluía sobre ellos como un río inagotable. Llegaron visitantes de los alrededores —entre ellos Talal el Hereidhin, jeque de Tafas— y Ali se encargaba de reclutarlos para la causa de Feisal.

*Confluencia del Wadi Rumm con el camino Akaba-Quweira, en dirección norte.*



*La estación de Deraa al día siguiente de su inauguración (1 de septiembre de 1908).*

Cuando escampó un poco, T. E. decidió reconocer la zona de Deraa. Se puso en camino con tres acompañantes, uno de los cuales era un viejo campesino llamado Faris, con los que llegó a entrar en Deraa. En primer lugar examinaron la estación, y después comenzaron a recorrer las defensas del frente oriental. Ignorados por los soldados turcos, pasaron por el aeródromo de camino hacia el centro de la población. «Había viejas máquinas Albatross en los cobertizos —escribió T. E.— y hombres desocupados. Uno de éstos, un oficial sirio, comenzó a hacernos preguntas sobre nuestros pueblos... Finalmente nos libramos de él y nos dimos la vuelta. Entonces alguien nos llamó en turco... Nosotros continuamos caminando sin hacer caso, hasta que un sargento se nos acercó y agarrándome con fuerza del brazo me dijo: "El bey quiere verte".»

Este fue el comienzo de una terrible experiencia. T. E. fue

alistado como soldado y le dijeron que podría conseguir permiso al día siguiente si satisfacía al bey aquella noche. Fue llevado ante el que probablemente no era el gobernador de Deraa sino el comandante de la guarnición, Bimbashi Ismail Bey, o el jefe de milicias Ali Riza Bey. Este inició unos requerimientos homosexuales con Lawrence acariciándole, manoseándole y besándole. Finalmente, enfurecido por la falta de cooperación de T. E., ordenó que fuera castigado. Sujeto por cuatro hombres, fue azotado y golpeado hasta que «lancé un grito y se me nubló la vista, mientras en mi interior parecía que la vida se arrastraba lentamente a través de mis nervios destrozados...». Lo que recuerda después de esto es que dos hombres le arrastraron, cada uno por una pierna, y un tercero montó sobre él a horcajadas. Más tarde, le lavaron, le vendaron y le dejaron en una habitación, de la que consiguió escapar a primeras horas de la mañana. Un árabe le llevó en su camello al pueblo más cercano, donde volvió a reunirse con Faris.

Aquella noche, y no era la primera vez, sintió el deseo de abandonar Arabia; pero él siempre había despreciado las cosas físicas, y su voluntad le decía que los ultrajes hechos a su cuerpo no debían ser tomados en serio. De regreso a Azraq, su moral se vio reanimada ante la generosidad de unos salteadores que no les saquearon por considerar que Lawrence y sus camaradas merecían mejor trato. Más tarde, después de la guerra y de la Conferencia de Paz, sus experiencias en Deraa le obsesionarían terriblemente; entonces escribió que aquella noche de Deraa había perdido irrevocablemente su integridad.

En Azraq había corrido la noticia de que Abd el Kader había hecho una furiosa incursión en territorio turco, y afirmaba estar conquistando la zona de Jebel Druse en nombre de Hussein de La Meca. También había prometido cortar la cabeza del bajá Jemal, comandante en jefe turco en Siria. Pero cuando fue hecho prisionero y enviado a Damasco, se puso rápidamente del lado de los turcos y actuó a partir de entonces como agente provocador entre los nacionalistas sirios. T. E. decidió regresar a Akaba, y el 22 de noviembre entregó a Ali el dinero que le quedaba; después se puso en camino con su ayudante Rahail.

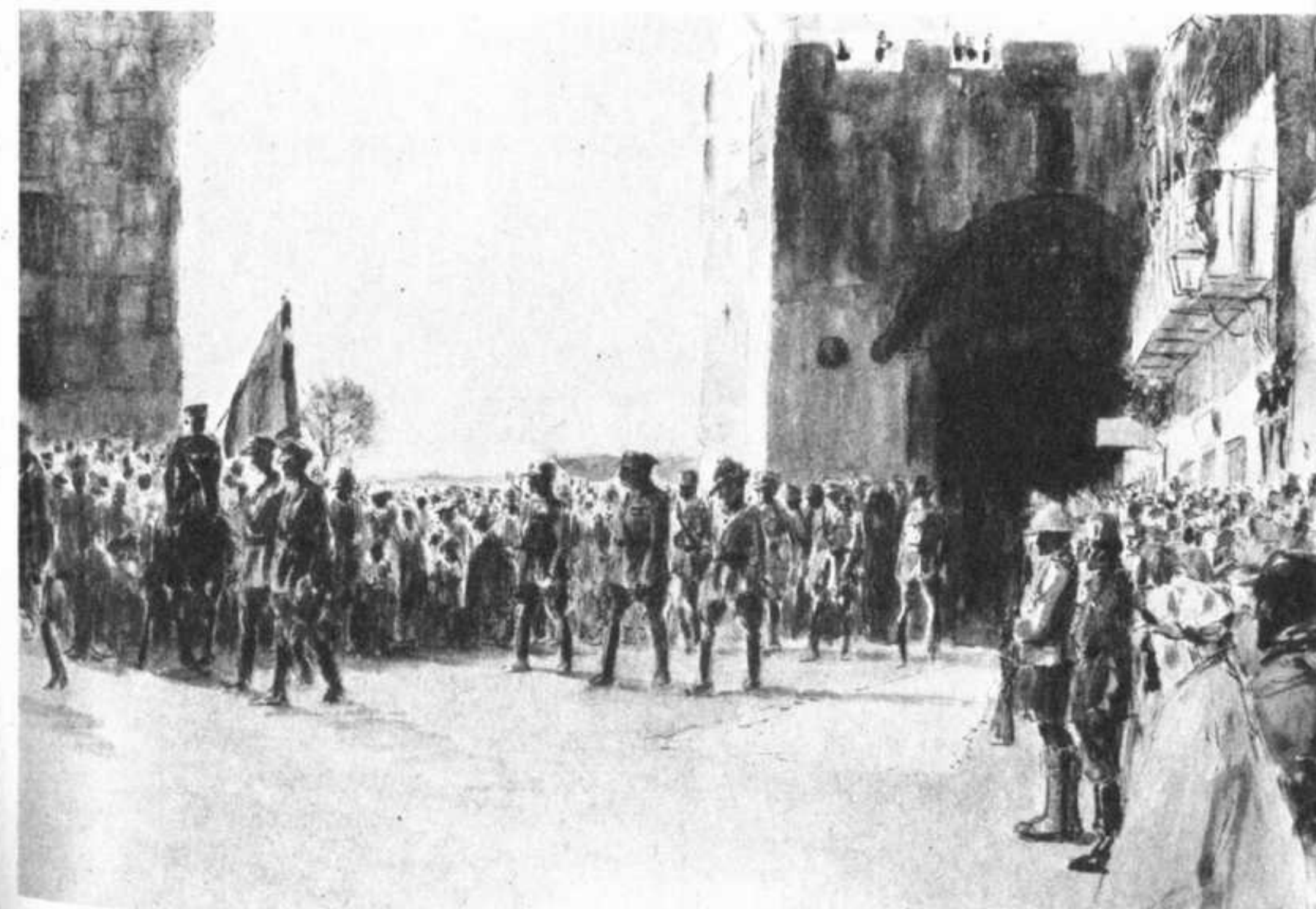
Al día siguiente, a mediodía, fueron asaltados por cuatro bandidos que, apuntándoles con rifles, les ordenaron desmontar. Los bandidos quedaron confundidos cuando Lawrence empezó primero a reírse de ellos, y después a insultarles. Asombrados por el hecho de que alguien se atreviera a provocar a unos hombres armados, sospecharon que no iban solos y les permitieron marcharse sin causarles ningún daño. Continuaron su marcha hacia



Autorización de C.J. Kennington

*Después del fracaso de Yarmuk, T. E. estuvo a punto de caer prisionero por culpa de una carga que no explotó al pasar el tren turco. Tuvo que sentarse a unos 50 m, con el mando a distancia de la carga explosiva a su lado, esforzándose por adoptar la actitud normal de un árabe al paso del tren. Kennington vio así aquella escena.*

*Acuarela de James McBey que reproduce la entrada de los aliados en Jerusalén (diciembre de 1917). De pie, en el centro, puede verse a Allenby.*



Imperial War Museum, Londres/Eileen Tweedy

Akaba, a pesar de que T. E. cayó enfermo con un ataque de fiebre. Hubo un momento en que sintió que su personalidad se había dividido en partes, una de las cuales montaba sobre un camello mecánicamente, mientras otra sobrevolaba por encima y se inclinaba, preguntándole qué estaba haciendo, y una tercera hablaba y se asombraba de todo. Llegaron a Akaba la noche del 25, y T. E. se dirigió inmediatamente al cuartel general de Allenby en Gaza.

Cuando Lawrence descubrió que Allenby no estaba muy preocupado por el fracaso de Yarmuk, pudo relajarse entre sus compatriotas y disfrutar de la reputación que había ganado con sus hazañas. En El Cairo sólo se hablaba de Allenby y de Lawrence; con la sensación de que su fama era un tanto exagerada, T. E. adoptaba a veces una actitud que parecía ser de fingida modestia. Pero él defendió a los árabes incluso ante el coronel Meinertzhagen, que les llamó saqueadores y asesinos. El 11 de diciembre tomó parte en la entrada oficial a Jerusalén; su uniforme y su cargo de oficial de Estado Mayor de Clayton, que le habían sido prestados para la ceremonia, fueron motivo de bromas entre T. E. y sus compañeros.

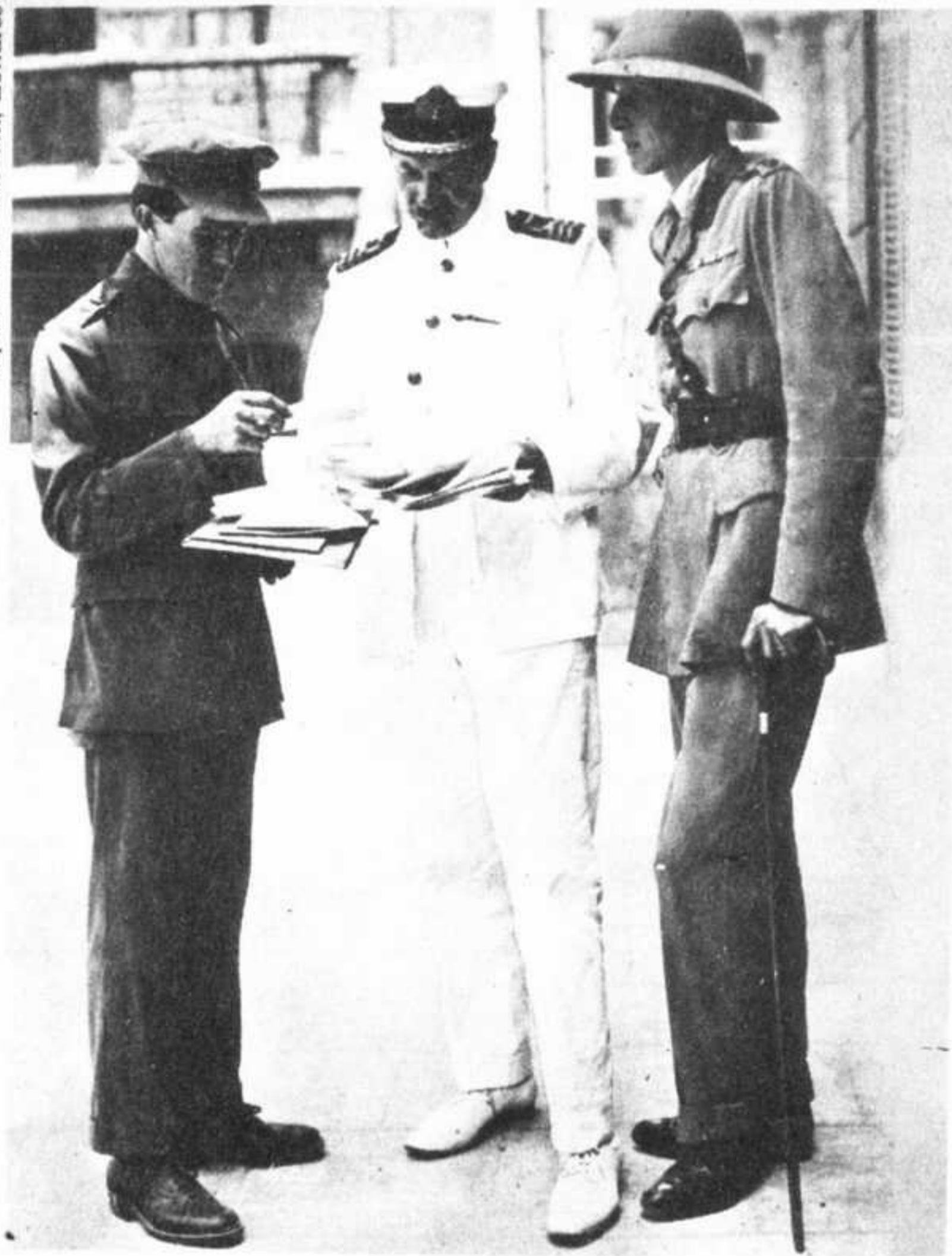
## 6. El camino hacia Damasco

Allenby y Dawnay habían convencido a Lawrence de que lo más útil que ahora podían hacer era avanzar hacia el norte para conquistar Tafilah y acabar así con el transporte de víveres del enemigo a través del Mar Muerto. Así pues, T. E. regresó a Akaba, donde se enteró de que los turcos habían realizado otro gran esfuerzo para pasar a la ofensiva, pero que las constantes incursiones por la zona de Ma'an y Medina les habían obligado a enviar hombres para reforzar las otras debilitadas, y tuvieron que regresar de nuevo a los destacamentos de Ma'an.

La carretera a través de Wadi Itm estaba ya terminada, y T. E. felicitó a Beaumont y a los demás por su trabajo. Enseguida, los vehículos blindados fueron llevados a Quweira, donde, según escribió Beaumont, «fuimos recibidos por expertos jinetes que montaban a pelo, dando vueltas y vueltas con frenesí, haciendo disparos al aire con sus rifles y gritando "¡Aurans, Aurans!"».

Días más tarde, Lawrence y el coronel Joyce salieron con los vehículos blindados, y después de recorrer llanuras embarradas en dirección a Mudowwara, atacaron dos o tres puestos a lo largo de la línea férrea. Beaumont recuerda cómo se derrumbó uno de los puentes que habían destruido: «Los cascotes volaron en todas direcciones y un gran trozo de metal estuvo a punto de alcanzar a Lawrence.» También vio uno de los carteles turcos que ponía precio por la captura de Lawrence: 20.000 libras vivo ó 10.000 libras muerto. T. E. ya había tomado la precaución de aumentar su séquito a un contingente de noventa hombres. «Los británicos en Akaba —dijo— les llamaban cortagargantas», a lo que él añadía con humor negro: «Sólo cortan gargantas por orden mía.»

Nasir y Nuri Said comenzaron las operaciones árabes contra Tafilah, nudo de pueblos que dominaba el extremo sur del Mar Muerto, con un ataque a la cercana estación de Jurf, que resultó ser un éxito. Un contingente árabe procedente de Petra ascendió las colinas nevadas y tomó Shobek, y el 16 de enero de 1918, Nasir y



El coronel T. E. Lawrence con el comandante D. G. Hogarth y el coronel Alan Dawnay.

El coronel Joyce en un tónder Rolls Royce cargado con pertrechos para Quweira. La foto fue tomada por Lawrence. ▲



«El jeque Lawrence y sus asesinos a sueldo» fue el título dado por T. E. a esta fotografía, en la que aparece con su guardia personal.



Auda Tayi llegaron a las afueras de Tafileh, que fue tomada con poco derramamiento de sangre. Pronto hubo que pagar a Auda para que regresara al desierto, porque los hombres de su tribu comenzaron a tener altercados con los motalga, sus enemigos acérrimos, pero entonces Zeid y el bajá Jaafar llegaron de Petra para tomar el mando, y Lawrence subió desde Quweira para unirse a ellos. Juntos comenzaron a preparar a las poblaciones para hacer frente a un contraataque turco.

El ataque se produjo antes de lo esperado. El bajá Fakhri reunió rápidamente una fuerza de mil hombres, con dos obuses y veintisiete ametralladoras. En la mañana del 25 de enero cayó sobre algunos piquetes árabes aislados, y al anochecer se encontraba ya cerca de Tafileh, donde la noticia de su avance provocó el pánico. «Todo el mundo gritaba aterrorizado —escribió Lawrence para el Boletín Árabe— y tiraban fardos desde las casas a las calles, que estaban ya atestadas... Jinetes árabes galopaban de un lado a otro, haciendo disparos al aire, y el reflejo de los rifles turcos se destacaba en los acantilados más apartados de la garganta Tafila.» El bajá Jaafar propuso una inmediata retirada a las alturas que dominaban Tafileh, pero T. E. persuadió a Zeid de que debían quedarse y luchar.

Por la mañana, la batalla comenzó de manera fortuita, cuando algunos jinetes motalga junto con guerreros de la localidad obligaron a retroceder a una unidad turca de caballería de unos cien hombres. Después ocuparon una loma situada sobre la llanura que tenían que atravesar los turcos en su avance hacia Tafileh. Lawrence, estudiando el campo de batalla, vio que cerca del pueblo había otra loma a unos quince metros por encima de la llanura, y que supondría «una buena línea de reserva o una línea defensiva». Colocó veinte ageylíes del séquito de Zeid en aquel lugar, y viendo que los turcos avanzaban rápidamente para flanquear la loma adelantada, él mismo se dirigió hacia allí y sugirió que se replegaran a una posición más segura. A media tarde, los turcos habían tomado la primera loma, y subían sus ametralladoras, pero para entonces una fuerza de unos cuatrocientos cincuenta hombres se había agrupado en la posición de reserva donde se encontraba T. E. Los manuales militares de la época aconsejaban atacar al enemigo por los flancos y después hacer una carga frontal. En el frente occidental, las extensas trincheras habían hecho imposible ese ataque y las cargas frontales fueron la tumba para toda una generación. Pero no había trincheras en Tafileh.

Lawrence envió a Rasim con ochenta jinetes y cinco armas automáticas para rodear el ala izquierda enemiga —un artillero ára-

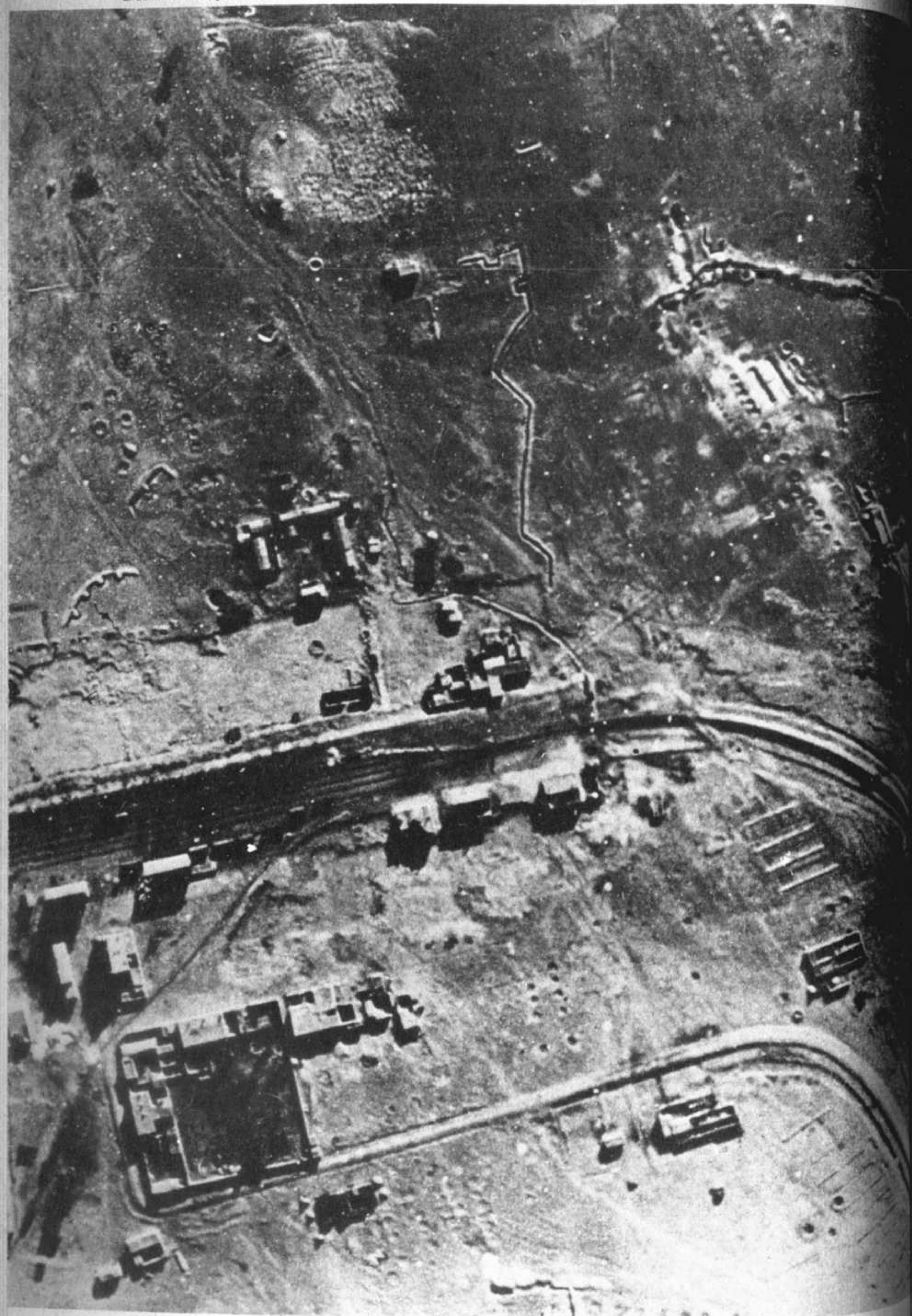


Imperial War Museum, Londres

*Zeid con camiones austriacos capturados a los turcos en Tafileh.*

be reclamó más tarde haber sido el responsable de esta maniobra: «De pronto tuve una idea y me dije a mí mismo...». Otros cien hombres cogieron tres armas automáticas y flanquearon el ala derecha turca. Entonces, con el enemigo rodeado, los hombres a camello y la leva atacaron bajo el mando de Mohamed el Ghasib, que portaba el estandarte carmesí de los ageylíes. Al poco se produjo la desbandada del enemigo. Fue una notable victoria, y Lawrence sería más tarde condecorado por ella. La noticia de la victoria fue comunicada inmediatamente a Abdulla el Feir, acampado cerca de la costa del Mar Muerto; tres días más tarde atacó durante la noche con setenta jinetes el puerto de Kerak y destruyó la flotilla turca, acabando así con el transporte en el Mar Muerto como Allenby había solicitado.

Negó en Tafileh. Hacía frío y se vivía en condiciones miserables, dada la aglomeración de hombres. Durante un tiempo, T. E. se refugió en el mundo de *La muerte de Arturo*. En la primera semana de febrero se puso en camino acompañado por cuatro hombres, con el fin de recoger el dinero necesario para una ofensiva en primavera. Pasó tres noches en Quweira antes de recibir oro



por valor de 30.000 libras procedente de Akaba. De regreso a Tafileh, T. E. pasó una noche de Shobek. Allí estuvo hablando del matrimonio con algunos árabes y les preguntó que cómo podían gustarles los niños, esas «pruebas encarnadas de lujuria satisfecha». El sabía desde pequeño que era hijo natural, y su naturaleza sensible había tomado sobre sí parte del sentimiento de culpabilidad que su madre tenía por lo que había hecho. Ello le había llevado a considerar el cuerpo y sus exigencias con un desprecio que le apartaba un poco de los demás hombres, pero que reforzaba su voluntad y le daba una gran capacidad de sufrimiento.

Durante la aventura de Arabia aquella capacidad había sido sometida a duras pruebas. Ahora, de camino entre Shobek y Tafileh, su camello sufrió una caída en un montón de nieve y tuvo que llevarlo de las riendas durante kilómetros por laderas nevadas y escurridizas. Después entregó el dinero a Zeid e hizo un viaje de reconocimiento hasta el límite del valle del Jordán. Cuando regresó vio que Zeid había disipado todo el dinero pagando a gentes de la localidad a las que solamente debería haber pagado en caso de que se les hubiera necesitado para el servicio activo. Humillado y deprimido, T. E. se dirigió inmediatamente a Berseba para informar a Allenby de lo ocurrido. En el cuartel general de Allenby se encontró con Hogarth, a quien dijo que había organizado mal las cosas y que quería un destino de poca responsabilidad en otra parte; no podía continuar haciéndose pasar por líder de un movimiento nacionalista cuando sabía lo poco que valían las promesas a los árabes.

Hogarth no dijo nada, pero le llevó a desayunar con Clayton. Primero Clayton y después Allenby destacaron la importancia de lo que los árabes podrían hacer para ayudar a los británicos manteniendo la lucha y hostigando a las tropas turcas. Allenby prometió setecientos camellos con personal y equipamiento, y trescientas mil libras en oro. Lawrence, que fue ascendido a coronel, aceptó continuar. Los árabes deberían ahora cortar el ferrocarril entre Ma'an y Medina, tomar Ma'an y atacar Damasco conjuntamente con Allenby.

Pero a principios de abril, los ingleses fracasaron en su intento de tomar Amman, y Lawrence, que esperaba en Atara con el contingente árabe dispuesto para unirse a los hombres de Allenby, se replegó en dirección sur hacia Ma'an. De los dos muchachos agey-líes que T. E. había aceptado como ayudantes en mayo del año anterior, Daud había muerto de frío en Azraq, y ahora era Farraj

◀ Vista aérea de Ma'an.

quien, después de una escaramuza, se hallaba gravemente herido. El propio Lawrence tuvo que acabar con su vida para evitar que fuera torturado o quemado vivo. En Ma'an le esperaban malas noticias: las tropas de Feisal habían capturado una zona alta que dominaba la ciudad, pero no habían podido tomarla. Sin embargo, fue a Quweira y atacó con éxito junto al coronel Dawnay la estación de Tell el Shahm. Lawrence cogió la campana de la estación como recuerdo, y mientras los árabes saqueaban el lugar, él se unió a los vehículos blindados para continuar el trabajo de demolición a lo largo del ferrocarril. Al cabo de tres días, los ciento veinte kilómetros de línea férrea desde Ma'an hasta Mudowwara, con sus siete estaciones, estaban completamente en manos árabes. «Todo va muy bien —escribió Lawrence de regreso a El Cairo—, y aunque no hemos logrado todo lo que queríamos, hemos hecho lo que hemos podido por nosotros mismos y no está nada mal.»

Allenby no intentaría otro avance antes de septiembre, ya que parte de sus tropas estaban siendo trasladadas al frente occidental. Mientras tanto, existía el peligro de que un contraataque turco desde Amman consiguiera liberar Ma'an, retomar Aba el Lissan y amenazar Akaba. T. E. se negaba a pasar a la defensiva, y como tenía noticias de que el Cuerpo Imperial de Camellos del Sinaí se estaba dispersando, consiguió hacerse con dos mil camellos, prometiendo osadamente a Allenby que los utilizaría «para hacer entrar a mil hombres en Deraa el día que usted guste». T. E. había logrado contar con más refuerzos al acordar con Feisal que se les unieran las tropas árabes regulares que se encontraban en el sur con Abdulla y Ali. Allenby se mostró de acuerdo en realizar un ataque que significaba hostigar a las tropas turcas en un momento vital, y dijo a Lawrence que, para sus objetivos, tres hombres y un niño con pistolas delante de Deraa el 16 de septiembre serían preferibles a miles de hombres una semana antes o una semana después.

A mediados de julio llegó la noticia de que Nasir había sido expulsado de Wadi Hesa por los turcos, por lo que el peligro de un avance general se hizo inminente. Dawnay sugirió reforzar el ejército árabe con el batallón superviviente del Cuerpo Imperial de Camellos al mando del coronel Buxton. Convencido de que entonces tenía ya influencia suficiente para solventar los problemas que pudiera ocasionar la llegada de un gran contingente de tropas extranjeras, Lawrence aceptó la idea y el batallón fue trasladado en barcos a Akaba. Allí, T. E. explicó a cada una de las compañías la mejor manera de comportarse con los árabes. Algunos de los hombres se sintieron decepcionados por la primera impresión que daba Lawrence, caminando hacia ellos con el paso ágil y ligero de un



Restos de la alcubilla de Mudowwara después de ser volada. A propósito de este suceso Lawrence escribió: «Esto es lo que podía captarse con una cámara fotográfica después de que el capitán Scott-Higgins destruyera la alcubilla.»

beduino, y más parecido a un árabe que a un inglés. Desde luego, por aquella época T. E. vivía en una especie de limbo entre las dos culturas. El 15 de julio escribió a Vyvyan Richards explicándole lo que le atraía de las costumbres árabes, particularmente su «evangelio de desapego de las cosas materiales» y «una especie de moral desnuda también... Estoy convencido de que puedo entenderlo suficientemente bien como para mirarme a mí mismo y a los extranjeros desde su perspectiva... Creo que hoy, si dejaran de manejarme, elegiría la pasividad, el dejar las cosas por sí solas, contemplando a los que continúan su marcha».

Después de llegar a Rumm con el coronel Buxton, Lawrence regresó a Akaba, donde reunió por última vez a su guardia personal al borde del mar, en la playa azotada por el viento, «el sol, con sus destellos sobre las brillantes olas, en competencia con la rapidez y el fulgor de los hombres». Luego se dirigió a Quweira, y allí ayudó a Feisal a conseguir el apoyo de la tribu shaalan, y le comunicó una advertencia de Allenby: los árabes no deberían avanzar demasiado deprisa en septiembre porque, si los británicos no lograban sus objetivos, quedarían sin apoyo. De hecho, Feisal ya había decidido atacar Damasco en cualquier caso, y si fuera necesario, hacer una paz por separado con los turcos. T. E. era consciente de lo que intentaba, pero no podía reprochárselo. Después de todo, tal vez Feisal consiguiera más de los turcos que de los británicos.

Mientras tanto, el Cuerpo de Camellos de Buxton había ataca-

do con éxito la estación de Mudowwara. Después de reunirse con los oficiales y la tropa en Jafr, Lawrence y Joyce se dirigieron hacia Azraq al objeto de ver si había alguna ruta adecuada para sus vehículos. No fue un viaje difícil y decidieron que sería una buena base para la expedición a Deraa, con un terreno apropiado para el aterrizaje de aviones en los llanos del norte. Después regresaron a Bâyr, donde el 16 de agosto T. E. cumplió treinta años. Más tarde escribió en *Seven Pillars of Wisdom* que, por entonces, él se estimaba a sí mismo; pero este importante capítulo, de una introspección dolorosamente mórbida, nos dice tanto sobre el estado de ánimo de T. E. en 1920 y 1921 como sobre lo que realmente pensaba en 1918. En cualquier caso, al menos en apariencia, era tranquilo y práctico, y su liderazgo tenía rasgos de inspiración. Uno de sus conductores le recuerda en una ocasión en que fue el principal invitado en una reunión de jefes, «con los pies desnudos colocados bajo su cuerpo, provisto, como los demás, de un cinturón con una daga de oro, gesticulando y explicando sus puntos de vista a cada uno de ellos». Beaumont recuerda que una vez, cuando T. E. se estaba despidiendo de él y de algunos hombres más que iban a El Cairo a pasar unos días de permiso, les dijo que volvieran puros, como si estuviera dirigiendo una cruzada.

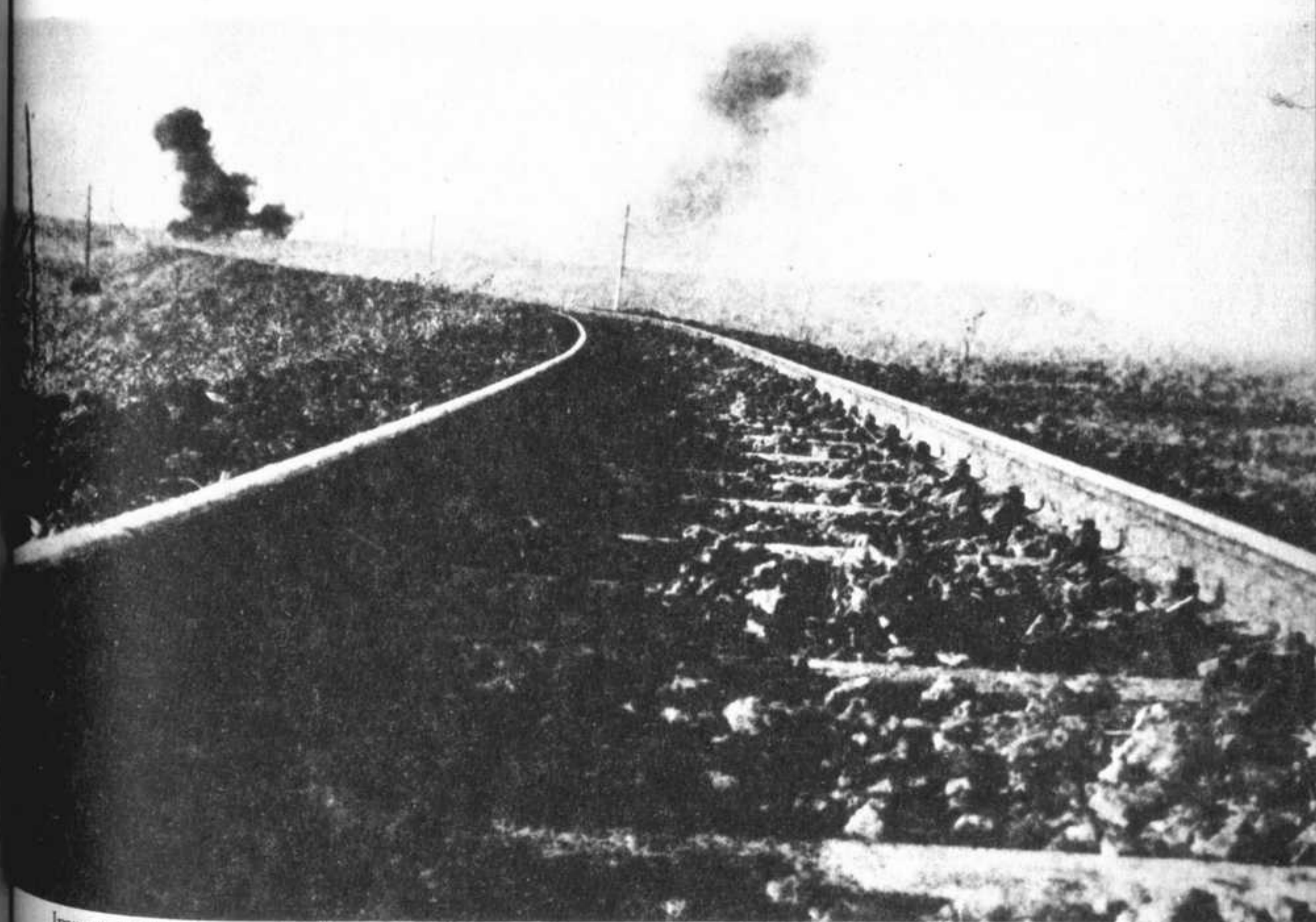
Dos días después de su cumpleaños, el 18 de agosto, el Cuerpo de Camellos se puso en marcha hacia el norte, con el objetivo de volar puentes y obligar a los turcos a pasar a la defensiva. El día 20 llegaron a Muaggar, pero su presencia fue advertida por aviones enemigos y vieron soldados turcos en el pueblo siguiente. En lugar de atacar arriesgándose a sufrir grandes pérdidas, se replegaron, aunque enviaron allí a algunos árabes para informar a la población de que ellos pertenecían al ejército de Feisal que se disponía a atacar Amman. La información, como muy bien se había pensado, llegó a oídos turcos, los cuales retrasaron una semana su avance hacia el sur.

T. E. y un destacamento de árabes se dirigieron entonces a Azraq y pasaron por el solitario palacio de Kharaneb bajo una luna resplandeciente, cabalgando entre multitud de pájaros nocturnos que alfombraban la tierra y volaban a su alrededor «como plumas en un silencioso remolino de viento». Descansaron en Azraq y antes de regresar a Bâyr enterraron toneladas de algodón-pólvora como preparativo para la expedición a Deraa. T. E. llegó hasta Aba el Lissan, donde Joyce y los demás oficiales ingleses le comunicaron sus buenas impresiones sobre la marcha de las cosas.

Pero entonces ocurrió algo que estuvo a punto de dar al traste con la expedición. Hussein ofendió a todos los oficiales de Feisal

proclamando que en el ejército árabe no había rango superior a capitán, y no contento con esto, después llamó traidor y proscrito al propio Feisal por negarse a aceptar tal decisión. Feisal desapareció y sus tropas estuvieron a punto de amotinarse. T. E. escribió al comandante de Akaba: «No tengo la menor idea de si llegaremos a alguna parte y si haremos algo o no. La cabeza me da vueltas.» Sin embargo, cuando propuso un intercambio de telegramas entre Feisal y su padre, recibió un mensaje de Hussein en el que éste parecía mostrarse arrepentido. Feisal, que en algún momento se había ofrecido a luchar a las órdenes de Lawrence, volvió a tomar el mando. El 6 de septiembre se habían ultimado los preparativos. Se enteraron de que los turcos habían enviado un gran contingente de tropas a Tafileh, pero que la expedición a Deraa avanzaba con regularidad. El 12 de septiembre, Nuri Said, Auda abu Tayi, Tallal el Hareidhin y otros se reunieron en Azraq con los ejércitos árabes, el Cuerpo de Camellos de Egipto y más de tres mil camellos. Los vehículos blindados también se encontraban allí, así como dos aviones y varios oficiales ingleses, entre ellos Joyce, Lawrence, Peake, Marshall, Young y Scott-Higgins. La estratagema de Am-

Una bomba «tulipán» en el momento de hacer explosión cerca de Deraa.





man quedó perfilada con el envío de monedas de oro para comprar cebada a las tribus cercanas a esta ciudad. Sabiendo que la noticia llegaría a oídos de los turcos T. E. pasó el día 13 solo, lejos del ejército, descansando en una cueva entre tamariscos y cogiendo fuerzas para el ataque. El día 14 al amanecer, la columna se puso en marcha con dirección a Deraa.

Uno de sus aviones derribó un aeroplano enemigo que le sobrevolaba, pero fue alcanzado a su vez, con lo que la fuerza aérea quedó reducida a un viejo BE 12 con su piloto, Junor. Al día siguiente, Joyce y T. E. volaron un puente en Umtaiye, cortando la línea Deraa-Amman. El día 16, fecha para la que Allenby había solicitado a Lawrence tres hombres y un niño, el grueso del ejército



*El teniente Junor y su biplano B E 12. Su actuación en Deraa fue decisiva para la victoria del ejército árabe.*

Dorset County Museum, Dorchester

atravesaba el montículo de Tell Arar, en la línea férrea de Damasco, sólo cuatro millas al norte de Deraa.

Después de desayunar, los egipcios de Peake comenzaron a demoler sistemáticamente seis kilómetros de vía con seiscientas cargas «tulipán», que consistían en quince kilos de pólvora-algodón colocadas bajo el centro de la traviesa cada treinta metros de vía. Si la carga estaba correctamente colocada, el raíl no se rompía, pero se retorció en forma de tulipán. Según escribiría más tarde T. E. con evidente satisfacción: «Los raíles se levantaban unos ocho centímetros y se vencían hacia el centro unos dieciséis centímetros y como los tirafondos se agarraban a los rebordes del suelo, los retorcián hacia adentro. La triple distorsión los dejaba inservibles,

sin posibilidad de reparación.» No mucho después, un avión de reconocimiento procedente de Deraa los localizó, y luego llegaron seis aviones más que comenzaron a bombardear. Los árabes se dispersaron y Nuri Said, Joyce y Lawrence resistieron como pudieron con los medios de que disponían, pero «no teníamos refugio ni para un conejo». Estaban preguntándose sobre la manera de sacar a los hombres de la zona, cuando oyeron un nuevo zumbido en el cielo y vieron que se aproximaba Junor en su viejo BE 12, y que se dirigía solo hacia los ocho aviones enemigos. Maniobrando con gran habilidad los llevó hacia el norte. Esto dio al ejército árabe media hora para dividirse en grupos pequeños y distanciados, y comenzar a trasladarse en dirección oeste hacia Mezerib. Después, aunque parezca increíble, volvió a aparecer Junor «asediado por aparatos enemigos que disparaban incesantemente. El giraba y se deslizaba disparando a su vez...». Consiguió aterrizar y, aunque el avión dio una vuelta de campana por lo accidentado del terreno, Junor consiguió salir de él con dificultad pero ileso, excepto por un pequeño corte en la barbilla, y ponerse a salvo antes de que un Haberstadt descendiera y alcanzara de lleno al BE 12 con una bomba. Junor se trasladó en coche hasta la línea férrea para colocar explosivos en la vía y después escapó con los demás.

Joyce y Nuri Said permanecieron en Tell Arar con una fuerza de cobertura, mientras Lawrence se dirigía a Mezerib con su guardia personal. El bombardeo continuaba, y un proyectil cayó tan cerca de T. E. que el impacto hizo dar la vuelta a su camello y casi le derriba de la montura: «Mi camello se tambaleó ante un diluvio de balas de ametralladora. Me sujeté con fuerza a la silla de montar, y descubrí con alivio que el brazo herido estaba en su sitio y en no muy malas condiciones. Yo creía que me lo habían arrancado de cuajo...» Ese mismo día, algo más tarde, tomaron Mezerib y cortaron el telégrafo que comunicaba al ejército palestino con su patria. Al anoecer, la cena de T. E. tuvo como iluminación las llamas de la estación incendiada. Por la noche, volaron la línea por dos sitios más allá de Shehab, y el día 17 se trasladaron a Nisib, donde destruyeron otro puente —que hacía el número setenta y nueve para T. E.— para unirse después a Joyce en Umtaiye.

Tallal el Hareidhin les prestó una valiosísima ayuda. «Nos ayudaba día y noche —escribió T. E.—; era nuestro patrocinador y nuestro apoyo en todas las poblaciones. Si no hubiera sido por su energía, su valor y su honradez, se nos habrían puesto las cosas difíciles en muchas ocasiones.» Lawrence había establecido de nuevo contacto con Salim Ahmed, o Dahoum, su protegido en la época de Karkemis, y había obtenido de él abundante y útil información

sobre los movimientos de las tropas turcas. Pero cuando decidió hacerle una visita, le encontró moribundo a causa de unas fiebres tifoideas. La muerte de Dahoum afectó a T. E. tanto como lo había hecho la muerte de sus hermanos Frank y Will, y posteriormente contribuiría a aumentar su amargura respecto a los resultados de la rebelión árabe.

Umtaiye dominaba los tres ferrocarriles de Deraa, pero era muy vulnerable a los bombardeos turcos, de modo que T. E. se trasladó al cuartel general de Allenby en Palestina para pedir refuerzos de aviones. Allí recibió buenas noticias: las tropas de Allenby, al mando de los generales Chayton, Chauvel y Barrow, habían barrido las líneas turcas. Allenby planeaba un ataque de las tropas neozelandesas de Chayton, las cuales atravesarían el Jordán y se instalarían en Amman, mientras que los australianos de Chauvel y los indios de Barrow irían a Quneitra y Deraa, para después reunirse todos en Damasco. A T. E. se le pidió que colaborara, si le era

*El coronel T. E. Lawrence a punto de partir para Azraq (Biblioteca del Congreso de Washington).*

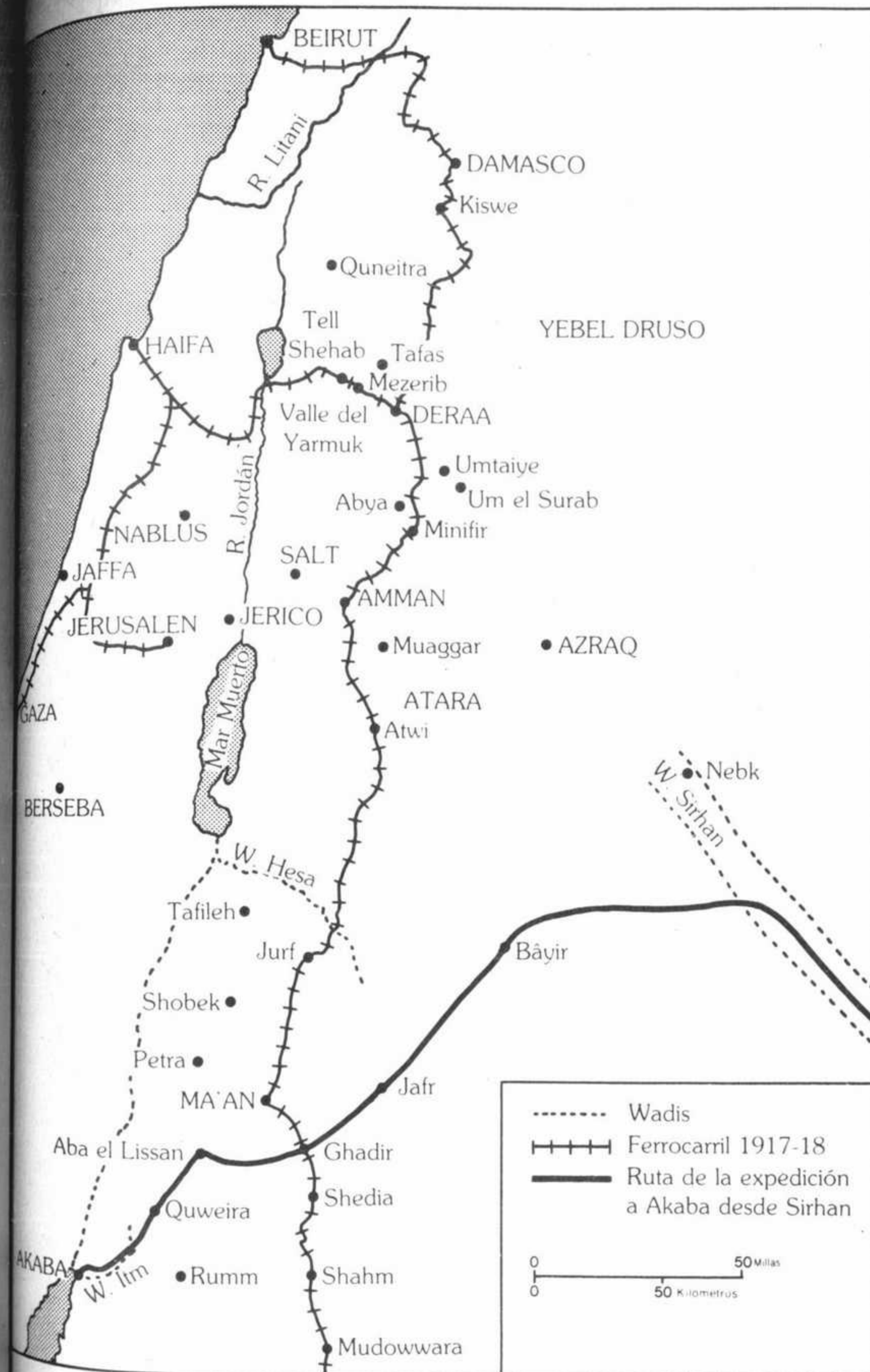


posible, pero que no intentara por sí solo el ataque a Damasco. Pusieron a su disposición tres cazas Bristol y un Handley-Page para proporcionarles asistencia técnica y combustible.

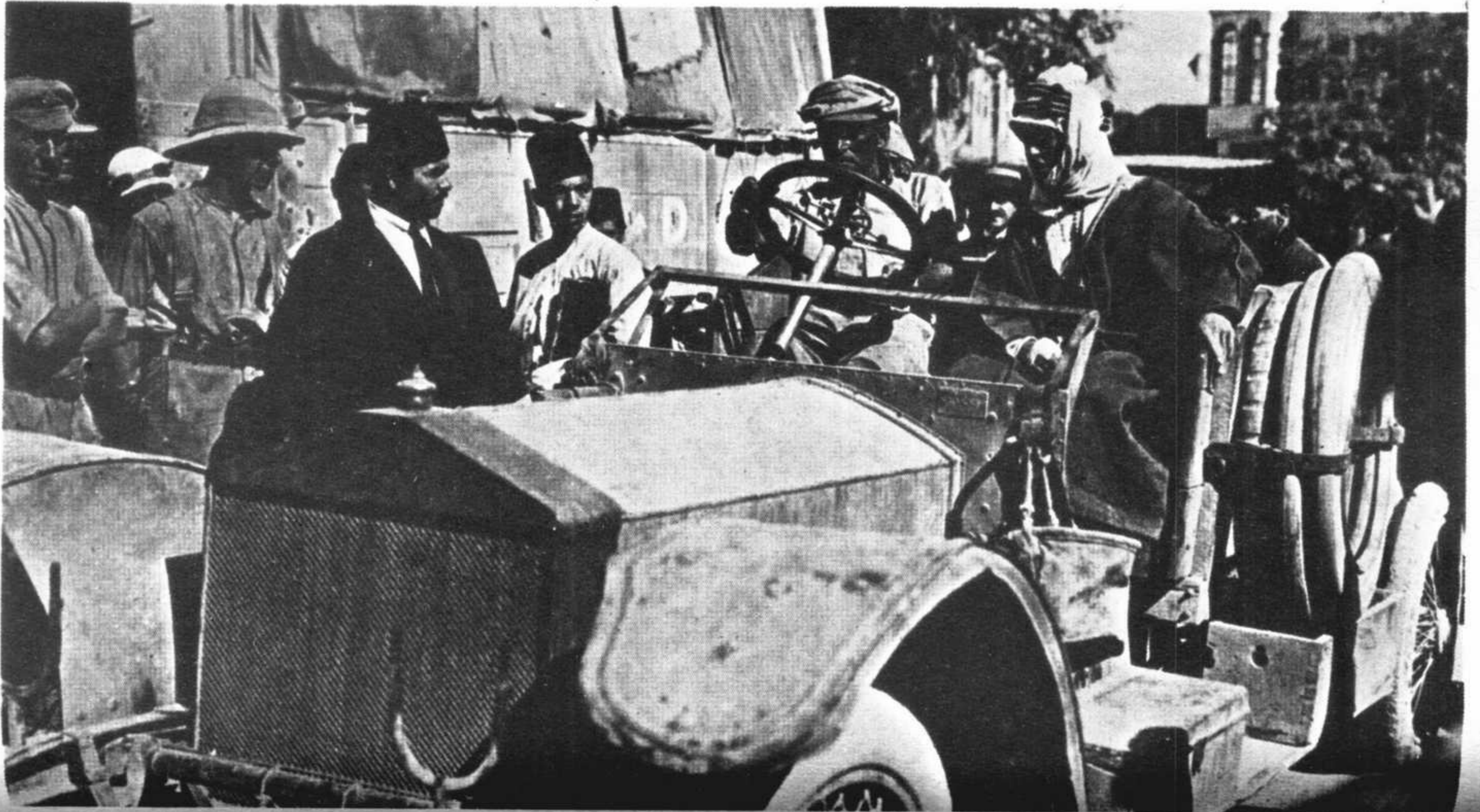
El ejército árabe se había replegado desde Umtaiye a Um el Surab, donde se les unió T. E. con los cazas Bristol el 22 de septiembre. Ya el primer día derribaron dos aviones turcos, y después de que T. E. recogiera a Feisal y a Nuri Shaalan en Azraq, llegaron a Um el Surab poco antes de que aterrizara el Handley-Page. Los árabes estaban entusiasmados; hacían disparos al aire y gritaban que aquello era en «un avión», y los demás eran tan sólo aprendices de avión.

El contingente árabe en Um el Surab contaba con unos cuatro mil hombres, y cuando el día 24 tuvieron noticias de la retirada del ejército turco de Amman, Lawrence insistió en pasar a la ofensiva una vez más. Tres días después, entraron en el poblado Sheikh Saad, mientras Tallal conquistaba Ezraa, Auda tomaba al asalto Ghazale y Nuri hacía prisioneros a cuatrocientos turcos a los que había encontrado en la ruta a Deraa.

Aviones británicos fueron portadores de más novedades: dos columnas turcas, una de cuatro hombres y otra de dos mil, se estaban retirando de Deraa y de Mezerib. T. E. y sus hombres decidieron dejar pasar a la columna más numerosa, ya que estaban físicamente exhaustos y no eran más que novecientos hombres. Pero sí podrían atacar el contingente de los dos mil turcos, por lo que se pusieron rápidamente en marcha hacia el poblado de Tallal al Hareidhin, Tafas, a donde, según sus noticias, se aproximaban aquéllos. Cuando el grupo de T. E. llegó, las tropas turcas salían del poblado, de modo que decidieron atacar de inmediato. En este mismo momento, el comandante turco de la retaguardia ordenaba el aniquilamiento de los habitantes de Tafas, y cuando Lawrence y sus hombres llegaron al pueblo, encontraron montones de cadáveres. De uno de ellos salió tambaleándose una niña de tres o cuatro años. Su delantal estaba empapado de la sangre que le brotaba de una herida producida por una lanza que le había atravesado el cuello; les pidió que no la golpearan y cayó al suelo, donde murió ante sus ojos. En el pueblo había cadáveres de niños pequeños por el suelo. Una mujer embarazada había sido salvajemente acuchillada entre las piernas con una bayoneta, y una veintena de cadáveres de mujeres habían sido colocados en una postura obscena. Uno de los árabes fue presa de una risa histérica. Tallal, desenchajado por el dolor, se había separado de ellos y, con la cabeza cubierta por su kufiya, puso su montura a galope y avanzó en solitario hacia la columna turca que se alejaba. Cuando se encontraba muy cerca

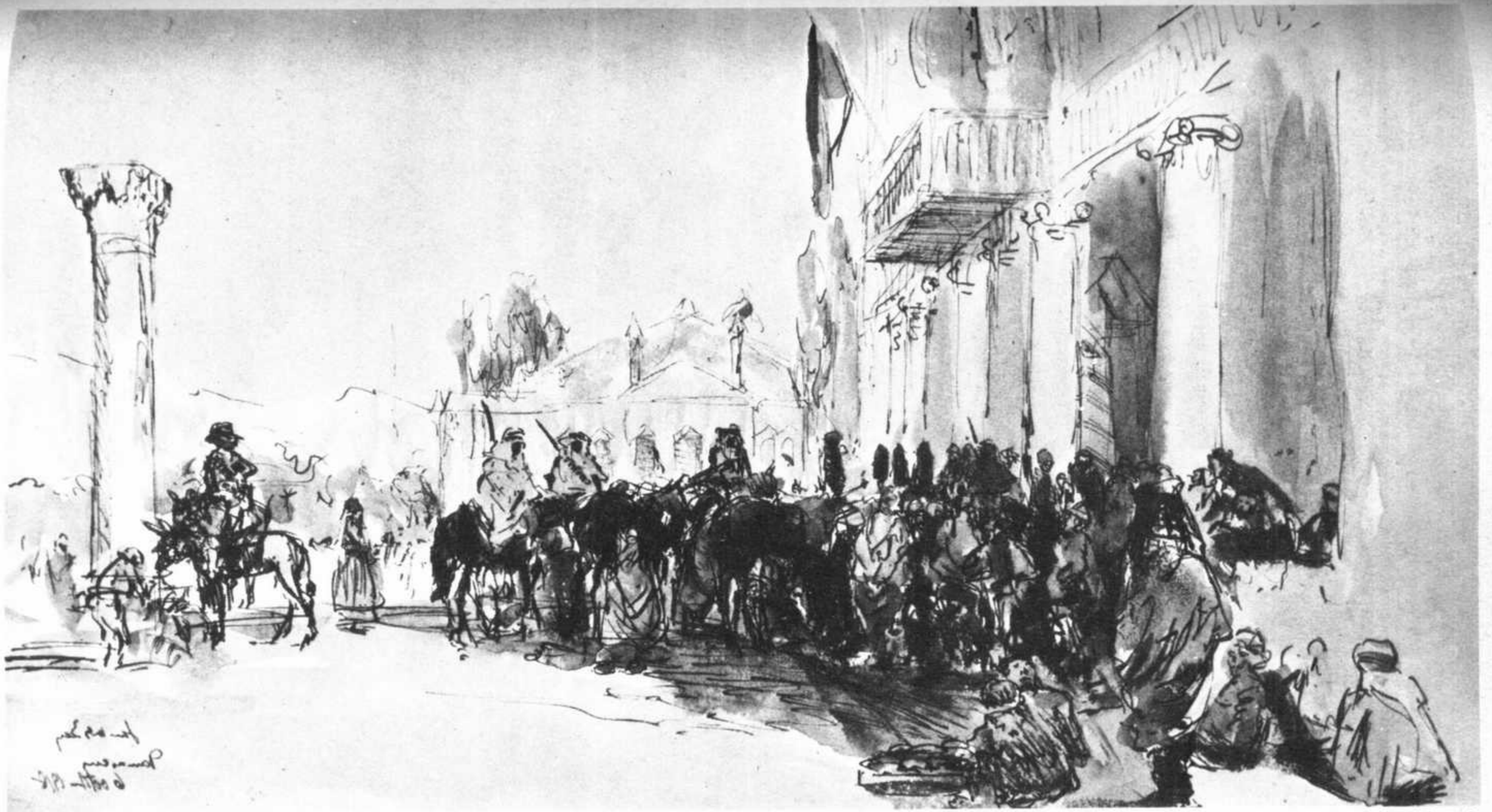


El final de la campaña Akaba a Damasco.



Llegada de T. E. Lawrence a Damasco.

Cortesía de Rolls Royce Motors



Cuartel general del ejército de Hidjaz en Damasco, según una acuarela de James McBey, 1918.

Imperial War Museum, Londres/Eileen Tweedy



del enemigo, «se irguió sobre su silla y lanzó su grito de guerra por dos veces: “¡Tallal, Tallal!”. Al instante, rifles y ametralladoras del enemigo abrieron fuego contra él y su yegua, que cayeron acribillados a balazos. Auda, frío e inexorable, exclamó: “Que Dios se apiade de él. Nosotros le vengaremos”».

Los beduinos lucharon con rabia incontrolada y, al caer la noche, habían destruido virtualmente todo el destacamento turco. Cuando acabó la batalla, T. E. fue incapaz de impedir la masacre de un grupo de prisioneros, y cuando el capitán Peake llegó con las tropas a camello, T. E. le ordenó reunir y vigilar a los turcos extraviados que encontrara.

Los hombres a caballo de Rualla habían continuado hasta tomar la estación de Deraa «con un ataque en tromba, saltando por encima de las trincheras y arrasando a los enemigos que aún intentaban defender la posición». Al entrar en Deraa a primeras horas de la mañana del día 28, T. E. encontró a Nasir ya instalado en la casa del alcalde; le ayudó a organizar una administración eficaz, y salió al encuentro del general Barrow, que avanzaba hacia Deraa, para que entrara en la ciudad como invitado de los árabes. Al día siguiente, llegó Feisal y se instaló en la estación.

El día 30 de septiembre antes del alba, Lawrence despertó a Stirling y a sus conductores, subieron a los «Blue Mist», sus ténder Rolls-Royce, y se pusieron en camino hacia Damasco. En el trayecto, adelantaron a las tropas del general Barrow que avanzaba a un paso innecesariamente cauteloso, y llegaron a la posición donde Nasir, Nuri Shaalan y Auda hostigaban al resto de los turcos que se replegaban, un contingente de unos dos mil hombres. Los turcos, finalmente, huyeron al desierto, donde, aquella noche, Auda y sus hombres acabaron con la mayoría de ellos y, cansados de matar, hicieron seiscientos prisioneros. Aquello supuso el final del Cuarto Ejército turco.

T. E. se trasladó a Kiswe, donde tenía previsto reunirse con Nasir. Al llegar el ejército de Barrow, se paseó con su uniforme árabe entre los soldados ingleses y sintió el profundo aislamiento al que había llegado, incluso entre sus compatriotas.

Hacia el mediodía, los turcos decidieron evacuar Damasco y, antes de partir, convocaron a Mohammed Said, líder argelino con el que habían establecido una alianza, para anunciarle su inminente salida. Durante algunos meses había habido en Damasco un comité de partidarios de Feisal. Shukri el Ayuli estaba presidiendo, en ausencia de su líder, una reunión especial, cuando Mohammed Said y su imprevisible hermano Abd el Kader irrumpieron en ella y tomaron el control. Al anochecer, cuando las últimas tropas turcas y



*Vista de la ciudad de Damasco.*

alemanas abandonaban Damasco, los hermanos habían formado ya un gobierno provisional.

Ignorando lo que estaba sucediendo, Lawrence y Nasir enviaron a unos jinetes árabes a Damasco para que intentaran ponerse en contacto con Shukri. A medianoche había miles de hombres armados en la ciudad y una brigada de caballería australiana había llegado a las afueras por el noroeste.

El día 31 al amanecer, Nasir y Nuri se dirigieron a Damasco y T. E. y Stirling les siguieron en coche. Su conductor recordaba más tarde las emotivas escenas de las calles llenas de gente que cantaba y gritaba hasta enronquecer, mientras algunos de los árabes hacían disparos al aire y una voz desde un minarete cercano les llamaba a oración. Lawrence escribiría que había sido «una emocionante experiencia» oír a «miles de personas aclamando mi nombre en

señal de agradecimiento». En el ayuntamiento, actuó rápidamente contra los hermanos argelinos, pues sabía que no iban a ser partidarios de confianza de Feisal y su familia. Cuando el general Chauvel llegó a la ciudad, Lawrence le comunicó el nombramiento de Shukri como gobernador en funciones y le aconsejó mantener a las tropas fuera de Damasco. Después, apoyado por Nasir, Nuri y los jinetes de Rualla, destituyó a Mohammed Said y a Abd el Kader. Posteriormente participó en la organización de una nueva administración, estableciendo las fuerzas de policía, los equipos sanitarios, las fuentes de energía, la iluminación de las calles, el abastecimiento de agua, el servicio de bomberos, la distribución de alimentos, la reapertura del ferrocarril, la nueva moneda. Por otra parte, se encargó de conseguir forraje para los cuatro mil caballos de Chauvel.

La noche del 1 de octubre, Abd el Kader intentó recuperar el poder y se registraron enfrentamientos, pero no hubo más que cinco muertos y diez heridos, y al mediodía del día 2 la calma reinaba de nuevo en la ciudad. A primeras horas de la tarde, Chauvel atravesó la ciudad a la cabeza de un gran contingente de tropas y se instaló en la casa del gobernador turco. T. E., mientras tanto, trataba de conseguir médicos para los cientos de heridos turcos que había descubierto encerrados en sus cuarteles sin la menor asistencia; después ayudó a cavar una gran fosa para enterrar a los muertos.

## 7. La causa de Feisal

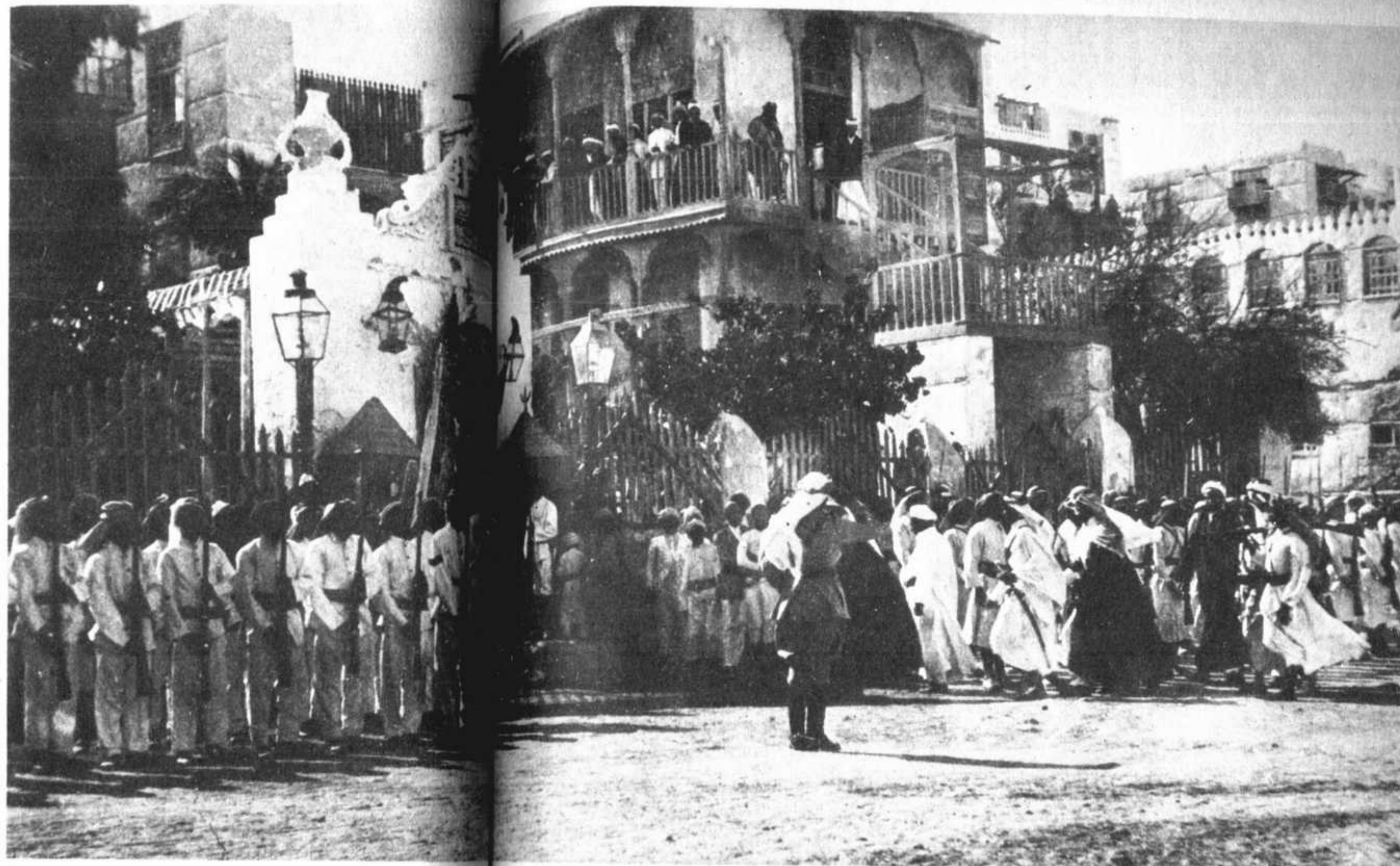
El día 3 a mediodía llegó Allenby, quien, al encontrarse con una administración árabe establecida, aceptó el *status quo* y confirmó el nombramiento de Ali Riza como gobernador militar, a las órdenes de Feisal. A las 14.00 horas, Feisal entró a galope en Damasco al frente de cuarenta o cincuenta beduinos, entre las aclamaciones de la multitud. En el hotel Victoria, con Lawrence actuando de intérprete, Allenby dijo a Feisal que Gran Bretaña y Francia reconocían el estado beligerante de las tropas árabes, y que él mismo reconocería la ocupación árabe al este del Jordán, desde Ma'an hasta Damasco, como administración militar bajo su control supremo. Cuando Allenby puso en claro que Francia tendría el protectorado de Siria, T. E. negó conocer el plan, pero consiguió que Feisal aceptara la situación, al menos hasta el final de la guerra. Una vez que Feisal abandonó la sala, T. E. se negó a trabajar con un oficial de enlace francés; dijo que le correspondía un permiso y que quería disfrutarlo. Allenby se lo concedió, y T. E., que corría peligro de ser asesinado desde su entrada en Damasco, salió para El Cairo.

Lawrence había llevado lejos a los árabes, y sus compañeros oficiales eran conscientes de que conseguir la rebelión de la familia de Hussein contra el dominio turco y culminar el levantamiento con la toma de Damasco, era algo que ningún otro habría logrado, ni siquiera con todo el oro del mundo. El propio Allenby escribió a propósito de esto: «Su cooperación se caracterizó por la más absoluta lealtad, y solamente tengo alabanzas para él y su trabajo, que tuvo en toda la campaña un valor inestimable.» Pero, por entonces, la guerra en Oriente Medio y en Europa virtualmente había acabado. Pronto llegaría el momento de las negociaciones y los acuerdos, y Lawrence escribió en el hotel Grand Continental de El Cairo: «Me pregunto qué piensan hacer las grandes potencias con los árabes...»

Pero no quería quedarse sólo en hacerse preguntas. Como hemos visto, Lawrence conocía desde hacía tiempo el acuerdo

Llegada del rey Hussein al palacio del gobernador de Jidda el día de la independencia (1918).

Imperial War Museum, Londres



Sykes-Picot para dividir el Oriente Medio y repartirlo entre Francia y Gran Bretaña. Desde principios de 1918 conocía también la Declaración Balfour, por la que el ministro de Asuntos Exteriores había anunciado que el Gobierno británico veía favorablemente la creación en Palestina de una patria para los judíos. De acuerdo con los sionistas, un protectorado británico reemplazaría a la administración internacional de Palestina prevista en el acuerdo Sykes-Picot, aunque precisando que no se haría nada que pudiera perjudicar «los derechos civiles o religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina».

Lawrence es, aún hoy, acusado por muchos árabes de haber ayudado a crear el Estado de Israel. Merece la pena recordar que él no intervino en la Declaración Balfour en 1917; y nadie podía prever las virulentas actitudes antijudías que iban a desencadenarse en Europa central y que obligaron a emigrar a gran número de judíos a Israel; además, era prácticamente inconcebible que, al cabo de treinta años, un futuro gobierno británico consintiera que

terroristas sionistas acabaran con su mandato. T. E. pensaba, desde luego, que los judíos podrían ejercer una influencia positiva sobre el mundo árabe, al que extenderían su riqueza y su cultura; pero su opinión era la de que nunca debería permitirse que los judíos llegaran a ser demasiado fuertes.

Por entonces, él conocía el acuerdo Sykes-Picot y la Declaración Balfour, pero también la Declaración de Los Siete —un grupo de nacionalistas sirios—, según la cual en junio de 1918 Gran Bretaña había prometido la soberanía árabe sobre el territorio capturado por ejércitos árabes. El 20 de octubre, con el fin de la Guerra Mundial ya a la vista, Lawrence se encontraba en Londres ante el rey Jorge V para comunicarle que, mientras los británicos no cumplieran las promesas hechas a los árabes, no podía aceptar las insignias de la Orden de Bath y de la Orden de Servicios Distinguidos que le habían sido concedidas durante la guerra. Nueve días más tarde, asistió a la reunión del Consejo de Guerra y defendió las tesis de los propios árabes. En el informe que le encargaron escribir



Lord Allenby, el emir Feisal y Lloyd George en el Guildhall de Londres, en 1919.

insistió en que se nombrara rey de Siria a Feisal, desafiando así las ambiciones colonialistas francesas, y en que se reconociera un gobierno árabe en Irak, aunque sólo fuera nominalmente. Días más tarde, envió un telegrama a Feisal proponiéndole que asistiera a la Conferencia de Paz de París en representación del rey Hussein.

La causa de Feisal había hecho progresos en Oriente Medio. La bandera de Hidjaz ondeaba en el palacio del gobernador de Beirut. Ante las protestas francesas, las tropas de Allenby la retiraron. Pero esto trajo como consecuencia el peligro inmediato de levantamientos árabes, esta vez contra los aliados. Así pues, se ordenó a los pregoneros de toda Arabia anunciar que los pueblos liberados del dominio turco podrían crear sus propios gobiernos nacionales.

Feisal viajó a Francia y después se trasladó a Inglaterra, donde fue recibido por el ministro de Asuntos Exteriores, Balfour, y por el rey Jorge V. A principios de diciembre, en una reunión entre Feisal, Lawrence y Weizmann, líder sionista, el primero aceptó admitir a cuatro o cinco millones de judíos en Palestina, que tomarían parte en el gobierno, pero sin usurpar los derechos de los árabes. A cambio de esto, él recibiría dinero y asesores judíos que le ayudarían en Siria. Cuando el 3 de enero se firmó el documento oficial, Feisal añadió una estipulación según la cual todo quedaba condicionado a que los árabes recibiesen la libertad prometida. Cinco días más tarde, T. E. escribió una carta a un amigo en la que

Arthur J. Balfour, secretario de Asuntos Exteriores británico en 1919. Balfour abogó en favor de la creación de una patria para los judíos en Palestina.



anunciaba su viaje a París y comentaba que todo estaba equilibrado.

A pesar de las preocupaciones que en ocasiones le habían atormentado, T. E. veía ahora la posibilidad de cumplir sus promesas a los árabes, y trabajaba apasionadamente para conseguirlo. En París dio a todos la impresión de ser un hombre en plenitud de facultades, «sin traicionarse nunca a sí mismo». J. M. Keynes escribiría más tarde que por entonces T. E. controlaba perfectamente sus nervios y era «tan normal como la mayoría de nosotros en sus reacciones hacia el mundo. Por supuesto, destacaba por su frialdad y por su mezcla de interés y disgusto por la publicidad, pero en cuanto a los nervios, estaba en forma». Winston Churchill escribiría más tarde cómo «llamaban la atención sus rasgos nobles, sus labios perfectamente cincelados y sus ojos brillantes cargados de fuego y comprensión. Parecía lo que era: uno de los grandes príncipes de la naturaleza».

Durante la primera sesión de la conferencia, Balfour olvidó pedir que se nombraran delegados de Hidjaz; pero aquella noche T. E. cenó con Balfour, mientras un amigo suyo lo hacía con Lloyd George, y al día siguiente tenían asegurados dos delegados. El presidente de los Estados Unidos, Wilson, se comprometió con el ideal de la autodeterminación, y hacia finales de enero, T. E. escribió en su diario que la campaña para conseguir la cooperación americana en Oriente Medio iba por buen camino. En una carta a

Colegio mayor All Souls, en Oxford. T. E. trabajó allí en su libro *Seven Pillars of Wisdom*, a través del cual, y en palabras de Churchill, «se aprecia una mente, un alma y una voluntad. Una aventura épica, un prodigio, un cuento atormentado y, en el corazón de todo..., un hombre.»

Lawrence junto al editor norteamericano F. N. Doubleday, a quien conoció en París en 1919. Doubleday narra así su encuentro: «A mi lado estaba sentado un hombre de aspecto juvenil, de unos 27 ó 28 años, que hablaba con brillantez y con quien entablé amistad, como a veces ocurre en tales ocasiones (aunque no con un inglés).»



sus padres, decía: «He concedido largas entrevistas a diez periodistas norteamericanos. También he hablado con el presidente Wilson y otras personas de influencia...» A finales de marzo, la Conferencia había creado una Comisión de Investigación para Siria, con el fin de averiguar el tipo de gobierno que sus pobladores deseaban. Geoffrey Dawson, director de *The Times*, que compartía muchas de las opiniones de Lawrence sobre Oriente Medio, le comentó que sería fácil conseguir su nombramiento como profesor del colegio mayor All Souls, puesto en el que, después de haber terminado satisfactoriamente el trabajo que entonces le ocupaba, podría escribir sobre la guerra del desierto. A T. E. le agradó la idea, y Dawson



utilizó sus influencias para que fuera nombrado profesor aquel mismo año.

Los franceses, sin embargo, sabotearon la comisión negándose a nombrar representantes. Los dos delegados británicos y los dos americanos llegaron a ir a Siria, pero los primeros desistieron cuando se hizo patente que los franceses no cooperarían. Hogarth fue uno de ellos, y según sus propias palabras, «me encontraba descorazonado por todo aquel fiasco que ponía un triste final a cuatro años de trabajo... Odio la idea de volver a pisar tierra árabe otra vez».

A comienzos de abril, T. E. recibió malas noticias de su casa: su

padre había muerto de neumonía después de haber contraído la gripe española que estaba asolando Europa. Meinertzhagen, que mantuvo conversaciones con él en París, le encontró completamente deprimido; daba a entender con sus palabras que si escribía la verdad sobre el papel de los británicos en Arabia, se desacreditaría totalmente. Por fin, las demandas de Feisal fueron oficialmente atendidas en París. Este recitó un capítulo del Corán, verso a verso, mientras T. E., actuando aparentemente de intérprete, hacía los comentarios pertinentes. Pero no fue suficiente. No se tomó ninguna decisión en espera del informe de los dos representantes norteamericanos de la Comisión a Siria, los cuales habían decidido continuar a pesar de la oposición de los franceses. Feisal, entonces, regresó a Siria en espera de acontecimientos.

Lawrence decidió viajar a El Cairo al objeto de recoger los documentos que necesitaba para escribir la obra que le había sido propuesta. Pero el avión en que viajaba se estrelló en Centocelle, Italia. El piloto resultó muerto y T. E. sufrió rotura de costillas y clavícula y una grave conmoción cerebral. Más tarde describiría vívidamente sus sensaciones: «Cuando un avión se dispara hacia abajo sin control, su tripulación se agarra con desesperación a los asientos, durante minutos que parecen años, en espera del desenlace; pero la suavidad de aquella prolongada inmersión continúa hasta su tumba. Solamente los supervivientes conocen los momentos posteriores al dolor.» Cuando llegó a Egipto averiguó que los franceses e incluso el Ministerio de Asuntos Exteriores británico sospechaban que se habían trasladado a Siria para promover conflictos.

De regreso a París, trabajó con frenesí hasta el punto de escribir treinta mil palabras en veinticuatro horas. El libro se titularía *Seven Pillars of Wisdom* (*Siete columnas de sabiduría*), igual que el libro de viajes que había escrito en Karkemis antes de la guerra, pero que fue destruido. En recuerdo de aquellos días dedicó el libro a «S. A.», probablemente en memoria de Salim Ahmed, aunque la A. podría significar Arabia. Para desorientar a sus futuros biógrafos, no dio ninguna pista para esclarecer este tema, que ha sido objeto de especulaciones en capítulos enteros.

Según iba escribiendo, comparaba sus esperanzas con sus logros, consiguiendo sumergirse en una profunda depresión cuando cosas a las que se había enfrentado hacía tiempo adquirían una nueva significación. Habló a Meinertzhagen no solamente sobre su

Retrato de T. E. Lawrence, por Augustus John.



National Portrait Gallery, Londres

implicación en una gran mentira, sino también sobre su lucha entre la luz y la más completa oscuridad; le comentó confidencialmente que su padre y su madre no estaban casados y cómo había sido afrentado por los turcos en Deraa.

Entonces llegaron noticias alentadoras, ya que la Comisión americana dictaminó que tanto el mandato francés en Siria como la creación de un Estado judío en Palestina o un prolongado gobierno de los británicos en Irak serían completamente inaceptables.

T. E. acabó el primer borrador de su libro a finales de agosto, y entonces comenzó a sentir deseos de llevar a cabo el plan que concibiera cuando era estudiante respecto de fundar una imprenta con Vyvyan Richards. Compró un terreno en Pole Hill, Chingford, y escribió una carta a Richards en la que le decía que se encontraba

*Nesib el Bekri y T. E. Lawrence, fotografiados por Lowell Thomas en Akaba, 1918.*



mucho más sereno. Poco después, escribió al periódico *The Times* pidiendo que se tuvieran en cuenta las opiniones árabes y que les concedieran cauces de expresión.

Gran Bretaña y Francia, sin embargo, estaban tratando una vez más el reparto del Medio Oriente, y el 13 de septiembre de 1919 Lloyd George y Clemenceau llegaron a un acuerdo: las tropas británicas se retirarían de Cilicia, Siria y Líbano como paso previo a la ocupación francesa de toda Siria; por su parte, Gran Bretaña obtendría el mandato de Palestina, Irak y Transjordania. Ante esto, Feisal se trasladó a Londres y protestó enérgicamente. Se pidió entonces a Lawrence que persuadiera a Feisal para que aceptara el acuerdo, pero entonces éste dijo a lord Curzon que él no intervendría a menos que se garantizara a Feisal un gobierno árabe de carácter local en Mesopotamia, y señaló que «debería concederse a Feisal el gobierno de Damasco y Deraa».

En octubre, el plan elaborado por el profesor William Yale, de la Comisión americana en París, supuso para T. E. una renovada esperanza, ya que proponía la concesión a la mayoría de los Estados árabes de un alto nivel de autogobierno. Se crearían dos Estados árabes en Mesopotamia como protectorados británicos, y se establecería otro en Siria, gobernado por Feisal, como protectorado francés. Gran Bretaña tendría el mandato de Palestina, donde no se permitiría asentarse a los sionistas, y Francia recibiría el mandato del Líbano.

Durante algún tiempo pareció que el Gobierno británico estaba dispuesto a aceptar el plan de Yale, y T. E. escribió una carta a Lloyd George mostrando su satisfacción por poder zanjar el asunto con las manos limpias. Pero el plan fue finalmente rechazado. Feisal llegó a un acuerdo unilateral con Clemenceau que le permitía mantener Damasco y el interior, y en abril los aliados concedieron oficialmente a Francia el mandato de Siria.

En Londres había comenzado a hacerse popular el apelativo de T. E. como «Lawrence de Arabia», tras una serie de conferencias del periodista americano Lowell Thomas que tuvieron tanto éxito que se llenó el Albert Hall. T. E. asistió al menos en cinco ocasiones, sin ser anunciado, y fue mudo testigo de muestras de admiración hacia su persona. Respecto a su creciente fama, mantenía una compleja actitud: por una parte, reacción humana natural, le gustaba y le divertía. Se negó a aclarar a Lowe Thomas si las anécdotas que se oían sobre él eran ciertas o no: la creación de una leyenda le entretenía. En diciembre de 1919, comentó en la posdata de una carta dirigida a Lionel Curtis, un amigo de Oxford, que había recibido de América una oferta de 12.000 dólares por presentarse al

público en actos sociales, pero que la había rechazado. Sin embargo, mientras duró el «hechizo», la gente le compraba como a un libro muy caro: «Se produce una terrible crisis financiera y a mí intentan atraerme por dinero en todas partes.» Pero por otro lado, y cada vez en mayor medida, su fama le asqueaba porque pensaba que estaba basada en una idea falsa sobre su éxito. En febrero de 1920 dijo al coronel Newcombe que en la historia del mundo (edición barata) él era un Aladino sublimado; pero «a los ojos de los que me conocen, fracasé al intentar una labor que con más decisión habría sido seguramente cumplida, o dejada intacta». Al año siguiente, escribía a un conferenciante: «Cuanto más se habla de mí, menos tranquila es mi vida, y como yo no quiero conseguir dinero de mi propio mito, la diversión es unilateral.»

Lawrence se encontraba por entonces en el colegio mayor All Souls, donde conoció a Robert Graves en un acto social a principios de 1920. T. E. sentía gran admiración por los escritores, y Graves pudo presentarle más adelante a Sassoon, Blunden y Hardy. Graves entabló una amistad con Lawrence que le sería después de gran ayuda en momentos de dificultades económicas. Visitó las habitaciones de T. E. en el colegio mayor, donde éste tenía, entre otras cosas, algunos buenos libros, tres alfombrillas de oración árabes, la campana de la estación de Tell el Shalim y un soldadito de barro que había cogido en la tumba de un niño en Karkemis. Otros invitados de T. E. comentaron que los profesores de más edad apreciaban su animada compañía. Debieron mostrarse muy sorprendidos cuando una mañana, al despertar, se encontraron con una bandera roja de Hidjaz ondeando en un pináculo.

La situación en Oriente Medio empeoraba. Se produjo una rebelión árabe contra el gobierno que los británicos habían establecido en Irak. El coronel Lawrence escribió más cartas a los periódicos en las que sugería que si Irak se convertía en un «Dominio Brown» y permitía a Inglaterra comprar su petróleo, se acabaría rápidamente con la pérdida de vidas humanas y de dinero, que suponía un promedio de unos diez millones de libras cada cuatro meses, el coste total de la rebelión árabe inicial. También discutió con sir Hugh Trenchard, jefe del Estado Mayor del Ejército del Aire, el plan de Winston Churchill para controlar Irak desde el aire, idea que satisfacía a Lawrence. Pero no se hizo nada de eso y pronto llegaron malas noticias, esta vez de Siria. En abril de 1920 se publicaron los detalles del acuerdo franco-británico y esto dio origen a varios ataques árabes contra establecimientos franceses. En represalia, los franceses avanzaron hacia Damasco, y a finales de julio expulsaron a Feisal.



El escritor Robert Graves.

T. E. quedó muy deprimido, y se acusó a sí mismo por lo que había ocurrido. Durante este período pasaba con frecuencia mañanas enteras sentado sin moverse ni hablar en la casa de su madre, en Polstad Road. Todo aquello por lo que había luchado parecía haberse destruido. Más aún, a finales de 1919 perdió la mayor parte del primer borrador de *Seven Pillars of Wisdom* al cambiar de tren en la estación de Reading. Puso un anuncio ofreciendo una recompensa por la devolución del manuscrito, pero no hubo respuesta. En 1920 escribió y corrigió una nueva versión, y ello le hizo hundirse aún más en su estado de introspección melancólica. Se sentía vencido y pensaba que el destino no tenía nada que ofrecerle. Al releer el diario que había escrito durante la guerra, recordó una poesía de W. W. Henley, y añadió: «En Damasco, cuando se hizo silencio para la oración, comprendí que yo era como una herramienta gastada que yace oculta bajo el banco de trabajo, rechazada para siempre por el maestro.» En su nueva versión de





BBC Hulton Picture Library, Londres

*Seven Pillars* escribió que toda ambición personal había muerto en él antes de su entrada triunfal en Damasco. Pero Churchill, que le conocía bien, opinaba que fue la terrible experiencia de comprobar la incapacidad de sus amigos árabes lo que le afectó. «Su naturaleza había estado sujeta a las más extraordinarias tensiones durante la guerra, pero entonces su espíritu le había mantenido. Ahora era su espíritu el que se hallaba herido.»

Finalmente, las opiniones de T. E. sobre Irak recibieron apoyo. Se encargó a sir Percy Cox la formación de un gobierno árabe provisional, y Oriente Medio fue puesto en manos de Winston Churchill en la Oficina Colonial. Churchill buscaba la colaboración de Lawrence y le argumentó con vigor que no veía justificable su amargura por el trato que los árabes habían recibido mientras no agotara sus esfuerzos para conseguir mejorar su situación. Así pues, T. E. entró a formar parte, en calidad de oficial asesor, del Departamento para Oriente Medio dirigido por Churchill.

Feisal llegó a Londres en diciembre de 1920 y Lawrence contribuyó a convencerle extraoficialmente para que aceptara el reino de Irak. En marzo del año siguiente se celebró una conferencia oficial en El Cairo. Las decisiones principales ya habían sido tomadas, pero aún había muchos aspectos que delimitar; sin embargo, poco después de la apertura de la Conferencia, el tercer hijo de Hussein, Abdulla, complicó las cosas al dirigirse repentina e inesperadamente a Amman anunciando que liberaría Siria y restauraría a Feisal. Churchill y Lawrence decidieron permitir a Abdulla formar gobierno en Transjordania si él aceptaba un acuerdo general. T. E. fue enviado a Salt para reunirse con Abdulla y mantener con él conversaciones privadas. Pasó ocho días en Amman, viviendo con Abdulla en su campamento, y lo encontró todo casi como en tiempos de guerra, «con cientos de beduinos yendo y viniendo de un lado para otro, y una atmósfera general de novedad en el aire». La reunión tuvo éxito y Abdulla aceptó las propuestas de Churchill-Lawrence en una reunión formal en Jerusalén. T. E. y Gertrude Bell ayudaron a idear un procedimiento para la coronación de Feisal como rey de Irak, y más adelante, aquel mismo año, Feisal fue elegido por el 98,6 % de los votantes.

Pero el trabajo todavía no estaba acabado. En julio de 1921, Lawrence salió de Gran Bretaña con poderes plenipotenciarios con

◀ Grupo de participantes en la Conferencia de El Cairo, en el que podemos ver a Gertrud Bell (segunda de la izquierda en la segunda fila), T. E. Lawrence (cuarto por la derecha en la misma fila) y Churchill (en el centro de la primera) con Sir Herbert Samuel a su derecha.



◀ Encuentro entre Lawrence y Abdulla en Salt, el año 1921.

el gran sello de Inglaterra para negociar con Hussein, que se negaba a aceptar el acuerdo de El Cairo. T. E. no consiguió hacer progresos con Hussein y fue enviado a Jordania, donde se había producido una crisis debido a las protestas francesas en el sentido de que el país estaba siendo utilizado como base para ataques guerrilleros. Los franceses habían solicitado la entrega de algunos nacionalistas árabes, y Abdulla estaba dispuesto a renunciar a su nuevo reino. Pero T. E. animó a Abdulla a permanecer en su cargo y a rechazar los requerimientos de los franceses. Churchill estaba encantado con Lawrence, que utilizaba sus poderes con vigor, trasladaba oficiales con buen criterio, utilizaba la fuerza cuando era necesario y, finalmente, conseguía restaurar la calma.

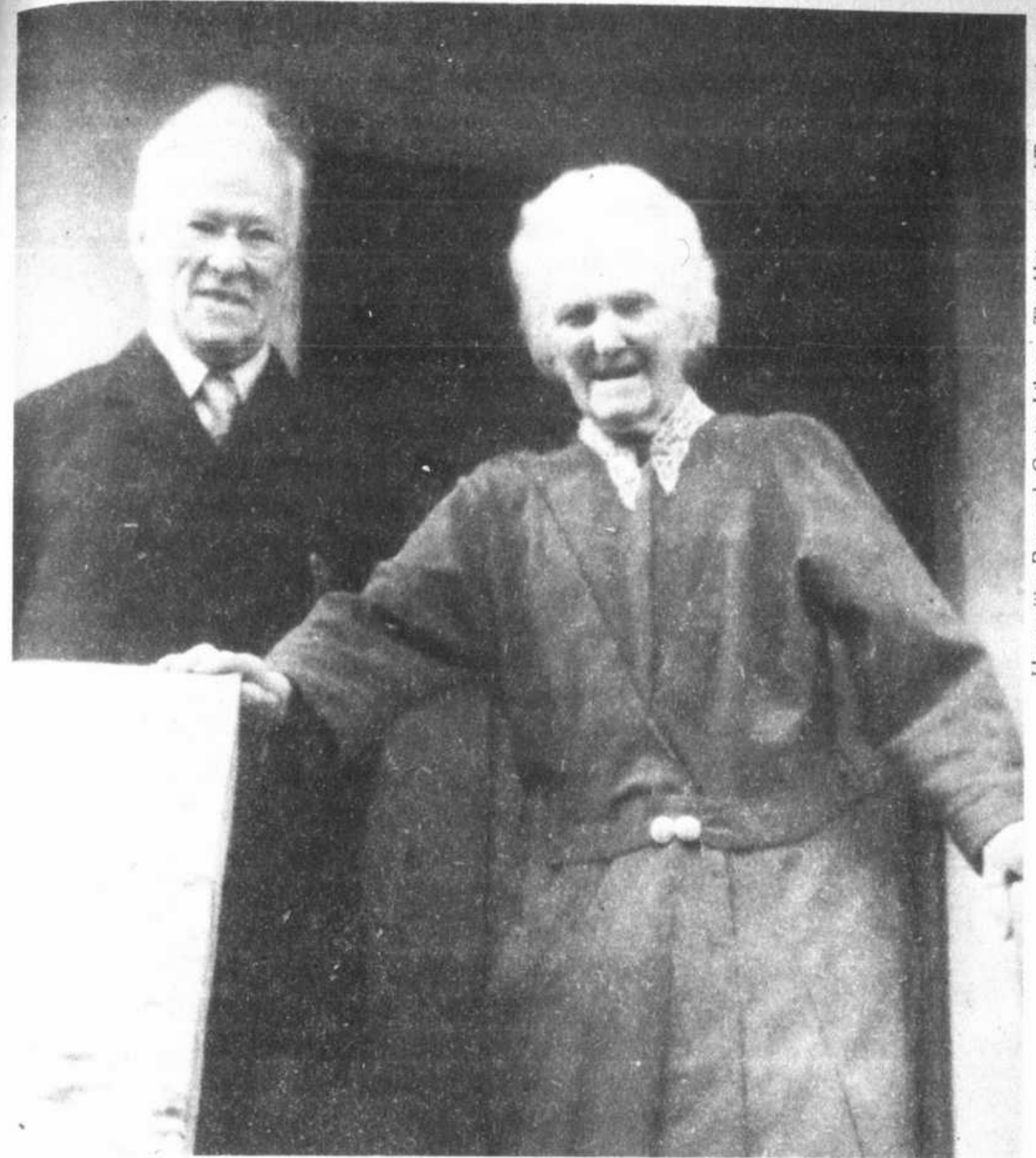
Había entonces gobiernos árabes seguros en Transjordania e Irak, y Hussein gobernaba en La Meca. T. E., que había hecho todo lo humanamente posible para cumplir las promesas de los británicos a los árabes, pensó que no pasarían muchos años antes de que los nacionalistas árabes expulsaran a los franceses de Siria. Pero el acuerdo no se había producido inmediatamente después de la victoria, y su experiencia sobre los poderes políticos hizo a T. E. sentirse incómodo en el departamento de Oriente Medio. Churchill se negó a aceptar su dimisión durante algunos meses, pero finalmente cedió. En su carta de dimisión, escrita el 4 de julio de 1922, T. E. escribió: «No creo necesario afirmar que estoy siempre a su disposición en caso de que alguna crisis o alguna misión, grande o pequeña, hagan necesarios mis servicios.»

## 8. Años de angustia

Utilizando como base el ático de la oficina de un amigo en Barton Street, Londres, Lawrence se puso a trabajar de nuevo en su libro. Dormía durante el día y trabajaba por la noche, comía en las estaciones y ocasionalmente pasaba la noche en algún hotel cuando necesitaba que le lavaran la ropa. No había conseguido ni la paz ni el descanso que necesitaba para recuperarse de las tensiones de los últimos cuatro años, y tenía la impresión de que sus recientes éxitos diplomáticos no tenían ningún valor en comparación con su «fraudulento» papel en la campaña árabe.

Considerándose un impostor, se despreciaba a sí mismo, y su desprecio por las cosas físicas era tal que llegó a sentir que incluso comer era una experiencia vergonzosa. Los sentimientos de culpabilidad por ser hijo natural y la humillación de su experiencia en Deraa le dominaban y le hacían pensar que no merecía ser feliz. Escribió a su madre diciéndole que su estancia en Barton Street era «en general demasiado agradable como para permitirme a mí mismo estar aquí mucho tiempo», y añadió, dando muestras de evidente neurosis, que era difícil estar solo excepto entre la multitud, y que incluso allí, cualquier roce era suficiente para desperdiciar «toda la virtud que se había acumulado». El doctor E. H. R. Altounyan, viejo amigo de los tiempos de Karkemis, consiguió localizarle y le encontró dominado por el sentimiento de que ya no podía controlar su vida.

No hay más que leer *Seven Pillars of Wisdom* para encontrar la clave de lo que hizo después. Habla de haber perdido la ambición por las dignidades temporales debido a la falsedad de su situación. Escribe con admiración sobre los ageylíes, que encuentran placer en la subordinación y prefieren ser más ricos en experiencia que en autoridad; entregan sus vidas a un ideal común y trascienden así lo meramente personal. Lawrence escribe también sobre la certeza de la degradación, y sobre un nivel animal por debajo del cual no puede caerse, añadiendo: «Solamente la debilidad me impidió suicidarme, idea que asfixiaba mi mente enfebrecida.» El



*Sarah Lawrence con su hijo mayor, el Dr. Bob Lawrence. Cuando T. E. murió, ambos se encontraban recorriendo el río Yangtsé, en China, tras haber trabajado allí durante algún tiempo como misioneros. Sarah era una mujer dominante en muchos aspectos. Durante toda su vida estuvo atormentada con la idea de que, por haber vivido con el marido de otra mujer, nadie podía amarla. Incluso en su lecho de muerte tuvo necesidad de confortarse con el pensamiento de que «Dios odia el pecado, pero ama al pecador».*

servicio y la disciplina, pensó, serían «elementos que aliviarían mi mente y fortalecerían mi voluntad».

Pidió a Trenchard que le permitiera entrar a formar parte de la R. A. F. como soldado, argumentando que mientras trabajaba en *Seven Pillars* había descubierto su vena de escritor y que quería escribir un libro sobre las fuerzas aéreas. La idea de escribir este

libro le atraía realmente; preveía un gran futuro para la aviación y se sentía emocionalmente ligado a ella después de la muerte de su hermano Will en acto de servicio. Se ha sugerido con frecuencia que T. E. consideraba la R. A. F. como una especie de monasterio secular. En 1923 escribió: «¿Creéis que ha habido muchos legos de mi secta?», y, desde luego, él tenía las tendencias ascéticas de un monje. Pero el motivo principal de su ingreso en la R. A. F. fue ciertamente el que él mismo citaría con estas palabras: «Creo que tuve una grave depresión.»

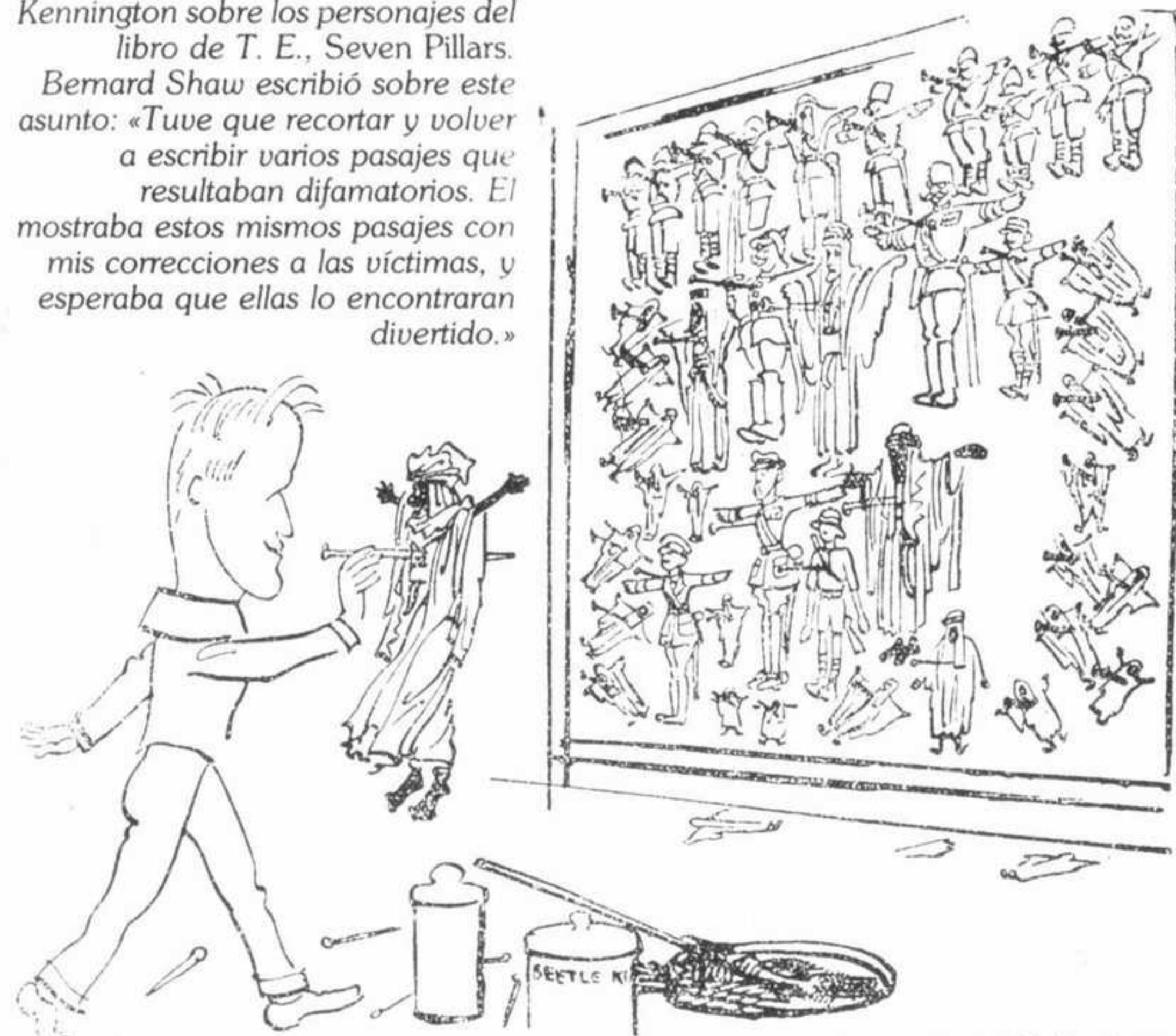
Tampoco estaba físicamente en buenas condiciones, y cuando se alistó bajo el nombre de John Hume Ross, el general de aviación sir Oliver Swan tuvo que enviar una carta especial para conseguir que pasara el reconocimiento médico. Fue destinado al centro de entrenamiento de Uxbridge, donde la primera tarde se sintió inseguro entre aquella multitud de hombres «que parecían todos amigos» sobre las pistas del campamento. Se fue a su barracón y se tumbó en la cama, temeroso, preguntándose cómo acabaría esta experiencia y si podría «poner fin a su guerra interior y llevar una vida diáfana que todo el mundo pudiera entender». Poco después entraron en el barracón otros hombres que organizaron una trifulca. T. E. los encontró duros, pero animosos.

Las primeras semanas se dedicaron a la preparación física y a los servicios mecánicos. Se encargaba a los reclutas tareas inútiles para mantenerles ocupados; pintaban las cosas que se oxidaban una y otra vez porque no disponían de cepillos de alambre; sacos que contenían carne congelada y que habían llegado a la carnicería, fueron cuidadosamente hervidos y limpiados para ser después tirados por inservibles; además, la instrucción era innecesariamente dura. Jock Chambers, amigo de T. E. en la R. A. F., explicaba esta severidad por el hecho de que los reclutas del grupo anterior habían tomado al ayudante de instrucción, Stiffy, por un falso soldado y le habían dado una paliza. Se produjo un gran escándalo y T. E. había llegado a Uxbridge cuando se sufrían las consecuencias.

A «Ross» le ocurrieron cosas graciosas. Una vez, estaba tomando notas sobre su vida en Uxbridge cuando se le cayó del cuaderno el nombramiento de ministro plenipotenciario a nombre de Lawrence. «¿Qué es eso?», preguntó Peter con curiosidad. «Mi certificado de nacimiento», respondió Lawrence con una rapidez sospechosa, mientras lo escondía con disimulo. En otra ocasión, cogió por casualidad una carta del bolsillo de su mono, que estaba endurecido y apestaba después de haber estado limpiando un pozo negro, y al abrirla se encontró con una oferta para ser director de una revista literaria: *Belles-Letres*.

La vida era dura, y no se la hacían más fácil por el hecho de que su accidente de avión en Italia le hubiera causado heridas como consecuencia de las cuales la respiración se le hacía difícil y dolorosa después de mucho ejercicio. Pero él comenzó a sentir interiormente en su relación con los otros hombres de las fuerzas aéreas algo que le calmaba y le curaba. En un acto religioso en el que el capellán castrense leyó un texto sobre el conflicto entre la carne y el espíritu, él sintió con alegría que se encontraba entre unos hombres «demasiado saludables para contagiarse de esa enfermedad antítesis griega. Una vida sin dudas es armonía». Después del último día de servicios mecánicos, cuando volvía a casa con sus compañeros en el remolque de un camión, se encontró a sí mismo «sentado en cuclillas con las manos sobre la cara llorando como un niño... Yo intentaba pensar si era feliz, por qué era feliz y qué significaba aquel sentimiento abrumador de haber llegado a casa por fin, después de un viaje interminable».

«Un método literario»: comentario gráfico realizado por Eric Kennington sobre los personajes del libro de T. E., *Seven Pillars*. Bernard Shaw escribió sobre este asunto: «Tuve que recortar y volver a escribir varios pasajes que resultaban difamatorios. El mostraba estos mismos pasajes con mis correcciones a las víctimas, y esperaba que ellas lo encontraran divertido.»



Después de seis semanas en Depot, «Ross» fue destinado a la escuela de fotografía de la R. A. F. en Farnborough. Los compañeros de su barracón le dieron una fiesta de despedida, y él se dio cuenta de que ya nunca tendría miedo de los hombres porque había aprendido a solidarizarse con ellos. Escribió una carta al general del aire ya mencionado, en la que decía: «Tengo la curiosa sensación de que aquí hay que hacer un espectáculo de primera clase, y estoy trabajando ahora principalmente para contribuir a que continúe.»

Edward Garnett, crítico literario amigo de Lawrence que más tarde publicaría sus cartas, trabajaba por entonces en una edición resumida de *Seven Pillars*, mientras el artista Eric Kennington se encargaba de hacer retratos a los personajes más importantes. T. E. mantenía correspondencia con George Bernard Shaw y con su



London News Agency

Charlotte Shaw fotografiada por su marido.



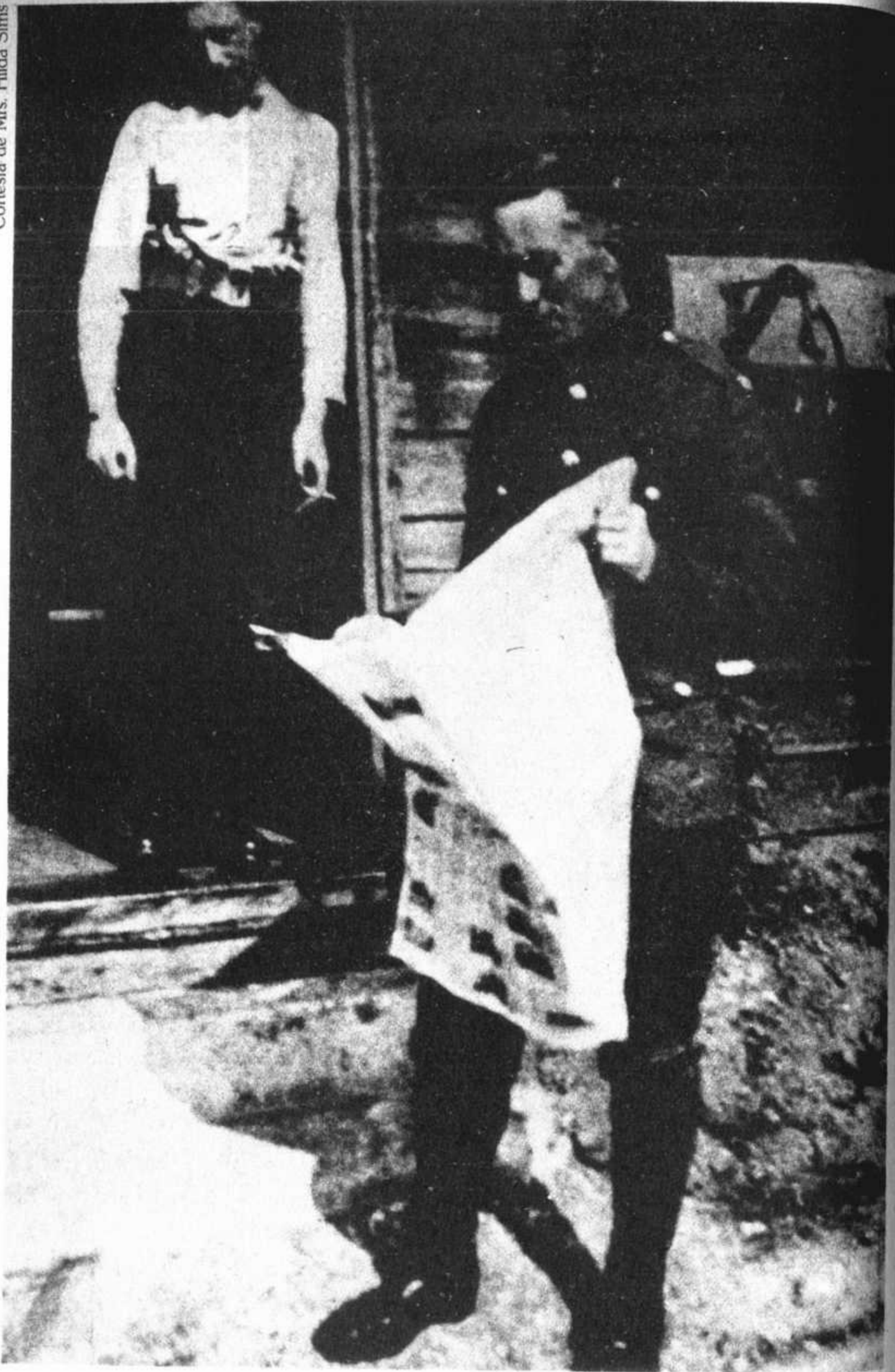
Cortesía de Harold White

◀ George Bernard Shaw en su casa veraniega de Ayot St. Lawrence.

esposa Charlotte. Había conocido a los Shaw unos meses antes de alistarse, y recientemente les había enviado un ejemplar de *Seven Pillars* para que opinaran sobre él. Bernard lo había dejado de lado, pero Charlotte lo leyó y sintió gran admiración.

En Farnborough, «Ross» había conseguido ser destinado a un curso avanzado, cuando la prensa descubrió su verdadera identidad. El caso saltó a los periódicos a fines de diciembre: Lawrence de Arabia servía en la R. A. F. como soldado raso. Al cabo de algunas semanas, después de rehusar el nombramiento de oficial que Trenchard le ofreció, T. E. fue expulsado de la R. A. F. debido a lo anómalo de su situación. Buscó otro refugio, y con la ayuda de un general ayudante de las Fuerzas Armadas que había conocido en Palestina, pudo alistarse en el Cuerpo de Tanques el 12 de marzo de 1923, bajo el nombre de T. E. Shaw.

Pronto estuvo instalado en el barracón 12, compañía B, en el campamento de Bovington, cerca de Wool in Dorset. Pero la experiencia de haber sido expulsado de la R. A. F., unido a que encontraba las condiciones del Cuerpo de Tanques casi intolerables, mi-



T. E. «Ross» por el tiempo en que estuvo destinado en el cuerpo de tanques.

Arriba, fragmento de una de las cartas escritas por T. E. durante su estancia en el ejército. Abajo, T. E. «Ross» hablando con el fabricante de motocicletas Brough.

Yonny  
 mmy  
 The Army is much, stink,  
 & a desolate abominatoin





Concesia de Mrs. Hilda Sims

naron la frágil estructura de felicidad y confianza en sí mismo que había conseguido levantar sobre las ruinas de su depresión. Allí los hombres parecían no tener ambición ni esperanza. Estuvo sin dormir noche tras noche oyendo «historias atrevidas de veinte bocas lujuriosas», y su lúgubre introspección y su odio hacia las cosas físicas se hicieron más obsesivos que nunca. En una carta a Lionel Curtis le decía que el mundo sería mejor sin seres humanos: «Todos nosotros somos culpables. ¿No es verdad que el pecado original está ya en el niño?»; añadía que la única conclusión racional del espíritu humano era el pesimismo; que no le atraía ni siquiera el deporte por tratarse de una actividad física; que su mente vagaba veloz por veinte caminos diferentes al mismo tiempo; que su único alivio era viajar en su moto «Brough» y lanzarse a velocidad vertiginosa durante horas. «Esto debe ser locura, y, de hecho, a veces me pregunto hasta qué punto no estaré loco, y si no será un manicomio mi próximo hogar... Sin embargo, quiero permanecer aquí hasta que deje de hacerme daño.»

En este estado de angustia vital, es probable que T. E. inventara el mito de un tío suyo que le imponía terribles exigencias y que contaba con la ayuda de otro recluta del Cuerpo de Tanques para asegurarse de que cumplía sus imposiciones, las cuales incluían pruebas de resistencia física que llegaban incluso al apaleamiento. Los santos medievales, cuyas vidas había leído T. E., habían flagelado sus cuerpos para mantenerlos dominados, y si en la adopción de estos métodos había algo de masoquismo, recordando su experiencia en Deraa es difícil no sentir compasión por él.

En el campamento su moto le ganó el respetuoso apodo de «Broughie Shaw». Alec Dixon, un amigo suyo de Bovington, decía que T. E. tenía más influencia sobre los hombres de su pelotón que el sargento que lo mandaba. Durante el verano, Dixon se unía a veces a T. E. en sus viajes en moto, especialmente a Salisbury, donde Lawrence paseaba alrededor de la catedral, o a Stonehenge, donde contemplaba la puesta de sol detrás de las antiquísimas piedras erguidas.

Finalizado su entrenamiento como recluta, «Shaw», que era entonces furriel, encontró un escape a la vida militar alquilando una casa de campo llamada Clouds Hill. Su estado era ruinoso, pero T. E. hizo las reformas pertinentes con la ayuda del sargento de ingenieros Knowles, y casi todas las tardes iba allí, a veces con

◀ Habitación principal de Clouds Hill. E. M. Forster, que visitó a Lawrence en ese lugar, escribió: «El marco auténtico, el lugar en el que su espíritu estará siempre presente es Clouds Hill.»

amigos, a escuchar discos de gramófono de Beethoven y Mozart, y a comer en plan campestre aceitunas rellenas, almendras saladas y judías hervidas. Ocasionalmente, hacía algún viaje a Londres; y con frecuencia visitaba a Thomas Hardy, que vivía con su esposa en Dorchester.

Pero T. E. estaba cansado del Ejército de Tierra, y su constante ilusión era volver a la R. A. F. En septiembre de 1923 dijo a Lionel Curtis que sus pensamientos en Bovington giraban en consideraciones en torno a la paz de la muerte, y un año después, en una carta a Charlotte Shaw, decía que era absurdo temer a la muerte más que al dentista al que se acude buscando alivio. «¡Ojalá tuviéramos la certeza de que después de la muerte encontráramos el descanso!» En junio de 1925, después de que le hubiera sido denegada una de sus muchas solicitudes para reingresar en la R. A. F., escribió a Edward Garnett anunciándole que pensaba suicidarse una vez que hubiera solucionado sus asuntos. George Bernard Shaw y otro amigo, John Buchan, apelaron al primer ministro, Stanley Baldwin, quien tomó cartas en el asunto y consiguió que T. E. fuera destinado a la Academia de Granwell.

La emoción que con ello sintió T. E. fue tremenda. En una carta a Lionel Curtis afirmaba tener todo lo que podía pedir a la vida, y que había conseguido encontrar la paz de espíritu. «Dicen que el centro de un ciclón es como eso. En tal caso, yo he atravesado los márgenes de la tormenta hasta llegar al centro de las cosas, y allí, de pronto, me dejé caer, cansado y envejecido, cuando la lucha había acabado.» Su tarea consistía en ayudar a mantener en buen estado los aviones en los que volaban los cadetes; pero en sus relaciones con los oficiales y con los compañeros encontró el ambiente de una familia feliz, y ello le hizo recuperar el sentido que anhelaba: «El amplio, sucio y ruidoso hangar es nuestra catedral, y el trabajo que realizamos en él, nuestra oración.» Su mente recobró el equilibrio y su actitud hacia las cosas físicas mejoró notablemente; ahora admiraba la jovialidad de los aviadores y cómo «cada hombre... cuidaba al máximo de su salud y de sus músculos». Más adelante, escribió de manera conmovedora sobre el modo de vida que había llegado a amar: «Los aviadores no tienen posesiones, ataduras ni mezquinas preocupaciones cotidianas... En verano pertenecemos al sol. En invierno luchamos indefensos a lo largo del camino, y la lluvia y el viento nos acosan hasta que pronto nos convertimos en viento y lluvia... En todas partes hay comunicación; ya no existe la soledad.»

Reanudó su trabajo con *Seven Pillars* y preparó, con ayuda de Shaw, una edición para suscriptores. Iba a ser un libro bien presen-



T. E. Lawrence, ahora Shaw,  
en India.



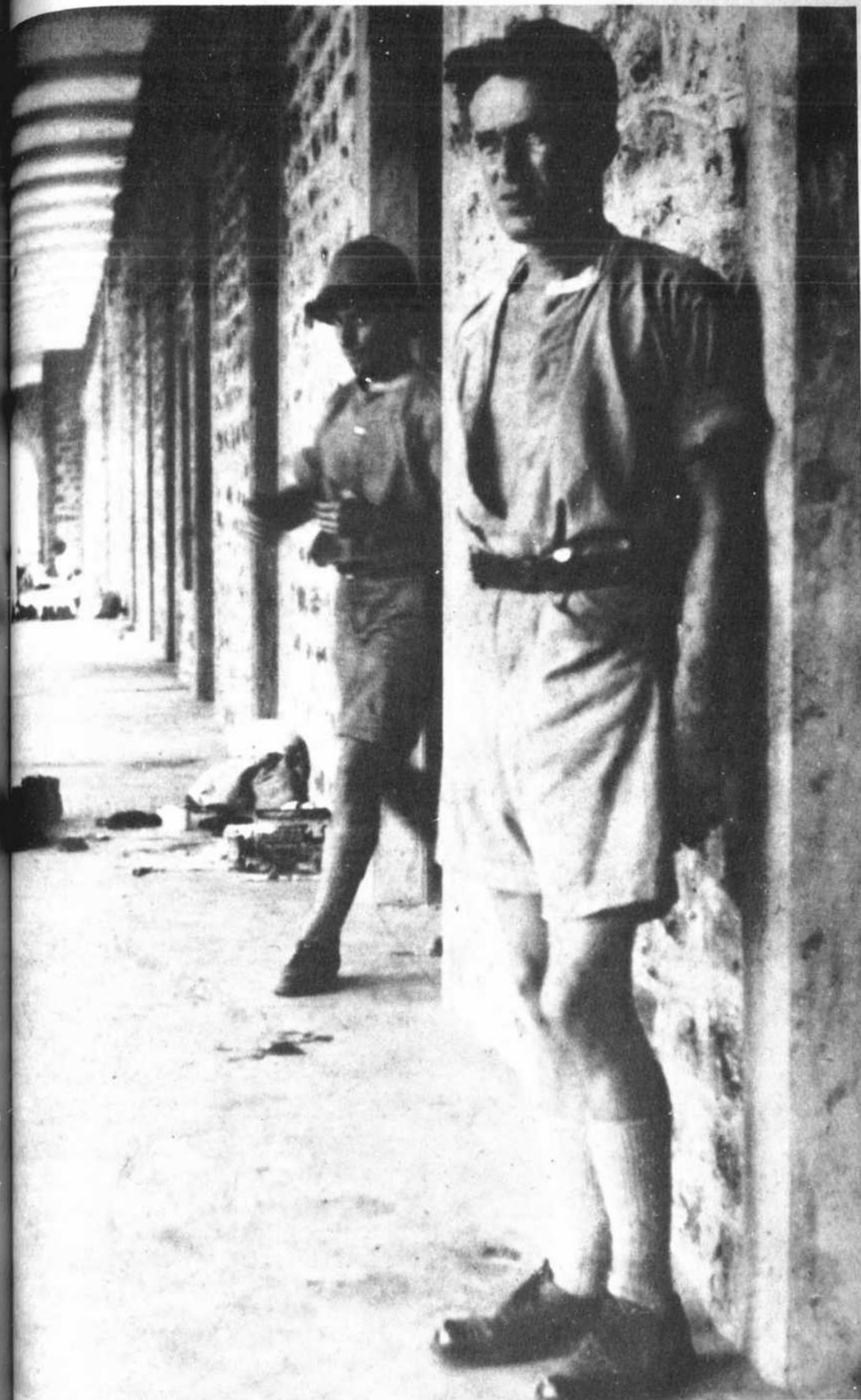
tado y caro, y para financiar su publicación sería necesario sacar primero una versión reducida: *Revolt in the Desert* (*Rebelión en el desierto*). Lowell Thomas había escrito también un libro, *With Lawrence in Arabia* (*Con Lawrence en Arabia*), y para evitar la publicidad que le supondría la aparición de los tres libros, Lawrence solicitó un destino en el extranjero. En diciembre de 1926 salía en barco hacia la India.

Trabajó en unos talleres de la R. A. F. en Karachi, en la sección de reparación de motores, donde se revisaban periódicamente todos los motores de los aviones destacados en la India. «Todo lo que hago —escribió— es caminar y hacer un trabajo de empleado... El campamento es cómodo y está rodeado por el desierto.» Pero pronto sintió nostalgia de Inglaterra, y en una carta a Dick Knowles decía que muchas tardes salía para oír los cencerros de los camellos, se sentaba bajo la rama de un cactus y lloraba recordando Cranwell y la carretera del norte que solía recorrer con su moto. En su exilio voluntario recibió nuevos ánimos al enterarse de la entusiasta acogida que habían tenido sus libros. *Revolt in the Desert* se vendió como rosquillas. «¡Más de 40.000 ejemplares durante las tres primeras semanas, según dicen! Con eso tengo, más o menos, para pagar mis deudas. Una fundación social recibirá los beneficios, si se producen.»

En agosto de 1927 cambió oficialmente su nombre por el de T. E. Shaw por medio de escritura pública. Continuaba manteniendo correspondencia con Charlotte Shaw, a quien escribía con tanta franqueza como a Lionel Curtis. Ella le hablaba de su horrible infancia con un padre benévolo y una madre dominante; él le describía el carácter también dominante de su madre, que vivía a través de sus hijos. Por entonces, T. E. trabajaba sobre las notas que había tomado en Uxbridge y Cranwell, y en marzo de 1928 las había refundido ya en un libro, *The Mint*, que envió por correo a Edward Garnett con la intención de que lo publicara Jonathan Cape. Pero Trenchard, a quien permitió leerlo, opinó que podría perjudicar a la R. A. F.: describía verazmente la dureza y la estupidez de la vida en Depot, y reproducía de manera fidedigna el lenguaje tosco y la manera de comportarse de los aviadores. La primera edición no se imprimió hasta 1955, e incluso entonces se consideró el texto demasiado escandaloso para ser publicado íntegro.

En mayo de 1928, T. E. fue trasladado, a petición propia, a Miranshah, el destacamento más reducido y más lejano de la India,

T. E. Shaw en Miranshah. «La tranquilidad de este lugar —escribiría— es misteriosa.»



a sólo dieciocho kilómetros de Afganistán. «Somos sólo veintiséis en total, incluyendo cinco oficiales, y nos encontramos con setecientos exploradores indios en una fortaleza de barro y ladrillo protegida por alambre de espino, reflectores y ametralladoras. A nuestro alrededor y a unos kilómetros de distancia, hay unas colinas bajas, desnudas, de color de porcelana, con las cimas recortadas y una línea del cielo quebrada... La tranquilidad del lugar es misteriosa, casi amenazante. Los exploradores y nosotros vivimos en secciones diferentes y nunca nos reunimos; durante el día debemos mantenernos dentro de los límites de la alambrada, y por la noche no podemos salir de las murallas.» Allí trabajaba como administrativo, y en sus ratos libres se dedicó a traducir *La Odisea*, trabajo por el que le habían ofrecido 800 libras y que había aceptado gustoso pensando que era una oportunidad para ganar un dinero y guardarlo honradamente.

Pero su pasado le iba a perseguir incluso hasta aquel remoto lugar. A finales de 1928 hubo una rebelión en Afganistán y, según la versión de algunos periódicos, Lawrence de Arabia y el gobierno de la India habían tenido algo que ver en el asunto. La presencia de T. E. se hizo molesta, y fue enviado inmediatamente a Inglaterra sin darle tiempo siquiera para recoger sus pertenencias. El silencio oficial sobre su regreso no hizo más que aumentar las sospechas, y la prensa intentaba localizarle para conseguir más información. Desde Barton Street escribió a E. M. Forster: «Me asedian y no puedo vivir tranquilo; además, temo ser expulsado de la R. A. F.» También mencionó que alguien (en realidad se trataba de los Shaw) le había regalado una nueva moto Brough, grande y flamante, «de modo que, si consigo librarme de los perseguidores, seré feliz». T. E. habló personalmente con destacados periodistas sobre la manera en que era tratado por los reporteros, y persuadió al político Ernest Thurtle de que no hiciera interpelaciones en la Cámara. El interés del asunto cedió paulatinamente y T. E. pudo disfrutar de un mes de permiso, siendo advertido por Trenchard de que se mantuviera alejado de periodistas y políticos. Su nuevo destino sería el escuadrón de hidroaviones al mando del teniente coronel de aviación Sydney Smith en Cattewater, cerca de Plymouth.

## 9. Siete pilares de sabiduría

T. E., o Tes, como comenzaron a llamarle Sydney Smith y su esposa Clare, conocía ya a este matrimonio desde la Conferencia de El Cairo, en 1921. Renovaron su amistad en Cranwell, donde pudieron leer el manuscrito acabado de *Seven Pillars*. Ahora Sydney había ido a recibirle a Plymouth a su regreso de la India, y le acompañó hasta Londres. En Cattewater —que sería llamado más tarde Mount Batten—, los Smith le encontraron «tenso y excitado», pero su nuevo destino le había causado buena impresión: «Solamente cien aviadores vivimos aquí, los cincuenta restantes lo hacen en su casa, ya que son de los alrededores. Los hangares y barracones ocupan en su totalidad un pequeño promontorio (como huesos de lagartija petrificados) que surge de una verde colina y se extiende frente a Plymouth, a lo largo de un brazo de mar de 1.850 metros... Los aviadores dicen que es un lugar ideal.»

Los tres años siguientes fueron tiempos felices para Tes y para los Smith. Sydney Smith era un jefe inteligente y amable y Tes gozaba de popularidad entre sus compañeros. Primero fue destinado a los talleres en donde se revisaba todo lo que tenía relación con el mar en la estación de hidroaviones. Las lanchas motoras que se utilizaban para transporte y tareas de rescate presentaban frecuentes problemas. El mismo se dedicó a desmontar los motores para su estudio, y le fue confiada toda la correspondencia técnica. En su tiempo libre, cuando no se dedicaba a traducir *La Odisea*, visitaba a los Smith, con quienes estrechó su amistad y en cuya casa charlaban y escuchaban música. También tuvo tiempo de pilotar un hidroavión, lo que le hizo soñar con un viaje alrededor del mundo que le proporcionaría un tema épico para otro libro. Allí conoció, y quizás inspiró, a Amy Johnson, que por entonces estaba aprendiendo a volar.

En otoño pasó a ser secretario particular de Sydney, con quien colaboró en la organización de la competición aérea «Trofeo Schneider», una prueba de categoría internacional, pasándole notas en las reuniones con sugerencias sobre la manera de superar las



Lord Astor, el teniente coronel de aviación Sydney Smith, George B. Shaw, Charlotte Shaw (oculta detrás de su marido), Maureen Smith y Clare Smith con dos perros. Clare escribió: «Lady Astor trajo a George B. Shaw... Después del almuerzo nos dirigimos a las gradas donde los hombres trabajaban en uno de los hidroaviones. A G. B. Shaw se le cayó el sombrero cuando se agachó para ver los motores, y lady Astor pretendía que alguien le echara pintura negra sobre la cabeza.»

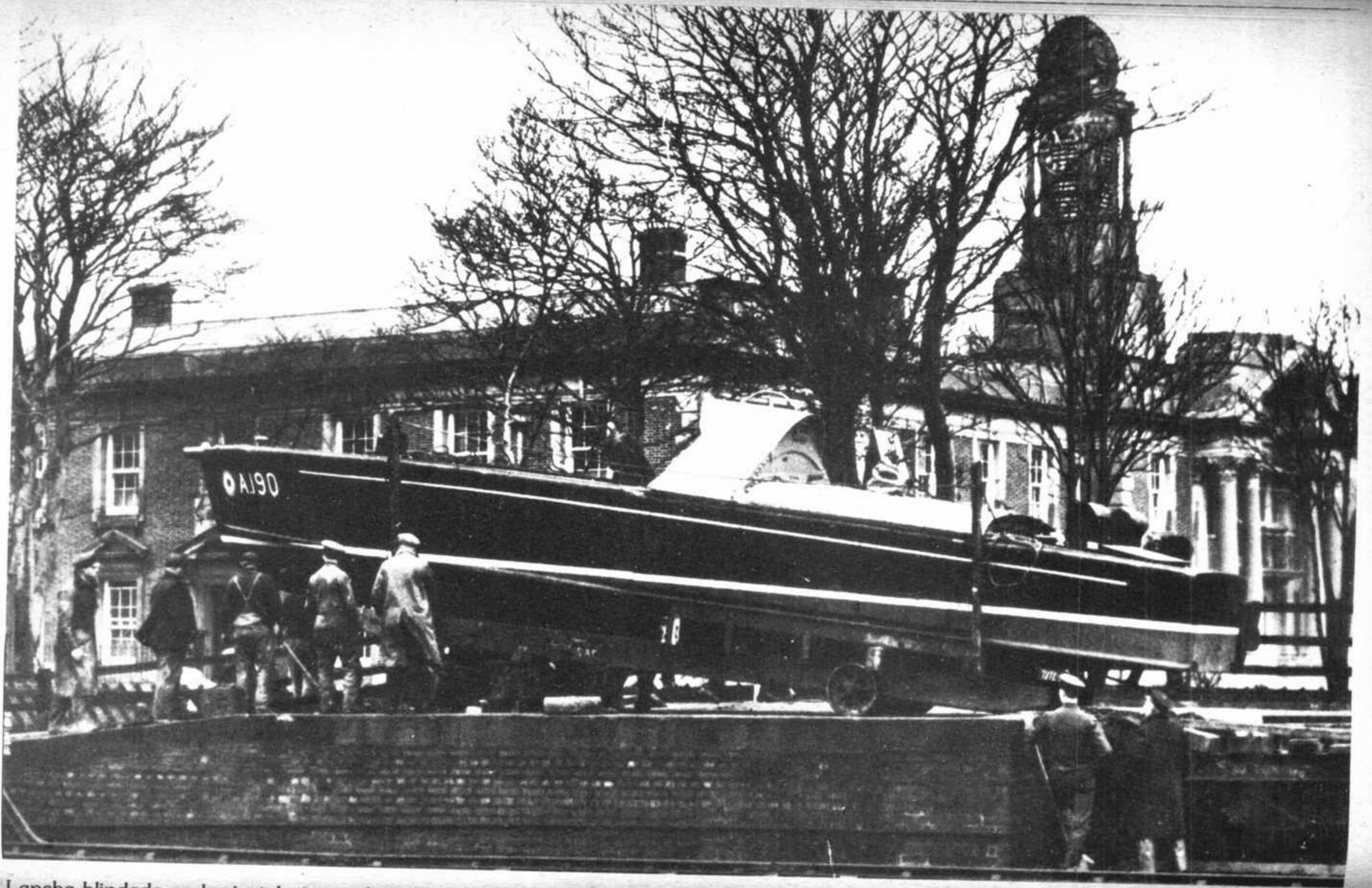
El aviador Shaw con unos oficiales de la RAF durante las competiciones del Trofeo Schneider de 1929.

dificultades que surgían. Aquel año también discutió algunas reformas con Sydney. En muchas ocasiones, se decidió a escribir cartas a personas influyentes solicitando la modificación o abolición de disposiciones tales como la obligatoriedad de llevar abrochados los abrigo o la pena de muerte por cobardía. Con motivo de la competición aérea, se entrevistó con muchas personas famosas y consi-



guió cierta popularidad que lord Thomson, nuevo ministro del Aire laborista, consideró inoportuna. Lord Thomson se mostró particularmente molesto por la amplia difusión que tuvo una fotografía en la que aparecía él acompañado del aviador Shaw. Tes estuvo a punto de ser expulsado de la R. A. F. por segunda vez, y le fue denegado el permiso para pilotar un avión civil en un viaje a Europa. También por entonces algunos socialistas quemaron la efigie de Lawrence de Arabia en Tower Hill, por considerarle el «mayor espía» del imperialismo.

Finalizada la prueba aérea, Tes y los Smith recibieron como regalo una lancha rápida pequeña a la que dieron el nombre de «The Biscuit». Tes la dejó en perfecto estado de funcionamiento y con ella hacía excursiones, acompañado de Clare Smith, a lo largo de la costa o siguiendo el curso de los ríos. «Atracamos en una orilla donde abundaban los sauces llorones —escribió Clare—, extendimos en el suelo las mantas de viaje y nos sentamos para disfrutar tran-



Lancha blindada en las instalaciones de la RAF en Bridlington. T. E. colaboraría en el perfeccionamiento de estas lanchas rápidas.

Regards to John.

Clouds Hill.

5.V.35

Alas: Baker had had to change offices, and in the move all his rare wood samples were left behind or lost. I could only find those few rubbishy bits of ordinary wood. Sorry. He has promised to collect all that come, but I'm not there to jog the matter on.

The Press were bad here at first. I complained to the Associations and the Newspaper Proprietors, singly and as a society: and have been at peace since. It feels pretty awful to be "out": but we will not talk of that. I shall stay here indefinitely, till I've forgotten that I

quilamente de la mañana. Tes hizo sobre un ejemplar de la revista *Vogue* unos comentarios muy graciosos que me hicieron reír a carcajadas...» La vida familiar con los Smith le relajaba, por lo que aprovechaba sus días libres para acompañarles a coger moras o setas.

En febrero de 1931, el teniente coronel de aviación Tucker, que no era piloto cualificado de hidroaviones, tomó el mando de uno de ellos cuando estaba en vuelo, dado que ostentaba el rango más alto de la tripulación, y lo hizo caer en picado contra un mar en calma. Tes presenció el accidente y dirigió las operaciones de rescate; pero las lanchas oficiales adolecían de lentitud y tardaron demasiado en llegar al lugar del naufragio. Tucker y otros seis hombres perdieron la vida. Tes describió un mar de aluminio fundido en el que «seis de nuestros hombres se agolpaban en el casco aplastado, flotando sin vida». Estaba decidido a no permitir que se encubriera la verdad. Con la ayuda de un amigo influyente, lord Astor, consiguió que en la investigación sobre el asunto fuera hecha pública toda la verdad. Esto originó una importante reforma: fue oficialmente reconocido que el mando en el aire debía corresponder al piloto, independientemente de cuál fuera su rango.

La tragedia hizo también que Tes se comprometiera apasionadamente en el perfeccionamiento de las lanchas rápidas, y poco después del accidente, Sydney Smith permitió que Tes fuera en calidad de agregado a los talleres Scott Paine en Southampton para participar en las pruebas de este tipo de lanchas que allí se desarrollaban. Este trabajo le absorbió totalmente y le hizo sentirse feliz a pesar de la marcha de los Smith, producida antes de finalizar 1931. Un viejo amigo que le visitó en aquella época le encontró «como siempre fue: travieso, caprichoso, intrascendente o serio según el momento».

En septiembre de 1932 unos reportajes periodísticos exageraron su participación en el proyecto de las nuevas lanchas, y T. E. tuvo que volver a las tareas normales. En la primavera del siguiente año, solicitó airadamente su licenciamiento, dos años antes de la fecha oficial, y entonces se le permitió continuar con su misión especial. Se le dio libertad para recorrer los talleres, vigilando los intereses del Ministerio y aconsejando o participando directamente en la fabricación de nuevos tipos de lanchas, incluyendo las blindadas. Este proyecto hizo necesario su traslado a Bridlington, en Yorkshire, donde durante el invierno de 1934-1935 intimó con el

*Página de un célebre relato de la vida de T. E., con anotaciones  
suyas al margen.*

## CHAPTER XIII

### LAWRENCE OF ARABIA

**A** FEW years before the war a young undergraduate at Oxford, desirous of securing for a paper he had to write for an examination some first-hand knowledge of the military architecture of the Crusades, persuaded his parents to give him two hundred pounds and set out on a visit to the little-known desert country of Syria.

He was only a boy, but a very adventurous boy who was bitten with the determination to do things "thoroughly," so on his arrival in the Near East he did not follow the usual path of the tourist, but straightway adopted native costume and set off barefoot into the Arabian desert to learn all he could about a land and a people that had fascinated him ever since he was old enough to read.

For two years this young British boy "lost himself" in the wilds of the desert. At the end of that time he returned to take his degree—with one hundred pounds still left of his original capital!

The other hundred pounds that his two years' travels had cost him were later on to be revealed as the finest investment of our generation for the British Empire. That first visit to Arabia resulted in far more important and spectacular things than writing a thesis. It marked the beginning of a dream—the dream of a united Arabia, a country whose people would stand together, shoulder to shoulder, back to back, instead of carrying on interminable petty revolts and rebellions among themselves.



**PASSING OF  
"LAWRENCE  
OF ARABIA"**

**Tragic End To  
Brilliant Career**

**BRAIN DAMAGED IN  
ACCIDENT**

**To Be Buried Amid  
Dorset Hills**

**FUNERAL AND INQUEST  
TO-MORROW**

**When War Office  
Was Surprised**

**HONOUR REFUSED**

**Belief That Promises  
Were Unfulfilled**

The real story of Lawrence of Arabia was told yesterday by a man who knew him probably better than any other, a comrade who shared his chief adventures and many of his last hours.

At his own request this man remains anonymous. His story, however, challenged many of the strange legends which have grown around the names of Lawrence of Arabia and Aircraftman Shaw.

"A capable, clever, and forceful man. That is all he was," he said. "To me he was nothing more. All the tales of mystery, intrigue, and espionage are so much fiction. Lawrence had a spirit of revolt in him. In a way he liked to be different. It was this characteristic which caused him to be regarded as a mystery man.

One story of Lawrence which this friend told shows the independence of his spirit. "When he returned from Arabia he was different from the man who had left."

Titulares sobre la muerte de T. E. en el Western Morning News y el Daily Gazette.

Fotografía de T. E. Lawrence, tomada a principios de 1935.

teniente Reginald Sims y su esposa Hilda. Sims encontró en él «un poder irresistible y dominador. Puedo entender que todos los hombres le sigan al fin del mundo, o incluso más allá».

En sus ratos de ocio, T. E. había acabado *La Odisea* y había traducido algunas otras cosas. Hacía también planes para el futuro. Ya había dicho a Charlotte Shaw que cuando, en 1935, se retirara a Clouds Hill escribiría un libro que se titularía *Confesiones de fe*. En esta obra incluiría *The Mint* y otros apuntes, y trataría sobre la entrada del hombre en «ese elemento reservado: el aire... Ese es en realidad el objetivo de mi generación». Escribió a Robert Graves



*El funeral. Philip Graves escribiría: «Fui al funeral de T. E. : un paisaje precioso, una iglesia pequeña y una ceremonia anglicana sencilla... Era un gran hombre... Dios le conceda el descanso eterno... Su hermano es más alto, pero con un extraño parecido con él en su encanto y en sus desconcertantes respuestas. En un momento dado, un periodista tomó a S. F. Newcombe por un general —en realidad había abandonado el ejército y se dedicaba a los negocios— y éste trataba de librarse del reportero; entonces, A. W. Lawrence dijo: “No, él es un comerciante de asbesto”, y zanjó hábilmente la cuestión.»*

*Churchill escribiría después, apenado: «Tenía la esperanza de conseguir que abandonara su retiro y ocupase un puesto de responsabilidad para hacer frente a los problemas que amenazan al país.»*

expresando la misma idea y añadiendo que el progreso consistía en el esfuerzo común desarrollado por «los aviadores y los mecánicos que están conquistando el aire». También hizo comentarios a Pat Knowles sobre la instalación de una imprenta en Clouds Hill.

En diciembre de 1934 escribió de nuevo a Charlotte: «Me pregunto qué pasará conmigo... Estoy aquí, fuerte y con la mente



despierta, pero sin nada entre las manos.» Pero parecía estar animado y cuando recibió su gratificación por licenciamiento en febrero de 1935, invitó a algunos aviadores a ver la película *Cleopatra*. El sábado antes de su partida, un joven periodista le preguntó sobre sus planes y él respondió con una mezcla de ironía y enfado: «Haré una lista de los representantes de la prensa en Londres y los iré asesinando a todos uno por uno. A usted le tocará el turno dentro de cinco años.»

El martes 26 de febrero se licenció en la R. A. F. «Me dirigí por carretera hacia el sur. Perder la R. A. F. me ha hecho insensible y no he tenido desde entonces otros sentimientos...» La prensa le asediaba en Clouds Hill, donde llegaron a estropear el tejado. Debió sentirse entonces tentado de cumplir la amenaza que había hecho semanas antes, pero tuvo que contentarse con poner a uno de ellos un ojo morado y presentar sus quejas a la Asociación de la Prensa. A partir de ese momento pudo instalarse tranquilo y adaptarse a su nueva vida.



T. E. Lawrence, por William Orpen (1935).

«Su nombre pervivirá en la historia» (El rey Jorge V). ▶







Cortesía de Mrs. Hilda Sims

◀ Eric Kennington esculpiendo la efígie de T. E. Lawrence –hoy en la iglesia de Wareham–, tarea a la que dedicó cuatro años.

A comienzos de marzo hubo rumores de que tal vez se solicitara su colaboración para reorganizar la defensa nacional; sobre este tema comentó a Pat Knowles en privado que, si eso ocurriera, no tendría alternativa y aceptaría el trabajo dejando para más adelante sus planes sobre la imprenta. Pero hubiera sido necesario Churchill, o un hombre como él, para arrastrar a T. E. de nuevo a la vida pública. Cuando lady Astor le escribió invitándole a reunirse en uno de sus famosos fines de semana en Cliveden con algunos políticos, respondió que Clouds Hill era un paraíso y que en su estado de ánimo «no aceptaría ninguna misión en absoluto... Estoy bien alimentado, tengo buenas compañías y sanas costumbres».

La mañana del 13 de mayo, cuando regresaba del campamento de Bovington conduciendo a gran velocidad por una estrecha carretera, se encontró de pronto con dos niños en bicicleta y, probablemente al mismo tiempo, con algún coche que venía en dirección contraria. Frenó rápidamente, cambió a segunda, y dio un volantazo, pero no pudo evitar atropellar a una de las bicicletas, aunque el muchacho que la conducía no resultó gravemente herido. T. E. se estrelló, quedando inconsciente, con el cráneo fracturado y la cara llena de sangre. Fue trasladado urgentemente al hospital del Ejército en Bovington, donde, tras un empeoramiento progresivo y sin recobrar el conocimiento, murió seis días más tarde, el domingo 19 de mayo. La familia recibió numerosos telegramas de condolencia, entre ellos uno del rey.

Después de una ceremonia religiosa de cuerpo presente a la que asistieron viejos amigos y compañeros, entre ellos muchos que habían luchado con él en el desierto, fue enterrado en el cementerio de Moreton. Es un lugar alejado y tranquilo donde T. E. descansa a la sombra de un cedro blanco.

# Cronología

- 1888 16 de agosto: nace T. E. Lawrence en Tremadoc, norte de Gales. Hijo de un rico terrateniente anglo-irlandés, Thomas Chapman, y de una institutriz escocesa, Sarah Maden.
- 1896 La familia de Lawrence se instala en Oxford.  
T. E. estudia en el Instituto de Oxford.
- 1898 Comienza a interesarse por la arqueología.
- 1905 Se escapa de su casa para alistarse en la Artillería Real.
- 1907 Consigue una beca para estudiar Historia en el Jesus College de Oxford. Conoce a Vyvyan Richards y a D. G. Hogarth.
- 1908 Enver Bey depone al sultán turco Abdul Hamid.
- 1909 Durante el verano, T. E. recorre Siria a pie.
- 1910 Obtiene un sobresaliente en Historia Moderna con su tesis *Crusader Castles*. Pasa dos meses en Jebail (Siria) estudiando árabe con Farida el Akle.
- 1912 Marzo: estancia en Karkemis realizando trabajos arqueológicos bajo la dirección de D. G. Hogarth; en abril, bajo la dirección de R. Campbell Thompson. Conoce a Salim Ahmed.  
Verano: recorre a pie el norte de Mesopotamia.
- 1912 Enero: realiza trabajos arqueológicos con Flinders Petrie en Kafr Ammar, Egipto.  
Primavera: en Karkemis bajo la dirección de C. L. Woolley.  
Diciembre: regresa a Oxford para pasar las Navidades con su familia.
- 1913 Regresa a Karkemis. Escribe un libro de viajes, que más tarde se perdería: *Seven Pillars of Wisdom*.  
Julio: nuevo viaje a Oxford. Recorre Arabia.
- 1914 Enero: espía en el Sinaí.  
Febrero: regresa a Karkemis.  
Julio: nuevo viaje a Inglaterra.  
Otoño: estalla la I Guerra Mundial. Turquía entra en la guerra al lado de Alemania. Después de una etapa de espera, Lawrence es destinado a la sección geográfica del Estado Mayor.  
Diciembre: destino en El Cairo en el nuevo Departamento de Inteligencia británico.

- 1915 Frank y Will Lawrence mueren en combate.
- 1916 Firma del Tratado Sykes-Picot. Clayton crea la Oficina Árabe.  
Marzo: T. E. viaja a Mesopotamia.  
9 de junio: levantamiento de Hussein.  
Octubre: T. E. se traslada a Hidjaz, donde se reúne con Feisal.  
Noviembre: es nombrado oficial de enlace con Feisal.  
Diciembre: los turcos amenazan Yenbo. Los franceses tratan de sofocar la rebelión árabe.
- 1917 Enero: con Feisal en Wejh.  
Marzo: Wadi Ais.  
Abril: Auda abu Tayi llega a Wejh.  
9 de mayo: T. E. sale con destino a Akaba.  
27 de mayo: llega a Howeitat.  
5-18 de junio: misión de reconocimiento en Siria.  
6 de julio: toma de Akaba.  
Septiembre: T. E. destruye un tren turco.  
Octubre: se dirige a Azraq.  
Noviembre: fracasa el ataque a Yarmuz; Declaración Balfour; incidente en Deraa.  
Diciembre: ataque contra el ferrocarril.
- 1918 Enero: batalla de Tafleh.  
Abril: ataque a Tell el Shahm.  
Junio: Declaración de Los Siete —grupo nacionalista sirio—.  
Julio: el Cuerpo de Camellos en Akaba. Muerte de Salim Ahmed.  
Agosto: algodón de pólvora para Azraq.  
16 de septiembre: el ejército árabe se aproxima a Deraa.  
22 de septiembre: después de una breve ausencia, T. E. regresa con aviones.  
28 de septiembre: masacre de Tafas; entrada en Deraa.  
30 de septiembre: entrada en Damasco; Lawrence expulsa a Mohammed Said del ayuntamiento y organiza la administración civil.  
3 de octubre: Allenby reconoce la administración árabe; Feisal entra en Damasco; T. E. obtiene un permiso.  
29 de octubre: defiende en Inglaterra las reivindicaciones árabes ante el Gabinete de Guerra.  
Noviembre: fin de la guerra.  
Diciembre: conversaciones con Weizmann y Feisal.
- 1919 Enero: T. E. acude a la Conferencia de Paz en París y mantiene conversaciones con Churchill.  
Marzo: comisión de investigación para Siria, sin la cooperación francesa.  
Abril: muere el padre de Lawrence.  
Primavera: Feisal pospone su toma de decisión; accidente de avión cuando T. E. se dirigía a El Cairo; comienza a trabajar en su libro *Seven Pillars of Wisdom*.  
Agosto: se traslada a Oxford y compra un terreno en Pole Hill; conferencias de Lowell Thomas en el Albert Hall.  
Septiembre: acuerdo Clemenceau-Lloyd George.  
Octubre: es rechazado el Plan Yale.  
Noviembre: T. E. es admitido en el All Souls College.
- 1920 Julio: Feisal es expulsado de Siria.  
Septiembre: nueva versión de *Seven Pillars of Wisdom*.  
Diciembre: Lawrence es destinado al Departamento de Oriente Medio en la Oficina Colonial; Feisal viaja a Londres.
- 1921 Marzo: Conferencia de El Cairo; Abdulla conquista Transjordania; trámites para hacer a Feisal rey de Irak.  
Julio: T. E. negocia con Hussein y restaura la paz en Jordania.
- 1922 Marzo: Conoce a George B. Shaw y a su esposa, Charlotte.  
Primavera: vuelve a escribir *Seven Pillars*.  
Julio: dimite de su cargo en la Oficina Colonial.  
Agosto: ingresa en la R.A.F. bajo el nombre de John Hume Ross; periodo de entrenamiento en Uxbridge.  
Noviembre: es trasladado a Farnborough.  
Diciembre: la prensa revela su identidad.
- 1923 Enero: es expulsado de la R.A.F.  
Marzo: ingresa en el Cuerpo de Tanques del ejército con el nombre de T. E. Shaw; conoce a J. Bruce.  
Verano: alquila Clouds Hill en Bovington.
- 1924 Intentos de Lawrence de volver a la R.A.F.
- 1925 Junio: amenaza de suicidio.  
Julio: reingreso en la R.A.F.
- 1926 Prepara *Revolt in the Desert*.  
Diciembre: es destinado a Karachi, India. Se vende la edición para suscriptores de *Seven Pillars of Wisdom*.
- 1927 Marzo: Se publica *Revolt in the Desert*.  
Agosto: cambia su nombre, mediante escritura pública, por el de T. E. Shaw.
- 1928 Marzo: acaba *The Mint*.  
Mayo: se traslada a Miranshah; trabaja en una traducción de *La Odisea*.
- 1929 Enero: regreso a Inglaterra.  
Marzo: es destinado a Cattewater, donde conoce a Clare y a Sydney Smith.  
Septiembre: colabora en la organización del Trofeo Schneider, competición aérea internacional.
- 1931 Febrero: presencia el accidente de un hidroavión y promueve la reforma del reglamento militar a bordo de los aviones. Trabaja en un proyecto de lanchas rápidas.
- 1935 Febrero: licenciamiento de la R.A.F.; se instala en Clouds Hill.  
13 de mayo: sufre un accidente de carretera mientras conducía su moto, a consecuencia del cual muere seis días más tarde.

# Testimonios

## Winston Churchill

Usaba su traje árabe y con él se revelaba por completo la magnificencia de su continente. La gravedad de su porte, la precisión de sus opiniones, la categoría de su conversación: todo parecía realizado por el espléndido turbante y el atavío árabe. Entre aquellas flotantes vestiduras sus nobles facciones, sus bien cincelados labios, sus relampagueantes ojos llenos de fuego e inteligencia brillaban más...

La impresión de la personalidad de Lawrence perdura vigorosa y viva en el espíritu de sus amigos, y el sentimiento de su pérdida no se ha desvanecido en manera alguna entre sus compatriotas... En estos días en que se ciernen peligros y dificultades sobre Inglaterra y su Imperio, nos damos cuenta de la carencia de figuras eminentes capaces de vencerlos. Aquél era un hombre en el cual había no solamente una gran capacidad de servicio, sino ese toque del genio que todo el mundo reconoce y nadie puede definir. Lo mismo en su gran periodo de mando y aventura que en los últimos años de apartamiento y eclipse voluntario, siempre prevaleció sobre aquellos con quienes estuvo en contacto. Sentíanse en presencia de un ser extraordinario. Se daban cuenta de que sus latentes reservas de fuerza y voluntad excedían de toda medida. Si se lanzaba a la acción, ¿quién podía decir qué crisis sería capaz de vencer o reprimir? Y si las cosas iban mal, ¡qué alegría verle aparecer a la vuelta de la esquina! Parte del secreto de ese poderoso ascendiente radica en su desdén por la mayor parte de los premios, placeres y halagos de la vida.

Es natural que todo el mundo mire con cierto respeto a un hombre que se presenta totalmente ajeno e indiferente al hogar, el dinero, las comodidades, la posición social, el poder o la fama. Todos sienten, no sin cierto recelo, que se encuentran ante alguien que está fuera de su jurisdicción; alguien extrañamente manumitido, indómito, desligado por convicción, moviéndose independientemente de las corrientes ordinarias de las acciones humanas; un ser realmente capaz de rebelión violenta o de supremo sacrificio; un hombre solitario, austero, para quien la existencia no es más que un deber, pero un deber que ha de ser fielmente cumplido...

Empujó a las multitudes hacia delante hasta acomodar su paso al ritmo del suyo... Lawrence pudo haber realizado el sueño juvenil de Bonaparte de conquistar Oriente; pudo haber llegado a Constantinopla en 1919 ó 1920, llevando en pos de sí a muchas de las tribus de Asia Menor y Arabia...

Poseyó en gran medida la versatilidad del genio... Fue sabio y soldado; arqueólogo y hombre de acción; perfecto literato y partidario de la causa árabe; mecánico y filósofo...

*(Grandes contemporáneos)*

## Eric Kennington

Su boca sonreía con frecuencia; las comisuras se levantaban suavemente en una extraña curva que tenía algo de amenazador, el anuncio de algún peligro... Sus ojos

---

poseían una transparencia animal y divergían ligeramente cuando reflexionaba y se ensimismaba. Era tan impenetrable como un león o una serpiente.

### **Robert Graves**

El, un extranjero que ni tan siquiera era creyente, inspiró y dirigió el más amplio movimiento nacional árabe que se haya producido desde los gloriosos tiempos de Mahoma y sus inmediatos sucesores, y además lo llevó a término triunfalmente... Si Napoleón... se hubiera encontrado en la misma situación de Lawrence al acabar la campaña de 1918, se habría proclamado mahometano y habría consolidado un nuevo Imperio Árabe. Lawrence no hizo nada de eso, aunque tenía tal vez suficiente popularidad y poder como para haberse proclamado emperador, incluso sin proceder a un cambio oficial de fe... por el contrario, se marchó dejando que los árabes se beneficiaran de la libertad que él les había dado... Las personas como Lawrence son, en realidad, una verdadera amenaza para la civilización; son demasiado fuertes e importantes para que pueda tratárselas con ligereza; demasiado independientes para ser intimidadas; con todo, dudan demasiado de sí mismos como para que pueda hacerse de ellos unos héroes.

(*Lawrence and the Arabs*)

### **Richard Aldington**

... Un tartufo, un mitómano y un impostor sin escrúpulos

### **Charlotte B. Shaw**

Leyendo su libro he sacado la impresión de que usted es una personalidad inmensa que se yergue sobre el azul (de los cielos de Arabia), muy por encima de mi baja esfera, y que cualquier cosa que yo pueda decir que exprese admiración, o todo lo que pueda comentar o cuestionar, no sería más que una impertinencia...

(En una carta a T. E. Lawrence)

### **H. G. Wells**

... [*Seven Pillars of Wisdom*] es un admirable documento humano, que se hace más emotivo por la ausencia en él de toda pretensión artística...

### **Edmund Allenby**

La vida de Lawrence vale por todos los cuentos de hadas... Es raro que pueda atribuirse tan claramente la dirección de los acontecimientos mundiales al poder y dinamismo de un solo individuo.

### **Lord Thomson**

...Un farsante sediento de publicidad personal.

### **Ernest Thurtle**

...Un superespía al que ya va siendo hora de arrancarle la máscara.

## **Bibliografía**

### **Obras de T. E. Lawrence en castellano**

*Rebelión en el desierto*. Barcelona, Juventud, 1978.

*El troquel*. Madrid, Alianza, 1975.

### **Obras sobre T. E. Lawrence**

ALONSO, J. M.: *Lawrence de Arabia*. International Book Creation, 1980.

DOOLEY, E.: *Lawrence de Arabia*. Barcelona, Bruguera, 1976.

KNIGHTLEY, Ph. y SIMPSON, C.: *The Secret Lives of Lawrence of Arabia*. Londres, Panther Books, 1971.

MOUSA, S.: *T. E. Lawrence, and Arab View*. Oxford University Press, 1966.

URBINA TORTELLA, P. A.: *Lawrence de Arabia*. Barcelona, AFHA, 1968.

## **BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS**

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.  
(2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

## LAWRENCE DE ARABIA

Sobre el mítico Lawrence de Arabia se ha escrito un buen número de biografías, cuyo único punto en común parece ser la falta de acuerdo. ¿Fue un héroe o un mitómano?

¿Un segundo Napoleón o un farsante?

¿Un defensor de los derechos árabes o un espía al servicio de Gran Bretaña?

Richard Perceval Graves –sobrino del que fuera biógrafo y amigo de Lawrence, Robert Graves– nos ofrece en este libro un retrato equilibrado y fidedigno de este hombre extraordinario, basado en buena parte en un material que hasta ahora no había sido publicado y que incluye no sólo extractos de los diarios de guerra de T. E. Lawrence, sino también una cuidada selección del importante reportaje fotográfico que publicó en su obra *Rebelión en el desierto*.

LAWRENCE DE ARABIA Richard P. Graves

6

SALVAT

# LAWRENCE DE ARABIA

RICHARD P. GRAVES



BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS